

**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA**  
**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**  
**DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA**  
**Tesis Licenciatura en Ciencia Política**

## **Partidos desafiantes en América Latina**

**Santiago López**  
Tutor: Daniel Chasquetti

**2004**

## Agradecimientos

Al apoyo constante e incondicional de mi familia le debo el mayor agradecimiento. Mis padres (Diego y Diana), mis hermanos (Joaco, Rodri, Juan, Ana y su familia, Fabiana y Andrés) y Alfonso han soportado desde hace buen tiempo la lejanía que me implicó el esfuerzo de este trabajo.

A Tincho y a Ale, que han sido compañeros de vida en todo momento, y me apoyaron siempre con el tema de ser "politólogo". A lo mejor que me ha dado la sociología, amigos como Carlos Aloisio, Nicolás Somma y Nicolás Trajtemberg, quienes serán siempre ejemplos para mí.

A María Julia Acosta y Santiago Peyrou, de quienes he recibido un apoyo diario y emocional, para culminar este trabajo. A Laura Font, por su ayuda, siempre cargada de invaluable alegría.

A María José Borges, con quien crecimos juntos desde que entramos a la Universidad. Con un significado especial, a Natalia La Cruz, por su enorme cariño.

Al equipo de Opinión Pública de Equipos Mori, con quienes aprendí mucho y compartí una inolvidable experiencia durante este año. A Agustín Canzani e Ignacio Zuasnábar. A César Aguiar, por su aliento y por permitirme participar en el desarrollo de trabajos e ideas sobre la política uruguaya. A Juan Da Rosa, y el equipo del área de Medios, con el que usualmente disfrutamos más allá del trabajo. Y al resto de los buenos compañeros con quienes todo se hace muy llevadero.

No puedo dejar de mencionar los invaluable aportes y comentarios para este trabajo que he recibido de Pablo Alegre, Carlos Aloisio, Nicolás Bentancur, Daniel Buquet, Fernando Filgueira, Jorge Lanzaro, Alfonso Lessa, Juan Pablo Luna.

Agradezco especialmente a mi tutor, Daniel Chasquetti. Desde sus clases en el curso de Sistemas Políticos Latinoamericanos me contagié la pasión por la política comparada, a la cual espero no desmerecer. Mi profunda admiración hacia su profesionalismo y nivel intelectual se ratificó cada día con sus invaluable ideas, aportes y correcciones.

## INDICE

INDICE.....	1
1. Introducción.....	2
2. Institucionalización, representación y oposición política en los sistemas de partidos latinoamericanos.....	3
2.1. Partidos y sistemas de partidos: conceptos y funciones.....	3
2.2. El problema de la institucionalización de los sistemas de partidos.....	4
2.3. El problema de la representación y los partidos.....	6
2.4. La oposición <i>desafiante</i> como respuesta.....	10
2.5. El ambiente institucional de las oposiciones emergentes: presidencialismo y gobiernos de coalición.....	12
3. Hacia un modelo de trayectorias políticas: los sistemas de partidos latinoamericanos a fines del siglo XX.....	13
3.1. Conceptualizando a los partidos desafiantes.....	13
3.1.1. La noción de éxito.....	16
3.1.2 La noción de fracaso del desafío.....	17
3.2. La dinámica del modelo.....	18
4. Sistemas con partidos desafiantes exitosos: Brasil, México y Uruguay.....	21
4.1. El Partido de los Trabajadores en Brasil (1982 – 2002).....	21
4.2. El Partido de Acción Nacional y el Partido de la Revolución Democrática en México (1983-2000).....	27
4.3. El Frente Amplio en Uruguay (1971-2004).....	31
5. Sistemas con partidos desafiantes fracasados: Argentina, Colombia y Venezuela.....	38
5.1. El Frente Grande / Frepaso en Argentina (1993-2001).....	38
5.2. La Alianza Democrática-M-19 en Colombia (1989-1994).....	42
5.3. El Movimiento Al Socialismo y La Causa R en Venezuela (1973-2000).....	46
6. Conclusiones.....	52
6.1. Comparando éxitos y fracasos.....	52
6.2. Volver a la teoría.....	55
Bibliografía.....	57

## 1. Introducción.

Las últimas dos décadas han constituido una «época» de la política latinoamericana. En ese lapso se han sucedido los procesos de transición a la democracia (en los países donde estaba interrumpida), y se han comenzado a operar grandes cambios sobre las formas de representación política (el modo en que se vinculan los partidos, la sociedad y estado).

La «conquista democrática» ha llevado, en varias oportunidades, a que la ciencia política razonara en la búsqueda de patrones de estabilidad política e institucional. No obstante, el *funcionamiento* democrático reveló el largo camino que debería recorrerse para alcanzar mínimos estándares de «calidad democrática». De ese modo, comenzaron a ser *comparables* los países con experiencias autoritarias recientes, como aquellos que gozaban de la continuidad democrática duradera.

Llegados los años noventa podía observarse como en la gran mayoría de los países del continente, los partidos políticos más importantes (o históricos) tendían a perder sus capacidades de movilización política y convocatoria electoral demostrados a lo largo del siglo. Esto había impactado en la capacidad de los sistemas de partidos para ser los actores privilegiados en el ejercicio de la representación. La caída del «voto tradicional» (cuadro 1.1. en anexo) fue un resultado de aquellos cambios<sup>1</sup>, que dio evidencia de un problema de alcance continental.

En contrapartida, proliferaron una serie de nuevos actores que ocuparon los lugares de representación «vacantes», como diversos movimientos sociales, ONG's, movimientos políticos locales, étnicos, etc. Solo una parte de la gran proliferación de nuevos actores políticos eran partidos. Esa *parte* constituye el centro de este estudio.

Este trabajo tiene como principal objetivo justificar la existencia de determinado *tipo* de partidos políticos emergentes, como actores claves en las trayectorias de institucionalización y representación de los sistemas de partidos latinoamericanos. Para ello, se formula un modelo de transformación de los sistemas de partidos cuya variable independiente se encuentra en el éxito o fracaso de nuevos actores de oposición: *los partidos desafiantes*.

El trabajo está estructurado del siguiente modo: en primer lugar, se desarrollan algunos ejes de discusión teórica sobre los problemas de institucionalización y representación de los sistemas de partidos; en segundo lugar, se plantea un modelo dinámico de transformación de los mencionados sistemas; en tercer lugar, se analizan los partidos desafiantes en cada caso de estudio (Argentina, Brasil, Colombia, México, Uruguay y Venezuela); en cuarto lugar, se concluye con una comparación sistemática entre los partidos desafiantes a efectos de determinar las causales de los éxitos y fracasos detectados. Las conclusiones también contemplan, en último término, posibles relaciones entre los partidos desafiantes y las elaboraciones teóricas y conceptuales establecidas en la ciencia política.

El funcionamiento de los sistemas de partidos latinoamericanos, a la luz de lo que ha sucedido en el plano de la oposición política, revela que los partidos de oposición son un factor dinámico y transformador de los sistemas, capaces de aportar importantes cuotas de legitimidad y capacidad representativa al conjunto del sistema, cuando logran entrar en competencia leal y abierta con los partidos establecidos. A modo de resumen, el trabajo arroja como resultado que allí donde emergieron «partidos desafiantes exitosos» se han logrado sistemas de partidos capaces de conservar o mejorar sus niveles de institucionalización y capacidades de representación, mientras que el fracaso de los partidos desafiantes latinoamericanos ha producido impactos en sentido contrario.

Por último, no debe dejarse de considerar que este estudio representa una aproximación inicial sobre la que pretendo continuar en instancias de investigación futura, en virtud de la fertilidad del tema y su escasa atención.

---

<sup>1</sup> En el cuadro 1.1 se representa la caída de las votaciones obtenidas por los partidos tradicionales de cada uno de los países. El cálculo corresponde a la fracción del voto que obtienen los partidos tradicionales, teniendo en cuenta la primera elección libre de 1970 en adelante, y la última elección registrada hasta el año 2000.

## 2. Institucionalización, representación y oposición política en los sistemas de partidos latinoamericanos.

En este capítulo se desarrollarán los conceptos fundamentales sobre los cuales propongo un modelo de trayectorias de los sistemas de partidos latinoamericanos en los años ochenta y noventa, expuesto en el capítulo tercero. En primer lugar, me dispongo a delimitar qué son partidos políticos y qué no; en segundo lugar, adopto una definición de sistemas de partidos; en tercer lugar, intento establecer tres elementos centrales para estudiar la calidad de las democracias latinoamericanas: la institucionalización de los sistemas de partidos, su capacidad de representación política, y la importancia que han tenido los partidos de oposición emergentes sobre estos dos elementos mencionados.

### 2.1. Partidos y sistemas de partidos: conceptos y funciones.

Los partidos políticos son los actores centrales en la política democrática moderna<sup>2</sup>, y en América Latina lo siguen siendo a pesar de enfrentar serios problemas de su capacidad representativa y legitimadora ante vastos sectores sociales. Adoptaré el concepto de partido político elaborado por Mainwaring y Scully (1996) quienes desarrollan una corrección a la definición de Sartori (1980). Así, un partido es cualquier grupo político que se presenta —o quisiera presentarse— a elecciones, y por medio de ellas es capaz de colocar candidatos para cargos públicos. No obstante, debería hacerse una diferenciación entre partidos políticos y *movimientos*. Es frecuente en el contexto latinoamericano que movimientos políticos sustentados en deficiencias representativas de los partidos existentes se desarrollen a través de una figura carismática (o populista) y emprendan una cruzada contra los partidos y contra la democracia de partidos. Estos movimientos, si bien son grupos políticos que presentan candidatos a elecciones, y por medio de ellas, los colocan en cargos públicos, no serán considerados verdaderos partidos políticos<sup>3</sup>.

Siguiendo a Von Beyme (1986) los partidos han de ser representativos, democráticos y no burocráticos y han de estar orientados hacia el gobierno, aunque sólo sea como alternativa de oposición. La “orientación al gobierno” es una característica necesaria de los partidos<sup>4</sup>. De este modo, podríamos descartar a los movimientos guerrilleros<sup>5</sup> y otros actores antisistema como verdaderos partidos. Sin embargo, existen partidos políticos que se presentan a elecciones, pero a la vez son actores antisistema, en virtud de que su «fin último» es un cambio de régimen<sup>6</sup>.

Destaco como las principales funciones de los partidos políticos la agregación, articulación, canalización y/o expresión de intereses y exigencias plurales de la población, y la formación y ejercicio del gobierno<sup>7</sup>. Los

<sup>2</sup> La centralidad de los partidos políticos en el proceso democrático no remite necesariamente a que el estado se vea cooptado por los mismos. El “Estado de partidos” y no de un partido, es aquel que sin perjuicio de su neutralidad, es en cada momento ocupado por ellos personal y programáticamente en el parlamento y el gobierno (García Pelayo: 1985).

<sup>3</sup> Por ejemplo en el caso del Movimiento Quinta República de Hugo Chávez (MVR) en Venezuela, o Cambio 90 (C90) de Fujimori en Perú, que no constituyen partidos políticos, sino que han sido causa efecto de la destrucción de sistemas de partidos preexistentes.

<sup>4</sup> Aún así, Von Beyme (1986) nos advierte de “los peligros del círculo tautológico del pensamiento funcionalista, que presume la existencia de funciones propias de las instituciones y a continuación las reencuentra empíricamente en un ‘análisis funcional’, aunque la institución y sus titulares se definan a sí mismos de modo distinto al supuesto. Por ello ha dejarse claro desde el principio que muchos partidos —al menos en los primeros años después de su surgimiento— eran partidos revolucionarios o de protesta y no se veían a sí mismos en funciones de gobierno”.

<sup>5</sup> Los movimientos guerrilleros en América Latina son actores políticos de suma importancia que han impactado en los sistemas de partidos aunque no sean parte de ellos. En algunos casos se han integrado a la vía electoral, formando partidos políticos nuevos o integrando uno ya existente.

<sup>6</sup> Esta clase de partidos sumamente ideológicos, como son los comunistas o leninistas, deberían constituir una excepción al argumento de Von Beyme, pues se presentan a elecciones y constituyen una *parte* del sistema de partidos. Además, y a la luz de la historia, muchos partidos *revolucionarios* han sido centrales en la posterior formación de partidos con formatos *clásicos* como el PT, el Frente Amplio o el PRD.

<sup>7</sup> Sobre este punto, Von Beyme (1986) indica que las funciones de los partidos políticos son: a) la búsqueda de objetivos (ideología y programas); b) la articulación y agregación de intereses sociales; c) la movilización y socialización de ciudadanos en el sistema, y sobre todo; d) con ocasión de las elecciones, el reclutamiento de elites y de formación de gobiernos. Por otra parte, Sartori (1980) entiende que las

partidos políticos dan forma al funcionamiento democrático (Mainwaring y Scully, 1996: 2) y por el hecho de constituir un sistema competitivo, cumplen funciones diferenciales.

Un sistema de partidos, como han definido Mainwaring y Scully (1996: 3) es un conjunto de interacciones esquematizadas en la competencia entre partidos, lo cual sugiere que deben ser observables algunas reglas y ocurrencias regulares en la forma de competir de los partidos aún si las mismas son cuestionadas y sufren cambios. Conceptualmente no puede existir un sistema de partido único. Sin embargo, Giovanni Sartori (1976: 277-289) definió la categoría de "sistema de partido hegemónico", que se compone de un solo actor relevante y de partidos testimoniales o satélite, que legitiman al partido principal como actor inserto en un sistema supuestamente competitivo<sup>8</sup>.

## 2.2. El problema de la institucionalización de los sistemas de partidos.

Uno de los aspectos más importantes de los sistemas de partidos es su grado de institucionalización. Siguiendo la definición elaborada por Scott Mainwaring y Timothy Scully "un sistema institucionalizado de partidos implica la estabilidad en la competencia entre partidos, la existencia de partidos que tengan raíces más o menos estables en la sociedad, la aceptación de partidos y elecciones como instituciones legítimas que determinan quién gobierna, y organizaciones partidarias con reglas y estructuras razonablemente estables"(1996: 1)<sup>9</sup>.

La institucionalización de un sistema no sólo importa por la estabilidad, sino que tan importante como las regularidades son las capacidades de cambio de los sistemas. La capacidad de autotransformación legítima de un sistema de partidos es lo que demuestra su verdadera institucionalización, de manera que la estabilidad del

---

funciones principales de los partidos políticos son la *función representativa* y la *función expresiva*, aunque él prefiere hacer hincapié en la segunda. Es decir, los partidos son instrumentos "para representar al pueblo al expresar su exigencias". (...) "Por encima de todo, pues, los partidos son instrumentos expresivos que realizan una *función expresiva*." (1980: 58). De todos modos el propio Sartori reconoce que los partidos políticos tienen otras funciones como las de "articulación" y agregación de intereses" destacadas por Almond, o como dijo Neumann, los partidos son actores que "canalizan" y "organizan la caótica voluntad pública". Ver Sigmund Neumann, (comp.), *Modern political parties*, The University of Chicago Press, 1956.

<sup>8</sup> Estos sistemas de partidos "no competitivos" están muy cercanos al autoritarismo, pero desde que comienzan a mostrar una mayor competitividad han sido incluidos en los análisis sobre las democracias, como el caso mexicano.

<sup>9</sup> La primera condición para la institucionalización de un sistema de partidos democrático, refiere a la "estabilidad en las reglas y en la naturaleza de la competencia de los partidos" (1996: 4). Un punto de alta relevancia en la institucionalización refiere a que los autores no concibieron un concepto que describa situaciones de "congelamiento", apoyados en los estudios de Lipset y Rokkan (1967) y de Rose y Mackie (1988) afirman que "existe una tendencia hacia la estabilidad dentro de los sistemas institucionalizados de partidos, pero la razón principal por la que los mismos partidos persisten por largos periodos de tiempo es que se adaptan con éxito a los cambios de su ambiente" (Mainwaring y Scully, 1996: 390). Ver, Martin Lipset y Stein Rokkan, *Clivage Structures, Party Systems and Voter Alignments: an Introduction*, en Lipset y Rokkan eds., "Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives, New York, 1967, y Richardo Rose y Thomas Mackie, *Do parties persist or Fail? The Big Trade-off Facing Organizations*, en Kay Lawson y Peter Merkl, eds., "When parties fail: emerging organizations", Princeton. Esta dimensión de la institucionalización no ha sido suficientemente recogida por la ciencia política, incluso se ha exagerado en cuanto a la búsqueda de las condiciones para la estabilidad. En el mismo sentido de evaluar las virtudes de adaptación y capacidad de transformación de los sistemas de partidos puede verse Michael Coppedge (1999), *Latin American Parties: Political Darwinism in the Lost Decade*. Working Paper 99-3, University of Notre Dame. La segunda condición para la institucionalización, es que "los partidos importantes deben tener raíces más o menos estables en la sociedad", condición necesaria para estructurar las preferencias políticas en el tiempo, y establecer patrones regulares de la manera en que la gente vota. Este punto tiene particular relevancia en cuanto a la cuestión de la representación política, en la medida que en los sistemas incoativos de partidos, "hay un número mayor de ciudadanos que tienen dificultad en identificar lo que representan los partidos importantes", dado que los partidos en sistemas institucionalizados no pueden cambiar súbitamente de orientaciones ideológicas mediante cálculos estratégicos de corto plazo. Los partidos con fuertes raíces en la sociedad en un sistema institucionalizado "se ven constreñidos por la necesidad de mantener una base que les sea fiel" (Mainwaring y Scully, 1996: 4). La tercera condición, es que "los actores políticos importantes concedan legitimidad al proceso electoral y a los partidos" (Mainwaring y Scully, 1996: 4). En los sistemas institucionalizados, el camino al poder son los procesos electorales, que se realizan a través de la competencia entre partidos, considerados los actores legítimos para determinar el acceso al poder. La cuarta y última condición, es la importancia de las organizaciones partidarias en relación a sus componentes personales. Las organizaciones fuertes son aquellas que no se subordinan a los intereses de los líderes ambiciosos, sino que poseen una serie de estatutos y procedimientos de funcionamiento para la toma de decisiones que le proporcionan un valor en sí mismo. Uno de los motivos por los cuales muchos partidos no son institucionalizados, es que fueron creados por líderes o actores colectivos (sindicatos, movimientos guerrilleros, empresarios, etc), que le asignaron a los partidos fines puramente instrumentales. Cuando estos partidos adquieren autonomía, logran extenderse territorialmente, aumentan sus niveles de organización y manejan sus propios recursos. Todo ello le permite institucionalizarse (Mainwaring y Scully, 1996: 4).

régimen democrático se traduce en adecuadas representaciones de las demandas e intereses que cambian con el tiempo<sup>10</sup>.

Específicamente, la noción de sistema de partidos institucionalizado refiere a “un conjunto de interacciones esquematizadas en la competencia entre partidos. Esta noción sugiere que algunas reglas y concurrencias regulares en la forma de competir de los partidos son ampliamente observadas –si bien no uniformemente aceptadas- aun si estas reglas y concurrencias regulares son cuestionadas y sufren cambios” (Mainwaring y Scully, 1996:3). No obstante, lo más importante para estos autores es la continuidad de los componentes de modo que los cambios fuertes en el número de partidos implica un cambio de sistema por otro (Mainwaring y Scully, 1996:3). Para ser más precisos, lo que efectivamente supone un cambio de un sistema a otro, es la sustitución de los actores relevantes en un momento dado, por nuevos actores relevantes en un segundo momento. Debe quedar claro que un cambio de sistemas de partidos por otro (incluso si este último se compone de pseudo-partidos), significa en cualquier circunstancia una des-institucionalización resultante<sup>11</sup>.

El estudio de Mainwaring y Scully (1996) establecía que los sistemas institucionalizados (aquí analizados) eran Colombia, Venezuela, Uruguay y en un escalón inferior Argentina<sup>12</sup>, mientras que los sistemas “incoactivos” eran Bolivia, Brasil y Perú, y en una categoría residual, los sistemas “hegemónicos en transición”, se ubicaba México<sup>13</sup>. Podemos observar en el Cuadro 2.1. (ver anexo) el ordenamiento de los casos estudiados por Mainwaring y Scully a principios de los 90, según su grado de institucionalización. Dado que en esta oportunidad no es posible una investigación de tal envergadura, para medir adecuadamente la institucionalización de los sistemas de partidos una década después, puede evaluarse si el *punto de partida* que ofrece el estudio citado ha mostrado evoluciones o retrocesos para cada país durante el resto de la década mediante el análisis de cada caso por separado.

Por otra parte, los sistemas incoactivos dan mucho espacio para los liderazgos populistas, que se acentúan con los diseños presidencialistas, dado que no necesitan ser elegidos jefes del partido para alcanzar el gobierno, sino que apelan directamente a las masas mediante llamados personalistas. Los liderazgos políticos son controlados por los partidos en sistemas institucionalizados, allí las organizaciones son las que deciden los candidatos a las elecciones y confeccionan (según lo permisivo del sistema electoral) las listas partidarias para la elección congresal. Los sistemas insitucionalizados tienden a procesar los conflictos de modo más pacífico que los líderes populistas, incluso enfocan la competencia por el poder hacia los procesos electorales de participación pacífica de la ciudadanía, mientras que los líderes populistas tienden a planear una política más confrontativa y violenta. Los líderes personalistas tienden a realizar políticas de gobierno desprendidas de programas y plataformas partidarias, las cuales son mucho más cortoplacistas y erráticas (Mainwaring y Scully, 1996: 20). Esto genera que muchas veces los ciudadanos son gobernados por políticas y programas que no votaron, es decir, en Bolivia, Brasil y Argentina, “los presidentes elegidos por elección popular implementaron programas ortodoxos

---

<sup>10</sup> Sobre este punto, recientemente Cavarozzi y Casullo han sostenido que existen “riesgos por exceso” de institucionalización partidaria para cada una de las cuatro condiciones que proponen Mainwaring y Scully (1996). La estabilidad en la competencia puede generar “niveles crecientes de ‘calcificación’ del sistema, de inhabilidad para recoger o procesar demandas legítimas de los actores sociales y de hipertrofia de las redes clientelísticas de los partidos dominantes”; el enraizamiento de los partidos en la sociedad puede extender las prácticas clientelísticas, como el fundamento de la cohesión partidaria, debilitando así, la “ligazón ideológica-identitaria entre los partidos y sus respectivas bases”; la legitimidad del proceso electoral puede bloquear la entrada de nuevos actores y de transformar las reglas de juego; y la fortaleza de la estructura y burocratización partidaria puede generar estructuras “esclerotizadas” que se separan al partido de las bases ideológicas y sociales que representan (Cavarozzi y Casullo, 2002: 22-26).

<sup>11</sup> Esto ocurrió con Venezuela a partir de 1998.

<sup>12</sup> Los autores destacaron que en estos países “los partidos importantes están institucionalizados, y su participación en las votaciones es en general razonablemente estable de una elección a la otra. En términos de volatilidad electoral los sistemas de partidos institucionalizados ocupan los seis puestos inferiores en la escala. Los partidos tienen raíces al menos modestamente fuertes en la sociedad, e identidades también modestamente fuertes. Son actores claves en la estructuración del proceso electoral y la determinación de quién gobierna, y las organizaciones partidarias no son simplemente expresiones de los deseos políticos de los líderes carismáticos” (Mainwaring y Scully, 1996: 14).

<sup>13</sup> Paraguay también fue incluido en esta categoría. Una de las características llamativas de los sistemas hegemónicos es que son casos más cercanos a la institucionalización que muchos otros, excepto porque todavía no son plenamente democráticos. “Para aproximarse a la democracia, algunos aspectos de la política de partidos deben ser desinstitucionalizados, especialmente el maridaje entre partido hegemónico y Estado” (Mainwaring y Scully, 1996: 17).

'de shock' que contradecían promesas fundamentales de la campaña y las plataformas de los partidos" erosionando aún más la institucionalización de los sistemas de partidos (Mainwaring y Scully, 1996: 21). En un sentido similar, Susan Stokes (1999) ha descrito el fenómeno de las "policy switches": candidatos y partidos que realizan campañas electorales sobre un determinado sentido político y luego de alcanzar el gobierno realizan un giro en su plataforma<sup>14</sup>. Juan Pablo Luna y Elizabeth J. Zechmeister (2004: 6) han destacado que los niveles de representación son altos en los sistemas de partidos institucionalizados y más bajos en donde existen experiencias recientes de "policy switches". La relación entre la representación política y la institucionalización constituye un elemento central en este trabajo, que aparecerá mediada por la emergencia de nuevos partidos políticos.

Otro aspecto en el cual los sistemas institucionalizados son importantes es que ayudan a mantener la legitimidad democrática. Los partidos no solo dan forma, limitan y articulan la expresión de intereses, sino que impactan sobre la forma en que se expresan y se enfrentan los mismos. Según Juan Linz (1978), un gobierno legítimo es la forma menos mala de gobierno, es decir que la legitimidad se apoya en la creencia de que, para un determinado país y coyuntura histórica, ningún otro tipo de régimen podría asegurar una más exitosa prosecución de los objetivos colectivos<sup>15</sup>. Así, "la legitimidad establece una reserva de apoyo y buena voluntad que no depende de recompensas inmediatas" y tiene relación con el régimen político más que con un gobierno en particular. En una democracia que goza de legitimidad, los problemas que enfrenta cualquier gobierno son controlables y no se desencadenan en crisis sin solución. Siguiendo este razonamiento, los sistemas institucionalizados son importantes para generar legitimidad, estructurando *alternativas* para los ciudadanos acerca de la clase de líderes que desean (Mainwaring y Scully, 1996: 20).

### 2.3. El problema de la representación y los partidos.

Los partidos tradicionales o establecidos del continente latinoamericano perdieron, durante las últimas dos décadas, muchas de las capacidades representativas que se traducían en amplias convocatorias electorales. El problema de la calidad democrática está relacionado con los niveles de representación del sistema de partidos. Un tipo de explicación de la caída de la capacidad de representación de los sistemas de partidos latinoamericanos es el fenómeno de la "doble transición" (Lanzaro, 2000). Esta interpretación supone que en este periodo se dan dos procesos de transformación dual, por un lado la construcción (o restauración) de sistemas políticos democráticos y partidos que mutan en sus formatos y organizaciones, y por otro, un giro de tendencia más o menos liberal en la implementación de reformas estructurales y de políticas económicas que pudieran hacer frente a los problemas que trajo el agotamiento de la matriz estado-céntrica (Cavarozzi y Casullo, 2002)<sup>16</sup>, o que dejaran atrás modelos de gestión keynesiana imposibles de sostener (Lanzaro, 2000).

Por lo general, en los casos donde existen sistemas de partidos fuertes no se realizó una reforma estructural muy profunda con participación partidaria, es decir, ni en Uruguay, Venezuela o Colombia se giró hacia esquemas estrictamente neoliberales. El Partido Justicialista de Argentina llevó adelante una de las reformas más profundas y extensas bajo los dos gobiernos sucesivos de Carlos Menem a partir de 1989. México comenzó en 1988 con la presidencia de Carlos Salinas de Gortari<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> Carlos Menem en Argentina y Alberto Fujimori en Perú son excelentes ejemplos de este fenómeno.

<sup>15</sup> Citado por Mainwaring y Scully (1996), Juan Linz, *The breakdown of democratic regimes: crisis, breakdown and reequilibration*, Baltimore, md.: Johns Hopkins, University Press, 1978.

<sup>16</sup> Este concepto acuñado por Marcelo Cavarozzi, no refiere a un elevado grado de dirigismo o de intervencionismo estatal en la economía (características propias de cualquier estado de bienestar europeo), sino más bien a una especificidad latinoamericana donde "la política se organizó primordialmente en torno a las acciones del Estado. Estas acciones dejaron filtrar fuertes elementos democratizantes, a menudo a través de vías específicamente electorales o de las relaciones directas con los líderes. Ello no obstó a que el ejecutivo tendiera a actuar de manera discrecional y jerárquica. La centralidad de lo estatal-ejecutivo estuvo claramente relacionada con la simétrica debilidad, por un lado, del parlamento y del sistema de partidos, y, por el otro, de las instituciones del estado de derecho". (Cavarozzi y Casullo, 2002: 11).

<sup>17</sup> El caso de México presenta una desaceleración en las reformas, "parcialmente como consecuencia de la desintegración cada vez más rápida de la hegemonía priista" (Cavarozzi y Casullo, 2002: 17) y el consecuente fortalecimiento de los nuevos partidos de oposición PAN y PRD.



No tanto la profundidad sino el giro mismo hacia las reformas liberalizadoras, forma parte de la explicación a la crisis de representación que sufren los partidos tradicionales del continente, que visualizaron en la reforma económica el camino transformador que los nuevos tiempos exigían, que sin embargo les resultó insuficiente para mantener el “statu quo” partidario en algunos casos.

La confluencia de los legados históricos (configuraciones ciudadanas, estatales y partidarias tomadas como variables estructurales de largo plazo) y los dobles procesos de transición democrática y reformas de corte neoliberal (Kenneth Roberts: 2002), son claves de análisis para introducirse en el estudio de la caída de la representación política que lograban los viejos partidos latinoamericanos hasta los noventa, cuando evidencian su crisis y sufren profundas transformaciones, más allá de la continuidad de sus etiquetas partidarias.

Para Michels “representar significa emitir una voluntad particular como voluntad de la masa” (Michels, en Lenk y Neumann, 1980). Este “modelo” de representación ha ido cambiando, del mismo modo que los partidos de masa han ido dando lugar a otros modelos de partidos. Las transformaciones de los partidos fueron haciendo más lejana la relación entre éstos y la sociedad, o bien entre éstos, el Estado y la sociedad. Inicialmente puede destacarse la idea de “partidos de masas” que nace con el modelo de Maurice Duverger (1966). Los partidos de masas en la concepción clásica tienen tres características esenciales: a) orígenes externos al parlamento, vinculados a actores sociales organizados; b) fuertes y claras definiciones ideológicas que organizan la actividad del partido así como las relaciones entre la organización y sus miembros; d) organizaciones fuertes y centralizadas que establecen grados de disciplina y obligan a la cohesión en torno a decisiones partidarias. Los partidos de masas dieron lugar a la formación de partidos “catch-all” que describió Otto Kirchheimer (1966), o la reformulación de Angelo Panebianco (1982 [1990]) que dio lugar a los partidos de tipo “profesional-electoral” que dejan de identificarse en forma clara con determinadas clases o grupos sociales para extender su captura de votos al máximo posible. Tiempo después, y continuando con una mirada europeizante de los políticos, Richard Katz y Peter Mair (1985) propusieron los partidos “cartel”, definidos estrictamente por su relación con el Estado. Mientras que los “catch-all” y los “profesional-electorales” continuaban siendo un lazo entre la sociedad civil y el Estado, los partidos “cartel” dejaron de ser agentes de aquella relación para caracterizarse por una “interpenetración entre el partido y el Estado” (Katz y Mair, 1995: 17) entrando en una complicidad de partidos que comparten los beneficios de aquella relación con el Estado. Los procesos de cambios en los tipos de partidos han ido generando debilidades y dependencias mayores de los mismos a causa de la lejanía que se fue generando entre las organizaciones y la sociedad<sup>18</sup>.

Procesos similares se dieron en América Latina, que han sido caracterizados como una “reoligarquización” de los partidos políticos, (Roberts, 2002) aunque no sea una idea exactamente idéntica. Rachel Meneguello (2002) destaca que si bien los partidos se han transformado en el ámbito de la representación política, mantienen en forma vigorosa la función gubernativa<sup>19</sup>, y es a partir de la misma como pueden reacondicionar la capacidad de intermediación entre el Estado y la sociedad. Esta interpretación tiende a dejar de lado el desarrollo de las capacidades representativas de los partidos que no ocupan el gobierno o, en su defecto, un número importante de cargos públicos.

En general, aquellos partidos políticos que tienen canales efectivos *hacia abajo* que funcionen como transmisores y censores de los cambios sociales, son más capaces de comprender los cambios que demandan los

---

<sup>18</sup> Sobre este punto ver Steven Wolinetz (2002).

<sup>19</sup> Meneguello alerta que estas transformaciones en el campo de la representación “afectan solo a uno de los ejes del proceso democrático” dado que “en el ámbito de la toma de decisiones y gestión de la sociedad, los partidos figuran como agentes centrales de la conexión entre los ciudadanos y los gobiernos democráticos, actuando como los articuladores de las cuestiones de la arena pública, definiendo las agendas gubernamentales e influyendo sobre el proceso de elaboración de políticas públicas”. La autora presenta un modelo de interpretación y concepción de los partidos políticos basado en una “tridimensionalidad interactiva” donde se destaca la acepción de las funciones de representación y articulación de intereses, la función gubernativa, y la naturaleza interactiva de las tres dimensiones básicas del funcionamiento partidario (el partido y sus bases, el partido en el legislativo y el partido en el gobierno). Esta interpretación supone alejarse de la visión unidimensional que entiende a los partidos como actores unitarios de fuerte articulación interna y, le otorga estado un papel muy importante en el desarrollo partidario. En suma, la relación de mediación ente el estado y la sociedad que realizan los partidos viene a complementarse con una dependencia y desarrollo de los partidos a hacia el estado a partir de la experiencia de gobierno y los activos políticos que ahí mismo se generan.

ciudadanos. Según Almond y Powell (1972) “cuando existen estructuras especializadas de combinación de intereses situadas en un nivel inferior al de las estructuras de decisión, resulta más fácil plantear demandas en diversos tipos de cambio sin amenazar con ello las estructuras centrales y deteriorar las bases de apoyo del sistema político.” Los procesos de “reoligarquización”<sup>20</sup> (Roberts, 2002: 55-76) de muchos partidos históricos de América Latina, tienen que ver con esta pérdida de estructuras intermedias entre las dirigencias partidarias y la sociedad.

En la mayoría de los países de América Latina el copamiento del estado por parte de los agentes sociales y políticos ha sido protagonizado por oligarquías nacionales, que se desarrollaron en los países con grados diferenciales. Los partidos tradicionales que no lograron conformar sistemas institucionalizados de independencia relativa de las distintas fuerzas sociales, formaron parte, y fueron funcionales a, un *statu quo* político, social y económico.

En los casos donde los partidos tradicionales canalizadores e intermediarios entre conflictos sociales y decisiones estatales, también cooptaron al Estado y sus recursos como modo de reproducción de su legitimidad y desarrollo de un modelo de representación retributiva, más o menos clientelar. Tanto en los casos de sistemas institucionalizados como en sistemas incipientes, los partidos tradicionales o establecidos representaron un *statu quo gobernante*.

Como se adelantó, no necesariamente *todos* los partidos cumplen simultáneamente las *mismas* funciones en *igual* medida. En un sistema en transformación, como son los sistemas latinoamericanos de los ochenta y noventa, las nuevas oposiciones políticas pueden ser más *expresivas* que *efectivamente canalizadoras* de demandas en la hechura directa de políticas públicas, mientras que en los partidos gobernantes —muchas veces tradicionales durante el período— prevalecen las funciones de canalización de demandas concretas en políticas y decisiones de gobierno. Por lo tanto, los partidos de oposición desafiante y los partidos de gobierno ejercen *representaciones diferentes* en cuanto a los contenidos y las formas en que ellas se llevan a cabo. Esto supone que la aparición de partidos emergentes viene acompañada de nuevos ejes de competencia interpartidaria que redimensionan los aspectos representativos del sistema en su conjunto, no por virtud de los nuevos y defecto de los viejos, sino como un *efecto sistémico*. Extremar este tipo de razonamiento puede llevar al error de pensar que cuanto más partidos existan más representativos es el sistema. En verdad sólo es posible afirmar que en sociedades plurales, los sistemas competitivos son más representativos que los no competitivos o de “partido hegemónico” (Sartori, 1980), por la razón de que los agentes monopólicos siempre generan ineficiencias sociales o colectivas. Pero no se sigue la misma relación ente sistemas bipartidistas y multipartidistas. En general cualquier sistema competitivo, sea este de dos o más partidos, es más o menos representativo en su función de aglutinar y sintetizar intereses para emitir respuestas políticas. En síntesis, la importancia de los nuevos actores partidarios en los años ochenta y noventa no se debe a que estos incrementan el número de partidos, sino a que *representan* lo que otros partidos no han podido incorporar o *conservar*.

El crecimiento de la distancia entre los ciudadanos y las estructuras partidarias acompaña la caída de los niveles de representación política. Tomaré como *supuesto* que los partidos latinoamericanos comienzan a mostrar problemas de representación entrada la década de 1980 y transcurridas las transiciones hacia la democracia. Este proceso dio lugar a la aparición de nuevos actores de diverso cuño como los “nuevos movimientos sociales”, las ONG’s y diversas estructuras participativas de arraigos locales. Pero también nacieron nuevos partidos, y sus efectos sobre la institucionalización y la representación constituyen el centro del análisis siguiente.

Allí donde los viejos partidos ya no logran captar electores como lo hacían *históricamente*, es posible inferir que los problemas de las capacidades representativas de los mismos forman parte de la explicación del fenómeno. Los procesos transformación de los canales de representación y el reposicionamiento de los partidos

---

<sup>20</sup> Las transformaciones en la representación política como objeto de la “modernización social y tecnológica” acompañada de la emergencia de una “diversidad de grupos de interés, movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales” que han asumido “funciones representativas que fueron previamente monopolizadas por los partidos políticos”. En este sentido Roberts (2002) plantea que la “des-institucionalización” demostrada por el aumento de la movilidad y volatilidad electoral, la tendencia a la “des-masificación de la representación política” y por último la “verticalización de los lazos entre partido y sociedad”, apuntan hacia un proceso de “reoligarquización” de la política, que a mi juicio, es un elemento común en los partidos debilitados en su capacidad de representación durante los noventa, vistos como responsables de las “dobles transiciones”, o al menos, de las reformas neoliberales.

políticos en la sociedad sobre nuevos esquemas representativos, tienen impacto tanto en la oferta electoral (en el sistema de partidos) como en sus resultados. Siguiendo a Frances Hagopian (2000) “la renuncia en aumento de los votantes a identificarse con los partidos existentes” es el fenómeno del “*desalineamiento partidario*”<sup>21</sup>. Durante los años ochenta y noventa, en varios países latinoamericanos (especialmente los que carecen de sistemas de partidos establecidos), el porcentaje de la población identificada con los partidos sufrió un sensible declive (Hagopían, 2000).

Existen tres variedades de transformación de los sistemas de partidos, el *desalineamiento*, el *realineamiento* y el *colapso* (Dietz y Myers, 2003: 3). El desalineamiento ocurre cuando una parte importante de los adherentes a uno o varios partidos mayores del sistema dejan de identificarse con cualquiera de los partidos políticos. El realineamiento refiere al traspaso de lealtad de un partido político directamente a otro. Según Dietz y Myers (2003), existen dos tipos de realineamiento: en primer lugar, cuando la lealtad hacia un partido establecido se traslada a otro partido también establecido; y en segundo lugar, un realineamiento más dramático, cuando las preferencias partidarias se dirigen hacia partidos emergentes o que previamente tenían una importancia marginal<sup>22</sup>.

La tercera forma de transformación, según Dietz y Myers (2003), es el colapso del sistema<sup>23</sup>. Supone repercusiones muy fuertes para el régimen democrático y presenta señales de problemas de legitimidad “del más profundo tipo”, donde los votantes dejan a los partidos tradicionales, y el sistema pierde la capacidad de agregar intereses, de reclutamiento político y de transferencia de poder. Así mismo el colapso del sistema de partidos provee una oportunidad para la emergencia de políticas y líderes “anti-establishment” y personalistas, o incluso una excusa para la intervención militar directa (Dietz y Myers, 2003: 3).

La relación que existe entre el “desalineamiento partidario” y el “desalineamiento electoral” es que el primero precede, y predice, al segundo. El desalineamiento electoral puede medirse por la volatilidad electoral<sup>24</sup>. Los datos que Hagopian presenta “arrojan dudas sobre la hipótesis de que la declinación de la representación política es un fenómeno meramente temporario originado en un período de dispersión económica aguda que se revertirá con la recuperación de la economía.” (2000: 308)<sup>25</sup>.

El otro modo de medir el desalineamiento electoral es el aumento de la abstención. La tendencia registrada por Hagopian “hacia niveles declinantes de concurrencia a los comicios tiene como factor subyacente una marea de desinterés, desilusión y desafección de los ciudadanos” (2002: 303).

Tomaremos la *volatilidad* y la *abstención* electoral como indicadores de *desalineamiento electoral*, y a su vez, será interpretado el *desalineamiento electoral* como un fenómeno que está precedido del *desalineamiento partidario* producto de procesos de dispersión y *declive de la representación*. En los casos donde los nuevos

---

<sup>21</sup> Una de las preguntas que se hace Hagopian es “si la debilidad de la representación es temporaria o no”. En caso que así sea hablamos de una “pausa” de los canales representativos que deberían reaparecer rápidamente. Pero si no se trata de una cuestión temporaria, la pregunta es si estamos viviendo la gestación de nuevas formas de representación más adecuadas y eficaces, es decir una “reorganización”, o si nos enfrentamos a una “tendencia secular hacia la declinación de la representación política y la disminución de la responsabilidad en muchas democracias de la región”. La hipótesis es que “las redes de representación política que vinculan a los ciudadanos con las instituciones políticas decayeron desde el período de la transición a la democracia más rápidamente de lo que se organizaron nuevas alternativas o se vigorizaron las ya existentes” (Hagopian, 2000: 268).

<sup>22</sup> Veremos que este es el caso del PAN en México.

<sup>23</sup> Los autores abordan el problema que supone incluir como un tipo transformación el *colapso* mismo del sistema. Debe aclararse que no refieren a una desaparición completa o total.

<sup>24</sup> La volatilidad electoral es una medida del cambio neto de la proporción de votos de todos los partidos de una elección a la siguiente. Existe cierta dificultad para medir en toda su magnitud el desalineamiento electoral en América Latina con respecto a décadas anteriores, dado que la población votante no se mantuvo constante, sino que cambió y creció con el paso del tiempo, mientras que “el ‘realineamiento’ es un fenómeno destinado a aplicarse a una población votante más bien estática, no a una que se ha expandido rápidamente”. (Hagopian, 2000: 300).

<sup>25</sup> Las expectativas sobre el futuro la economía incidieron en “el voto por el PAN en 1988 pero no en 1991, y en ninguno de los casos pesaron para votar a la izquierda” (Dominguez y McCann, 1995: 46, citados en Hagopian, 2000: 309). Por otra parte, los sistemas de partidos fuertes y con raíces profundas en el electorado como lo era Colombia en 1990 o Venezuela hasta ese momento, “no inmunizan contra el contagio del desalineamiento” (2000: 300) si se tienen en cuenta los niveles de volatilidad electoral entre 1970 y 1973 (Mainwaring y Scully, 1995).

*partidos desafiantes* son exitosos, esperamos encontrar procesos de *realineamiento electoral*<sup>26</sup>, es decir la recomposición de la competencia sobre nuevos esquemas partidarios y representativos. No obstante los riesgos de esta operación<sup>27</sup> —frecuentemente utilizada en ciencia política— se sostiene que son encadenamientos conceptuales muy razonables.

#### 2.4. La oposición *desafiante* como respuesta.

La experiencia latinoamericana demuestra que los partidos *gobernantes* han sufrido problemas. En momentos de crisis política de las democracias latinoamericanas (luego de las transiciones), el peso de la aceptación *normativa* de la democracia es mucho menor cuando recién se había recuperado, y la legitimidad pasó a depender sobre todo del funcionamiento y la eficiencia del régimen<sup>28</sup>. Un aspecto central en el funcionamiento de la democracia son las decisiones que toman los gobiernos. La voluntad de los partidos se transforma en la voluntad del estado cuando éstos toman decisiones *en el gobierno*. Mientras tanto, las nuevas oposiciones no suelen tomar decisiones gubernamentales durante el período. Cuando el gobierno ve erosionada su legitimidad, el costo tiende a caer, en el corto plazo, sobre quienes lo conducen, es decir sobre los partidos gobernantes y no sobre los que están en la oposición. En el largo plazo, y cuando la alternancia en el gobierno se hace efectiva, una crisis de legitimidad de las instituciones democráticas gubernamentales continua recae sobre todo el sistema.

¿Cuál es la importancia de que existan oposiciones vigorosas para el buen funcionamiento democrático?, ¿el tamaño y el grado de desafío que ponen de manifiesto las oposiciones políticas guardan relación con los niveles de representación que tienen *todos* los partidos de una democracia? Ambas cuestiones son centrales para la explicación de las capacidades representativas de los partidos y la institucionalización de los sistemas. Paradójicamente la ciencia política sabe bastante poco sobre *oposición política* en sistemas democráticos.

Entender a la oposición<sup>29</sup> como un aspecto central en el análisis de los sistemas de partidos, obliga a ir hacia las bases de la construcción democrática en términos institucionales, pero además implica preguntarse qué

---

<sup>26</sup> “La formación de nuevos partidos que reflejen nuevas identidades e intereses y la muerte de los antiguos, junto con la desaparición de las clases y la preponderancia de los viejos clivajes, son parte integrante del proceso normal, aunque poco habitual, de realineamiento electoral” (Hagopian, 2000: 293).

<sup>27</sup> El intento de dar cuenta del declive de representación exige la construcción de datos sistemáticos en todos los casos a comparar referentes a las relaciones específicas entre ciudadanos y partidos políticos en forma de series temporales que nos permitan comprender más cabalmente los procesos de cambio. Los datos electorales no son el resultado directo de los cambios en la capacidad de representación de los partidos políticos, sino que se nutren de muchos otros factores (coyunturales y de largo plazo) que intervienen en la decisión de voto de los ciudadanos y poco tienen que ver con el problema de la representación.

<sup>28</sup> Sobre este punto García Pelayo también sostiene que “solo la interacción entre el sistema de partidos y el sistema estatal puede proporcionar a este una legitimidad y funcionalidad democráticas” (Ver, García Pelayo, *Estado de partidos*, Alianza, Madrid, 1986, pp. 85-116).

<sup>29</sup> Las definiciones de la oposición no han escapado al problema del eurocentrismo. Oreste Massari (1997: 81-85) repasa brevemente las consecutivas definiciones elaboradas, citando entre otros a Ionescu, G., y de Madariaga I., *Opposition. Past and present of a political institution*, C.A., Watts, London, 1968, quienes conceptualizaron a la oposición política como “la más avanzada e institucionalizada forma de conflicto político [...] La oposición política se convierte por eso en la institución que corona una sociedad plenamente institucionalizada [...] Como institución, la oposición política tiene una historia”. Por otro lado, Von Beyme, Klaus, *Opposition*, parte I, en “Marxism, Communism in Western Society. A Comparative Encyclopedia”, comp. por C. D. Kernig, vol. VI, Herder and Herder, New York, 1973, agrega el papel de representación a los grupos de oposición parlamentaria en los estados modernos “donde las decisiones políticas son tomadas generalmente de acuerdo con el principio de la regla mayoritaria, la oposición está formada por un grupo de políticos que representan una posición diferente a la del gobierno. Una oposición puede desarrollarse solo cuando ciertos derechos son garantizados a todos los políticos en los cuerpos representativos [...] Fue solamente con el surgimiento del moderno sistema parlamentario que pudo desarrollarse una oposición”. Esta definición implica que las oposiciones institucionalizadas son *oposiciones parlamentarias*. Podrá notarse que en América Latina las oposiciones institucionalizadas se desarrollan en sistemas presidenciales y no se nutren únicamente desde las bancadas en los parlamentos, sino que se sustentan en Alianzas extraparlamentarias con diversos grupos sociales, los cuales muchas veces son los que dan origen a partidos de oposición.

Massari (1997: 112) destaca el aporte de Pulzer, P., *Is there life after Dahl?*, en Kolinsky (comp.), 1987, quien discute el tema de la oposición con relación a cuatro ejes: “a) los cambios en el contexto institucional; b) los cambios en el modelo de *opinión cleavage*; c) los cambios en los modelos de competición partidista; d) los cambios en el modelo en el cual la opinión es organizada y canalizada”. El análisis de Pulzer es trasladable al contexto latinoamericano, en la medida que señala cómo el efecto de “congelamiento” a causa de los *cleavages* sociales de Lipset y Rokkan (1967) fueron dando lugar a procesos de desalineamiento (*dealignment*) partidista, aumento de la volatilidad electoral y aparición de nuevos partidos que encarnan nuevas representaciones y demandas políticas.

dinámica de competencia y representación política generan los distintos tipos de oposiciones. Diversas clasificaciones sobre las oposiciones se han realizado en ciencia política<sup>30</sup>, no obstante, el carácter europeizante de los análisis de los partidos también ha impactado en los estudios sobre las oposiciones partidarias. Aquí la oposición será destacada por su *función representativa* y, en los casos de oposiciones emergentes, por su capacidad de cambiar o agregar ejes de competencia interpartidaria en los sistemas.

La capacidad representativa de los partidos no se traduce únicamente en la buena representación del gobierno o de políticos individuales en cargos de gobierno, sino que la democracia impone exigencias mucho más amplias. Los partidos de oposición también son *actores representativos*. Para que un sistema de partidos funcione es necesario que la oposición sea vigorosa y mantenga relativa coherencia en el largo plazo. Esto es así en la medida en que representar no solo es emitir decisiones de gobierno o diseños de políticas que respondan a intereses determinados, sino que muchos ciudadanos y grupos sociales pueden verse representados por décadas sin que su partido alcance el control del gobierno, pero sí ejerciendo influencia sobre el mismo. Es por eso que el estudio de oposición política es fundamental a la hora de hablar de calidad democrática, donde lo que debe entenderse como oposiciones reales, son aquellas que se visualizan por la opinión pública como alternativas viables y efectivas. Así “el rol y las funciones de la oposición no son solamente un problema subjetivo de las fuerzas políticas que revisten tal condición, sino que constituyen también un problema ‘sistémico’, un problema de pleno despliegue de las potencialidades democráticas”<sup>31</sup> (García Díez y Martínez Barahona, 2001: 2).

En el mismo sentido de las *potencialidades democráticas* es que Altman y Liñán afirman que “una poliarquía plena puede funcionar tan bien o tan mal como sus ciudadanos lo permitan” (2001: 101)<sup>32</sup>.

<sup>30</sup> Inicialmente Maurice Duverger (1957) clasificó las oposiciones según la naturaleza de la competencia política, es decir si la lucha se basa en los principios fundamentales donde la oposición es una alternativa al mismo sistema, o si la disputa es por principios secundarios como en los bipartidismos estables al estilo británico. Lo más importante para Duverger es el número de partidos que componen el sistema de competencia, alegando que en los sistemas bipartidistas la oposición se convierte en una institución de carácter más moderado y por tanto la competencia es más estable y predecible, mientras que en los sistemas multipartidistas reina la confusión y las oposiciones son más extremas. Otra clasificación fue realizada por Giovanni Sartori (1980) donde agrega la dimensión de la distancia ideológica a los sistemas de partidos, distinguiendo tres tipos de oposición; la oposición responsable y constitucional, la oposición no responsable pero constitucional, y la oposición ni responsable ni constitucional. La clasificación descriptiva de Dahl (1966) para oposiciones estrictamente partidarias ha sido resumida por Massari de la siguiente manera: a) cohesión o concentración de los opositores; b) competitividad; c) lugares o sedes de desarrollo de la competitividad entre la oposición y la mayoría, es decir si esta se nutre en el ámbito parlamentario o extraparlamentario; d) el carácter distintivo e identificable de la oposición; e) objetivos de la oposición; y f) estrategias de la oposición.

Juan Linz (1987), clasificó las oposiciones políticas en dos grupos: leales y desleales. Linz entiende que las oposiciones leales a un régimen democrático son aquellas que mantienen, a) “un inequívoco compromiso público de llegar al poder sólo por medios electorales y una voluntad de entregarlo incondicionalmente a otros participante con el mismo compromiso”; b) “un rechazo claro e incondicional de medios violentos para alcanzar a conservar el poder, excepto por medios constitucionales legítimos, cuando haya de enfrentarse con un intento ilegal de toma del poder”; c) “rechazo de toda apelación no constitucional a las fuerzas armadas para que tomen el poder o lo mantengan contra una oposición democrática leal”; d) “un rechazo decidido de la retórica de la violencia para movilizar apoyo para conseguir el poder, conservarlo más allá del mandato constitucional o para deshacer a la oposición, incluyendo incluso la oposición adocrática o antidemocrática. La defensa de la democracia, tiene que hacerse dentro de un marco legal, definido más o menos ampliamente, sin excitar las pasiones populares y el activismo de ciudadanos que se sienten llamados a actuar como defensores del orden”; y e) “un compromiso a participar en el proceso político, elecciones y actividad parlamentaria sin poner condiciones más allá de la garantía de las libertades civiles necesarias para el desarrollo de un proceso político democrático razonablemente justo. El exigir un acuerdo en la política sustantiva más bien que en la política de procedimiento es en principio incompatible con el supuesto de que la minoría debe respetar pro tempore la decisión de la mayoría, y que la mayoría a su vez debe respetar el derecho de la minoría a cambiar su política, excepto en lo que refiere a los requisitos para una política democrática competitiva, en el caso de llegar a ser una mayoría” (1987). Así mismo afirma que “ningún régimen, y menos aún un régimen democrático, que por definición permite la articulación y organización de toda tendencia política, existe sin una oposición desleal”. La oposición desleal es aquella encarnada por “partidos, movimientos y organizaciones que rechazan explícitamente los sistemas políticos basados en la existencia de la autoridad del Estado o cualquier autoridad central con poderes coercitivos.”

<sup>31</sup> Las cursivas son propias. Aquí se el efecto de los partidos desafiantes en sus resultados sistémicos, es decir, más allá de ellos mismos.

<sup>32</sup> Altman y Liñán han acertado en que una “poliarquía efectiva” significa entre otras cosas, que la participación y la oposición superen la mera condición de posibilidades jurídicas y se arraiguen como realidades sociológicas. Argumentan que una poliarquía real, produciría comportamientos participativos y discusiones activas, elecciones verdaderamente competitivas y “desafíos políticos reales al partido de gobierno” y sus eventuales socios. Por lo tanto, una oposición real es aquella que se traduce en una fuerza partidaria con influencia efectiva en el “proceso de formación de las políticas públicas, y consiguen presentar una alternativa electoral viable al partido gobernante.” Su aporte supone que el tamaño del “partido típico de oposición” debe ser lo más similar posible al tamaño del “partido típico de gobierno”, esto ofrece en principio dos ventajas: a) que el gobierno está obligado a negociar y reconocer los intereses de la oposición sin poder abusar de la regla de la mayoría y b) que la oposición no puede dañar en forma extrema las necesidades de gobernabilidad (2001: 88-93).

En un contexto de partidos establecidos que han perdido sus capacidades representativas históricas y que enfrentan procesos de desalineamiento partidario, o incluso, riesgos de colapso del sistema, las oposiciones emergentes son cruciales para el devenir de la democracia, tanto en términos representativos como de la institucionalización del sistema.

Los efectos de la aparición de nuevos partidos no sólo se procesan en términos electorales, sino en términos de aprobación de los ciudadanos a *la política* y a los *partidos*, como legítimos actores representantes y decisores gubernamentales. Los nuevos partidos opositores cuando se integran al sistema y lo transforman, colaboran con el esfuerzo de lograr sortear determinadas coyunturas críticas<sup>33</sup>.

En base a estas consideraciones propondré que las oposiciones partidarias emergentes que dinamizan la competencia y presentan alternativas durante los años ochenta y noventa en América Latina son oposiciones *desafiantes*, y son ellas las que en caso de tener éxito, responderán a los problemas de representación e institucionalización de los sistemas de partidos.

## 2.5. El ambiente institucional de las oposiciones emergentes: presidencialismo y gobiernos de coalición.

En los sistemas presidenciales de América Latina las oposiciones tienen un papel algo distinto a lo que ocurre en los parlamentarismos de Europa, que detentan cuotas de poder importantes en espacios de decisión política como pueden ser las asambleas legislativas, en coyunturas de ejecutivos minoritarios que dependen de partidos de oposición para aprobar las leyes. Por consiguiente, una de las mayores diferencias de las oposiciones latinoamericanas con las europeas es que no están esperando su turno desde el “gobierno en la sombra” sino que tienen un impacto directo en las decisiones de gobierno aunque no sean responsables de ellas por completo. Así Pasquino (1997: 63) afirma que “la revigorización de la oposición no puede pasar a través de la importación de modelos neocorporativos o la reintroducción de prácticas neoconsociativas”, sino mediante procesos de reforma institucional creadores de las condiciones para la formación de alternativas alternantes (“gobiernos sombra” al estilo británico) con el fin de conducir hacia “la derrota de esos procesos de desideologización, de despolitización, de convergencia que Raymond Aron, Daniel Bello, Otto Kircheimer individualizaron correctamente hace casi treinta años y han producido una declinación de la calidad de la democracia o, de otro modo, un funcionamiento de los regímenes democráticos por debajo de su propiedad y sus desafíos”.

Las estrategias que llevan adelante los partidos de oposición desafiante son muy importantes en los periodos de formación del gobierno, tanto para las consecuencias de su crecimiento o declive electoral en elecciones siguientes, como para la capacidad de representativa del partido. El sistema presidencial y los presidentes minoritarios han incentivado la frecuencia de las prácticas de coalición (Deheza, 1998) como medio para solucionar el problema de la difícil combinación entre el presidencialismo y el multipartidismo (Chasquetti, 2001). Así los partidos que acompañan al gobierno en una coalición perciben reconocimientos secundarios por los éxitos políticos del gobierno, y a su vez, comparten la culpa por los fracasos. Esta situación hace que los partidos que entran en coalición con el partido de gobierno deben mantener una identidad y relación coherente con sus bases sociales y programáticas para evitar desdibujarse ante la ciudadanía.

El caso de cambios *en el gobierno* (Deheza, 1998) a causa de la composición partidista, es el que aquí interesa al momento de evaluar las acciones políticas de los partidos de oposición: cuando los partidos de oposición desafiante son partícipes de cambios en el status del gobierno integrando coaliciones con el partido establecido, ven comprometida su capacidad de mantener la representación política que ejercen.

---

<sup>33</sup> Si bien es cierto que en algunos casos los sistemas de partidos no logran sobrevivir a situaciones de transformación aguda del contexto en que se encuentran (los subsistemas político, social y económico) existen ejemplos donde los partidos y los sistemas de partidos superan las fases de “cambio de época” liderándolas, mediante un proceso propio de auto-transformación. Estos procesos que demuestran cierta capacidad propia de mutación (Coppedge: 2002) de los sistemas partidarios, muchas veces favorecida por una situación de autonomía relativa respecto de otras fuerzas sociales y económicas, pueden envolver “a todos o algunos” de los miembros anteriores del sistema partidario, o crear espacio para el surgimiento de nuevos partidos o incluso sistemas partidarios enteramente nuevos” (Lanzaro, 2003: 47). El análisis de Lanzaro sugiere que las últimas décadas pueden ser entendidas como un período de transformación histórica que brinda una “estructura de oportunidades” y no necesariamente el declive de los partidos. Desde el punto de vista de la representación política este camino de auto-transformación de los sistemas partidarios, nos plantea un escenario de “reorganización” representativa (Hagopian: 2000).

Pero en una dimensión más amplia, no solo las coaliciones de gobierno son las que impactan sobre el desarrollo de nuevos partidos de oposición, sino también coaliciones realizadas para ejercer la oposición misma. De modo que resulta necesario una definición de coalición adecuada

Chaquetti (2000: 73-75) discute sobre diferentes modos de definir una coalición de gobierno, dejando de lado aquellas definiciones “amplias” (Laver y Schofield, 1990) como aquellas demasiado estrictas (Mancebo, 1993), para optar por la definición aportada por Kaare Storm (1990): “una coalición de gobierno puede ser definida como: i) un conjunto de partidos políticos que, ii) acuerdan perseguir metas comunes; iii) reúnen recursos para concertarlas y iv) distribuyen los beneficios del cumplimiento de las metas”. Esta parece ser una razonable definición para identificar cuándo un partido desafiante entra en coalición de gobierno. Pero en el caso de coaliciones de tipo parlamentario<sup>34</sup>, para fortalecer la oposición y competir en las próximas elecciones quedaría fuera de la definición. De modo que la definición de Storm (1990) resulta adecuada tanto para este segundo tipo de coaliciones: partidos que realizan un acuerdo con metas comunes, que reúnen recursos para alcanzarlas, y luego distribuyen los beneficios del cumplimiento de esas metas.

En este complicado marco, que exige a los nuevos partidos opositores la decisión constante entre, por un lado, brindar gobernabilidad mediante una acción “responsable” o el crecimiento *rápido* mediante la construcción de alianzas, y por otro, el ejercicio de la oposición como estrategia de crecimiento y afianzamiento del tipo de representación que ejercen, es el que pone constantemente en entredicho las decisiones sobre las mejores estrategias de largo y corto plazo, así como la capacidad del sistema de partidos para manifestar niveles de competencia importantes y una representación política diferenciada entre desafiantes y conservadores del poder.

### 3. Hacia un modelo de trayectorias políticas: los sistemas de partidos latinoamericanos a fines del siglo XX.

Como se ha afirmado hasta aquí, la mayoría de los sistemas de partidos en América Latina han sufrido desde inicios de los 80 hasta hoy, el deterioro de sus capacidades representativas y —por ende— de sus niveles de legitimidad. La caída de los niveles de votación que obtienen los partidos tradicionales del continente, sobre todo durante los 90, es en parte, una prueba de sus deficiencias como actores representativos, cuyas consecuencias se extienden al conjunto del sistema, si no aparecen como respuesta nuevos actores expresivos y sintetizadores de intereses *no representados* en ámbitos de decisión política.

#### 3.1. Conceptualizando a los partidos desafiantes

A lo largo de los recorridos teóricos anteriores he prestado atención a la importancia de los partidos emergentes como partidos de oposición que presentan alternativas a la ciudadanía.

Hablar únicamente de *partidos de oposición* nos enfrenta al problema de que existen oposiciones partidarias que son producto de la alternancia institucional pero no de la emergencia de un nuevo partido de oposición que enfrenta a los ya establecidos.

En la elaboración conceptual sobre partidos que *desafían* a los establecidos se pueden ubicar a los “*anti-political-establishment parties*” de Andreas Schedler (1996). Estos son oposiciones que funcionan generando dos conflictos simultáneos: por un lado, contraponen las elites políticas a los ciudadanos, y por otro, se contraponen ellos a las elites políticas. Se proponen como capaces de sobrepasar el eje izquierda-derecha que es una construcción de los partidos establecidos, que debe ser destruida. Su posición “semi-leal” los pone en un dilema acerca de la democracia<sup>35</sup>. Esta definición no es para nada adecuada para los partidos desafiantes, que no se caracterizan por una lógica antipartidos, sino todo lo contrario.

<sup>34</sup> Como la que realizó el FREPASO y la UCR para competir en las elecciones de renovación parcial de las cámaras en 1997.

<sup>35</sup> Por otra parte, combinan elementos populistas con atributos carismáticos.

Por otra parte, tampoco es posible hablar de las *izquierdas latinoamericanas*. Si bien en la mayoría de los casos este grupo de partidos políticos está asociado con una ideología definidamente de izquierda, existen oposiciones emergentes que presentan alternativas de gobierno pero lo hacen desde la derecha del sistema político. En síntesis, lo que define a los partidos emergentes no es su ideología, sino que esta es un componente importante para desarrollar capacidades de representación política.

Georg Jellinek (1980) sostiene que los partidos políticos “que coinciden con el poder que ejerce el Estado, con su poder social, son partidos *conservadores*, y, por último, aquellos que no han llegado aún y se encuentran más o menos alejados del poder, son los partidos *progresivos, radicales*.” La relación de partidos defensores del “*statu quo*” y partidos desafiantes es asimilable a la idea que plantea Jellinek entre “conservadores” y “radicales”, aunque la conceptualización de Jellinek presenta algunos problemas para este enfoque. Estos nuevos partidos, que son oposiciones leales, pero no testimoniales ni alternantes, que tienen características representativas novedosas y que frecuentemente presentan organizaciones y modos de funcionamiento diferenciales con el resto de los componentes del sistema, tienen una *función* central en el sistema de partidos: «el desafío a un *statu quo* político dado».

En América Latina, los partidos defensores del “*statu quo*” tienden a ser partidos de organizaciones relativamente fuertes y muy cercanos al poder del estado. Tal como afirma Michels, “la organización política empuja hacia el poder. *Y el poder es siempre conservador*”<sup>36</sup> (Michels, en Lenk y Neumann, 1980). De modo que las trabas a los nuevos partidos en el continente muchas veces provinieron de la utilización discrecional de los recursos del estado por parte de los partidos tradicionales y conservadores.

En este sentido, aquellos partidos a los cuales se dirige el desafío de las oposiciones emergentes podrían llamarse *partidos conservadores*. Sin embargo, el término tiene por lo general una carga peyorativa. Por otra parte, hablar de partidos conservadores podría hacer caer en ciertas confusiones en la aplicación a los casos nacionales. Por ejemplo, ubicar como *conservador* al Partido Liberar de Colombia resulta una situación ambigua.

Otra opción sería englobar a los partidos en base al dualismo *desafiantes-tradicionales*. Es cierto que en Uruguay, Colombia y Venezuela (incluso en México) existen partidos tradicionales, cuya competencia por lo general ha caracterizado al sistema de partidos durante la mayor parte de la vida democrática del siglo XX. Sin embargo, en países como Brasil, es bastante más difícil hablar de partidos tradicionales. La restauración democrática supuso la implantación de un nuevo sistema, que si bien provenía de la transformación y divisiones de los partidos mayores previos al régimen autoritario, no es posible identificar partidos con tradiciones establecidas. Por otra parte, el término de *partidos tradicionales* no refleja bien una relación necesaria de éstos con el dominio del Estado y la intención de *conservarlo*.

La definición de Katz y Mair (1995) de partidos “cartel” podría utilizarse para establecer hacia quiénes está dirigido el desafío, sobre todo por la buena descripción que realizan sobre la cooptación del aparato estatal. Sin embargo, es un modelo sumamente europeizante, y no es capaz de contemplar casos de partidos mayoritarios que continúan siendo vínculos ubicados entre la sociedad y el Estado, y cuyas políticas tengan que ver con dimensiones ideológicas relevantes. De modo que algunos términos tienen ventajas sobre otros.

Por estos motivos, hablaré de *partidos del statu quo*. La idea de un orden establecido en el *sistema de partidos* supone una actitud conservadora del poder por parte de aquellos que controlan el acceso al gobierno (cometido esencial de los partidos). Por otra parte, la noción de partidos del *statu quo* permite abarcar diferentes situaciones específicas en casos nacionales cuando se los intenta describir con los conceptos de modelos de partidos elaborados en ciencia política. Así por ejemplo, incluye satisfactoriamente a los partidos *cartel*, como también a partidos *tradicionales*, y por supuesto a partidos *conservadores*. Es entonces, a los *partidos del statu quo* de un sistema a los cuales se enfrentan las nuevas oposiciones partidarias, y constituyen un terreno esencial para la competencia de los partidos desafiantes.

Volvamos sobre los *partidos desafiantes*. Un partido desafiante es antes que nada, un partido. Esto supone que su accionar no va nunca en contra de los partidos como actores legítimos para la disputa por el poder y el

---

<sup>36</sup> Las cursivas son propias.



gobierno mediante elecciones. Esto nos obliga a dejar por fuera muchos actores políticos de oposición con características exclusivamente movimentistas y/ o populistas, al estilo del MVR de Chávez o el Cambio 90 de Fujimori. Por otra parte, la implantación de un *desafío partidario* excede a la idea de la emergencia de una oposición político-parlamentaria, refiere más bien a la implantación de un nuevo eje de competencia política que termina por imponerse en el sistema de partidos y la política general de un país. Según esta interpretación los partidos desafiantes surgen en momentos históricos de transición política (democratización) y/ o transformación profunda de los sistemas de partidos. Son actores propios de una coyuntura y probablemente su alcance (conceptual) termine con el fin de esa coyuntura. Como vimos, los años ochenta y noventa significaron una época de cambios necesarios para los sistemas de partidos y su capacidad de representación como actores centrales del juego democrático. En síntesis, el juego de competencia política que aquí se presenta para interpretar las trayectorias de los sistemas de partidos latinoamericanos de los 80 y 90 se esquematiza en *partidos desafiantes vs. partidos del statu quo*. Esta es, sin duda, una simplificación de la realidad, pero a menudo suele ser un móvil para comprenderla.

La opción de definir únicamente a estos partidos por su *función* y no por otro tipo de características no impide que se expliciten una serie de atributos encontrados durante el análisis de los mismos.

En primer lugar, los partidos desafiantes son oposiciones que *nunca gobernaron* y que *representan alternativas* de gobierno ante la ciudadanía. Se caracterizan por diferenciarse en dos planos fundamentales de los partidos del statu quo:

1. Un plano sustantivo, que refiere a la *representación política*.
2. Un plano institucional, que refiere a *características institucionales* y de *funcionamiento* novedosas para el sistema.

Dentro del primer plano, “sustantivo”, los partidos desafiantes encarnan nuevas representaciones políticas, ya sea de ideas o ideologías, identidades, grupos o sectores sociales, intereses o programas y políticas alternativas. De algún modo, los partidos desafiantes surgen expresando problemas sustantivos sobre *políticas*, que constituyen contenidos no comprendidos en la función representativa de los partidos del statu quo. Son partidos que, durante su desarrollo y proceso de institucionalización, *persiguen políticas*<sup>37</sup>. Es frecuente también que determinadas bases sociales antes representadas por partidos del statu quo hayan sido dejadas “afuera” por los mismos, en términos de vehiculización de intereses y de demandas, y que un partido desafiante pase a impugnar al sistema establecido a partir de aquello que *representa*, en términos de cooptar a grupos organizados y sectores sociales relativamente definidos cuyos intereses quedaron afuera con el dominio de los partidos del statu quo. Esto genera la mayoría de las veces, la aparición de nuevos *ejes de competencia interpartidaria* que cambian el sentido y los contenidos de esa competencia.

Dentro del segundo plano, el nuevo partido constituye un desafío al sistema por sus características institucionales, organizacionales y de acción política. Es un *tipo* de partido diferente al que es común en el sistema donde emerge. El desafío en términos *institucionales* se encarna en nuevas pautas de negociación y relacionamiento político, en un papel diferencial en los procesos de conformación de las coaliciones y gabinetes de gobierno, en nuevas construcciones del significado gobierno-oposición de las dinámicas parlamentarias, en nuevas prácticas de competencia electoral y distintos niveles de polarización del sistema de partidos. El plano organizativo también puede considerarse como una expresión del desafío hacia los demás partidos. Un partido desafiante que entra a la competencia político-electoral provisto de altos niveles de disciplina partidaria y fortaleza de sus estructuras organizacionales, obliga en cierto modo, a que los partidos conservadores tengan que *aggiornar* sus organizaciones para ser más competitivos. La capacidad de los partidos desafiantes para crecer y representar políticamente sin controlar los recursos estatales (como los hacen los partidos cartel, o los partidos keynesianos, por ejemplo) es el resultado de la generación de una máquina con tecnología novedosa, desarrollada para competir en un campo adverso que lo encuentra desprovisto de recursos en los primeros años de desarrollo. Desde esa posición, los partidos desafiantes deben emprender el camino de la institucionalización para tener éxito.

---

<sup>37</sup> Según Wolinetz (2002) los partidos que persiguen políticas (policy-seeking) se asimilan más a los partidos de masas o partidos programáticos.

El camino recorrido por estos nuevos partidos tiene importantes consecuencias sobre los sistemas de partidos latinoamericanos en cuanto a la capacidad de expresar y sintetizar intereses, los niveles de legitimidad e institucionalización. En algunos países los partidos desafiantes han sido *exitosos* (en términos de incorporarse establemente a la competencia política manteniendo un "espacio" definido con relación a su electorado), y en otros han *fracasado* o *abortado* el desafío dejando de representar una alternativa y una oportunidad para institucionalizar al sistema de partidos.

### 3.1.1. La noción de éxito

¿Que quiere decir tener éxito como partido desafiante? Vimos que el desafío político contiene dos grandes dimensiones. En base al análisis empírico de los casos de este estudio se extrae que el éxito de estos nuevos partidos involucra, en forma interrelacionada, éxitos parciales propios de cada una de las dimensiones que plantea el desafío político. Propondré que los elementos más importantes para el éxito de los partidos desafiantes son: a) la estrategia de oposición al statu quo; b) la fortaleza de la organización sobre los liderazgos; c) el desarrollo de liderazgos importantes; d) el grado de nacionalización del partido; e) la fortaleza de sus bases y raíces sociales; f) inclusión de nuevos ejes de competencia interpartidaria; y g) inclusión y estabilización dentro de la dinámica del sistema.

Estas dimensiones no agotan un estudio completo sobre los partidos desafiantes y sus posibilidades de éxito. Para una operacionalización de las mismas se enumeran, en forma más específica, algunos indicadores que se tendrán en cuenta.

1. Para evaluar la *estrategia de la oposición* de los partidos desafiantes se tomará en cuenta: 1) la *autonomía del crecimiento electoral*, en la medida que la trayectoria electoral del partido emergente favorece las posibilidades de éxito cuando el mismo se presenta a las elecciones como partido de oposición a los partidos del statu quo, sin realizar coaliciones electorales con estos últimos; y 2) la *posición parlamentaria*, dado que el partido desafiante es coherente con su accionar cuando ejerce una oposición en el parlamento contraria al gobierno y los demás partidos del statu quo. Es decir, mantiene una independencia política respecto de los partidos establecidos.

2. Para evaluar la *fortaleza de las organizaciones* sobre los liderazgos se evaluará la *disciplina parlamentaria* del nuevo partido. Si bien es un indicador parcial, los partidos con bancadas parlamentarias disciplinadas tienden a contar con estructuras más centralizadas, que están por encima de las decisiones circunstanciales de sus liderazgos, y que muchas veces procesan la toma de decisiones del partido.

3. En cuanto al *desarrollo de liderazgos*, se tomará en cuenta la capacidad de los partidos desafiantes de presentar candidatos competitivos a nivel presidencial, capaces de enfrentar a los candidatos del statu quo.

4. El *grado de nacionalización* se juzgará a partir de la expansión territorial o a nivel de distritos de las votaciones obtenidas. En la medida que los partidos se expanden territorialmente se ven obligados a dar cuenta de problemas nacionales, o de tener un alcance nacional para lograr el involucramiento en problemas locales<sup>38</sup>.

5. Para evaluar la *fortaleza de las bases y raíces* sociales, es decir, las capacidades representativas (novedosas para el viejo sistema de partidos), se tienen en cuenta las relaciones con los grupos organizados y el anclaje del partido en la sociedad, mediante la revisión bibliográfica e informaciones parciales de cada caso.

6. La capacidad del partido desafiante para *imponer nuevos ejes de competencia política interpartidaria* se refiere a si el sentido principal de la competencia entre partidos cambió luego y a causa del desarrollo de un partido desafiante.

7. La *inclusión y estabilización dentro de la dinámica del sistema* depende de la capacidad del nuevo partido desafiante de mantener los rasgos de identidad que le dieron origen, pero a la vez de lograr

<sup>38</sup> Angelo Panebianco (1990 [1988]) definió la nacionalización de un partido como un elemento de la institucionalización del mismo.

consolidarse e institucionalizarse, presentándose como un competidor estable en todas las elecciones, y que aporta de ese modo estabilidad al sistema de partidos en conjunto.

Parece bastante clara la relación ente el *éxito* de un partido desafiante y su *institucionalización*. De hecho, el impacto más importante de estos partidos es el aumento de los niveles de institucionalización del sistema, así como las capacidades representativas del mismo.

Ahora bien, el éxito del desafío lleva dentro de sí el germen de su paulatina disolución. Tal como se ha elaborado, la noción de *partido desafiante exitoso* implica un proceso de inclusión en las diferentes arenas en que el partido se desempeña. Primero, el nuevo partido se desarrolla en la arena del sistema de representación política vehiculizando intereses de nuevos sectores y grupos sociales antes no representados. Segundo, y en relación dialéctica con lo anterior, se desarrolla en la arena electoral, donde los sistemas de partidos de las democracias modernas son los actores privilegiados. Allí comienza a competir en igualdad de condiciones y bajo las mismas reglas con los viejos actores del sistema de partidos a los cuales se dirige el desafío. Tercero, se desarrolla como organización y comienza a consolidarse como partido político. En la medida que mejora paulatinamente sus rendimientos electorales y ocupa cargos públicos a nivel local y parlamentario, se extiende territorialmente, mantiene cautivos a grupos organizados y sectores sociales que encuentran un vínculo directo con la arena estatal, desarrolla liderazgos y se ve obligado a mantener mínimos niveles de disciplina para no quedar a merced de los intereses individuales de sus líderes, desarrolla estatutos y programas y, lo que no es menor, sortea estos procesos con el transcurrir de los años. Por tanto, el partido se robustece como organización e identidad política, en síntesis, se vuelve más institucionalizado. Cuarto, se desarrolla en la arena gubernamental local y parlamentaria mientras no ocupe el poder ejecutivo, comenzando a adquirir un valor político fundamental para los partidos maduros: la experiencia de gobierno. Entonces entra en el proceso de relacionamiento con los demás actores partidarios del sistema incluidos los partidos conservadores. Quinto, como consecuencia de los puntos anteriores, se integra en la dinámica del sistema de partidos en base a los "nuevos ejes" de competencia que se imprimen con su existencia.

Por lo tanto, el éxito del desafío consiste en no perder la identidad política desafiante (de carácter más sustantivo) pero a la vez, poder desarrollarse como partido. Esta segunda exigencia solo es posible alcanzarla integrándose plenamente a la lógica del sistema. Si aceptamos este razonamiento hay una dimensión del desafío que se diluye con el paso del tiempo (la dimensión sistémica), en la medida que el nuevo partido consolida su desarrollo y se integra con los partidos pre-existentes adaptando el conjunto del sistema a un nuevo medio. Por lo tanto, la intensidad del desafío partidario es una función decreciente del proceso de desarrollo del partido desafiante. Debe quedar claro que el *desafío* puede culminar tanto por su éxito como por su fracaso. Pero ambos caminos tienen efectos diametralmente diferentes.

Para estimar cuándo un partido desafiante que resulta *exitoso* puede pasar a formar parte del nuevo statu quo se pueden establecer diferentes criterios. De un modo operativo, diré que los partidos desafiantes dejan de serlo cuando alcanzan el gobierno por su propia fuerza electoral.

### 3.1.2 La noción de fracaso del desafío.

Según Von Beyme (1986), los nuevos partidos encuentran más dificultades allí donde la identificación de los electores con los partidos políticos existentes permanece en un nivel relativamente alto. De modo similar, el fracaso de los nuevos partidos está condicionado por factores que residen en las mismas circunstancias fundacionales, es decir, concepciones integradoras demasiado amplias o demasiado estrechas, falta de personalidades dirigentes capaces de movilizar y falta de una estructura organizativa.

Más operativamente, podemos decir que cuando los desafiantes recurren a la realización de coaliciones electorales con partidos del statu quo y dejan de crecer electoralmente en forma autónoma, desdibujan el sentido de su competencia electoral. Lo mismo sucede con las coaliciones de gobierno. Si un partido desafiante pasa a formar parte del gobierno, pierde todas sus ventajas con respecto a los partidos del statu quo, dado que para la

próxima elección se presentan como partidos inexperientes y que además representan algo similar a los partidos establecidos.

Ahora bien, si el partido desafiante logra mantenerse en la oposición pero no se desarrolla y se institucionaliza es probable que no alcance a perdurar dentro del sistema. Para esta dimensión se evaluarán solo algunas características, como la generación de liderazgos, la disciplina partidaria y la nacionalización del partido.

Por otra parte, los partidos desafiante se ven favorecidos cuando la dinámica de la competencia interpartidaria cambia con su emergencia dentro del sistema. En los casos donde los nuevos partidos no logran instaurar un nuevo eje de competencia interpartidaria, o cuando *saltan* un eje incipiente, el desafío desaparece. Este punto se encuentra interrelacionado con la participación en coaliciones con partidos del statu quo.

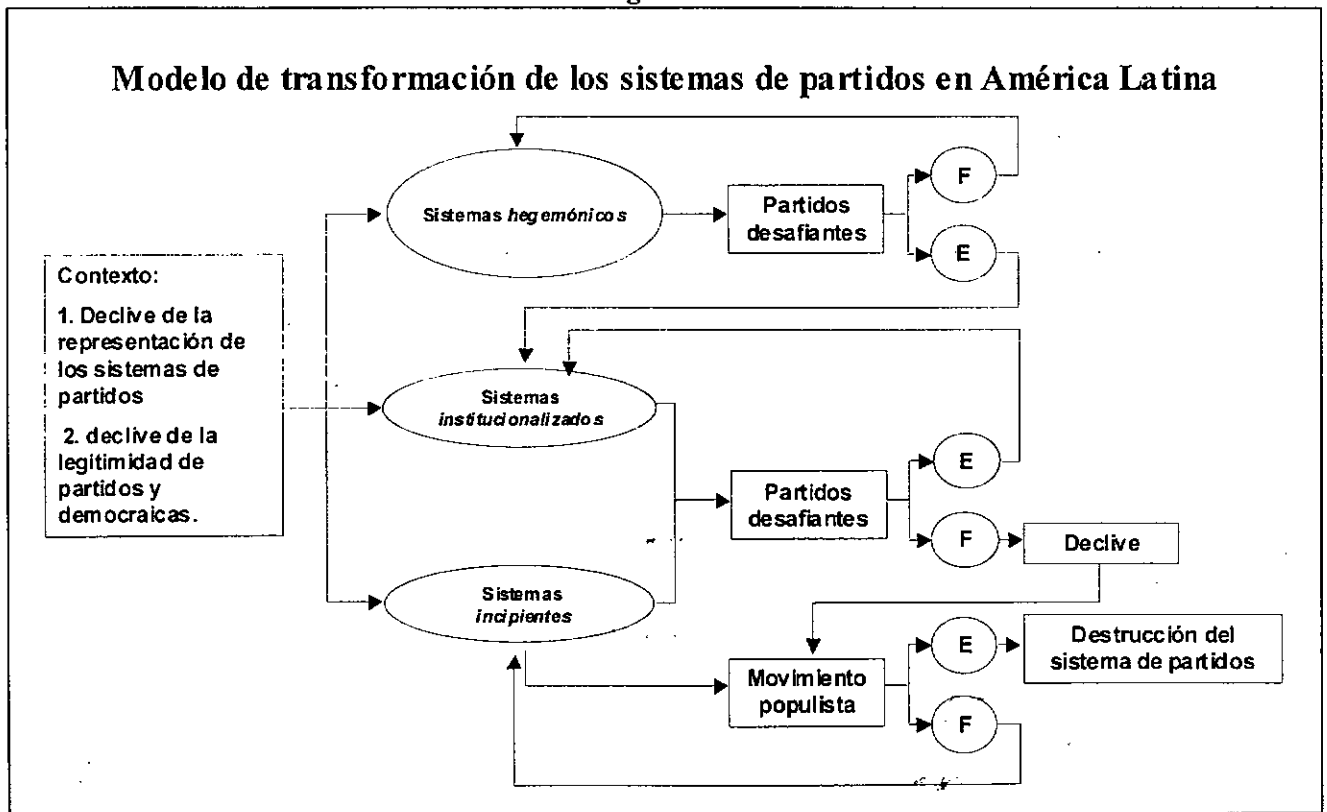
Por último, la inclusión dentro del sistema de partidos entendida como el desarrollo de relaciones fluidas con los partidos del statu quo, depende tanto del grado en que los partidos desafiante aceptan y asimilan las reglas de juego, como de la capacidad de los partidos del statu quo para contemplar un actor competitivo más.

### 3.2. La dinámica del modelo

Aquí se propone un modelo (Figura 3.1.) que pretende ser útil para la comprensión de las transformaciones de los sistemas de partidos latinoamericanos en el nuevo escenario que se plantea luego de las transiciones democráticas, caracterizado principalmente por problemas de legitimidad y deficiencias representativas de los partidos políticos del continente. Si tomamos un punto "inicial" —en términos teóricos— tal como el arranque de los años noventa, es posible identificar democracias con sistemas de partidos de diferentes niveles de institucionalización (Mainwaring y Scully, 1994): a) los sistemas institucionalizados; b) los sistemas incipientes o incoactivos; y una tercera categoría residual; c) sistemas hegemónicos en transición.

Es en este marco donde entran a jugar en la escena política y electoral nuevos actores representativos, ocupando los espacios "libres" que antaño eran capital político de los partidos tradicionales: los *partidos desafiante*.

Figura 3.1.



En los casos de partidos desafiantes que lograron perdurar y tener éxito —y eventualmente ganar elecciones—, los sistemas de partidos han mejorado sus niveles representativos iniciales, así como han dado muestras de mantener o aumentar los niveles de *institucionalización*. Mientras que en los países donde estos nuevos partidos fracasaron o abortaron su desafío planteado, el sistema no ha resuelto los problemas de representación e institucionalización y sufre retrocesos.

Cuando aparecen actores desafiantes en los sistemas de partidos —en un contexto de deficiencias representativas— todas las variables que componen la institucionalización del sistema se ven alteradas. Por lo tanto, el fracaso o la desaparición de un partido nuevo que concitó la atención de cierta parte del electorado y ganó en un breve período de tiempo un “lugar” en el espectro político, implica que la competencia se vuelve inestable, las raíces de los partidos en la sociedad son, en conjunto, más débiles, las elecciones y los partidos políticos pueden verse deslegitimados como actores determinantes del gobierno ante la desilusión y el descontento provocados por la propia inestabilidad, y las organizaciones partidarias pueden verse disminuidas ante la irrupción de líderes carismáticos que nacen como agentes “salvadores” de la nación sin rendir cuentas a su partido (si es que lo tienen). Allí el sistema se encuentra a un paso de su destrucción o de su colapso, dado que hay altas probabilidades de que surja un actor político de carácter movimientista y/o populista con un discurso anti partidario.

Los contextos que América Latina enfrenta en la década del 90 vuelven necesarios nuevos actores políticos que den cuenta de una auto-transformación sistémica capaz de seguir el camino hacia mayores niveles de institucionalización. Si bien es cierto que la idea de institucionalización remite en muchos sentidos a la estabilidad y no a los cambios, esa es una noción parcial del concepto. Institucionalización no quiere decir “congelamiento” ni “fosilización”, sino que un sistema de partidos institucionalizado puede dar paso a otro —también institucionalizado— mediante la aparición de nuevos partidos de vocación democrática —que se integran a la competencia y presentan organizaciones fuertes— acompañando tal vez, la desaparición de otros.

Los partidos desafiantes tienen éxito cuando se integran al sistema, perduran en el tiempo y crecen electoralmente y orgánicamente en forma autónoma, es decir, son actores con un propio “desarrollo sustentable”. Estos casos estimulan la institucionalización del sistema de partidos, o bien porque se dan en un sistema ya institucionalizado capaz de autotransformarse para superar la coyuntura crítica, o bien porque aparecen en sistemas incoactivos o hegemónicos en camino hacia la institucionalización.

Por lo tanto, los casos de partidos desafiantes exitosos tienden a resolver en mejor manera las deficiencias representativas y de legitimidad que se plantean en el inicio del modelo, mientras que el fracaso de estos nuevos actores llevan a una “des-institucionalización” y probablemente al camino del populismo y la destrucción de los partidos.

Los partidos desafiantes no tuvieron, inicialmente, recursos estatales sobre los cuales sustentar un crecimiento electoral suficiente como para competir con los partidos del statu quo y ganar un lugar en el sistema de partidos<sup>39</sup>. Aún así, en muchos países lograron arrastrar grandes masas electorales, inclusive ganar las elecciones nacionales. Este punto los diferencia diametralmente de los partidos del statu quo en cuanto a los modelos y estilos de representación. Los pactos sociales que realizaron estos partidos tuvieron otras bases de legitimidad, dado que ni los sindicatos ni los nuevos movimientos sociales, ni los sectores empresarios, sobre los cuales pudieron sustentarse, fueron beneficiarios inmediatos de recursos estatales. Allí donde este tipo de representación y canalización de intereses fue más débil, donde las bases sociales fueron más distantes con la estructura partidaria, los partidos desafiantes de los ochenta y noventa fracasaron.

Como es posible observar, el modelo presenta básicamente tres puntos de partida, medidos por el grado de institucionalización. En los sistemas hegemónicos en transición (México y Paraguay), el éxito de los partidos desafiantes conduce hacia el camino de la institucionalización del sistema, mientras que el fracaso de los nuevos

---

<sup>39</sup> Caben destacar ejemplos como el Frente Amplio en Uruguay y el PRD en México, que obtuvieron tardíamente, gobiernos locales (la Intendencia capitalina el primero, y el Distrito Federal el segundo) que significaron la posibilidad de administrar recursos estatales. Aún así, el proceso fundacional y la construcción de la legitimidad de estos partidos tuvo que realizarse desde una oposición pura, sin ocupar ningún lugar privilegiado en un statu quo nacional ni local.

partidos llevaría a la situación inicial con menores capacidades de representación política y legitimidad que en el momento de partida<sup>40</sup>.

En los casos que parten de sistemas institucionalizados, los partidos desafiantes tienen éxito (Uruguay), el sistema continúa siendo institucionalizado, pero luego de haber demostrado transformaciones virtuosas, sobre las cuales basa sus envidiables niveles comparativos de centralidad partidaria en la democracia y capacidad representativa. Los casos institucionalizados que experimentan el nacimiento y *aborto* de partidos desafiantes (Argentina, Colombia y Venezuela) resultan democracias con procesos de *declive* de sus sistemas de partidos, con consecuencias no unívocas ni lineales. En Argentina y Colombia se mantuvo uno de los dos partidos que componían el anterior bipartidismo tradicional, en Venezuela colapsó por completo el sistema de partidos preexistente y emergió un movimiento anti-partidos.

El declive del sistema puede ser más o menos prolongado y por lo general abre espacio para la formación de proyectos populistas cuyo eventual éxito (Venezuela) termina por hacer evidente el colapso o la destrucción completa del previamente erosionado sistema de partidos. La aparición de movimientos populistas también puede erigirse en sistemas incipientes donde no existen grandes proyectos transformadores de corte partidario y el descontento con la política se vuelve mucho más generalizado (Perú). Allí los partidos se vuelven más vulnerables a las crisis políticas, económicas (o climáticas) de carácter coyuntural y la ciudadanía puede verse fácilmente seducida por los discursos antipartido que provienen "desde afuera" del sistema.

Por último, cuando en sistemas institucionalizados fracasan partidos desafiantes, pero no logran consolidarse movimientos populistas (Colombia y Argentina), el sistema se estaciona en el *declive*, y continúa funcionando gracias al peso los viejos actores centrales.

Estamos en condiciones de presentar el conjunto de hipótesis que se desprenden del modelo descrito. En primer lugar, *allí donde los partidos desafiantes son exitosos*: a) el sistema de partidos en su conjunto tiende a dirigirse a la institucionalización (o a conservarla si ya era un sistema institucionalizado) mediante un proceso de realineamiento electoral y partidario; b) se evitan las *salidas populistas* a las crisis de los partidos tradicionales o del "statu quo"; c) se alienta la vitalidad de la competencia interpartidaria en términos de gobierno-oposición y aparecen nuevos ejes de conflicto político que dan un mayor contenido a la competencia; d) y por consiguiente la combinación entre institucionalización y vitalidad en la competencia interpartidaria genera mejores capacidades de representación política.

En segundo lugar, *allí donde los nuevos partidos de oposición desafiante terminan fracasando o abortando el desafío mismo*: a) el camino más frecuente ha sido el declive del sistema de partidos en su conjunto mediante un desalineamiento partidario y electoral; b) existe una mayor vulnerabilidad a salidas populistas o anti-partidos que; c) de ser exitosas, vienen acompañadas de la destrucción o el colapso del sistema de partidos preexistente.

A continuación serán analizados los seis casos escogidos para este trabajo. Los criterios de agrupación de los casos para su presentación se sustentan sobre el tipo de experiencia política que vivieron los partidos desafiantes de cada uno de estos países. En primer lugar, se presentan los partidos desafiantes exitosos (Uruguay, Brasil y México), en segundo lugar, los casos de partidos desafiantes fracasados (Argentina, Colombia y Venezuela).

---

<sup>40</sup> Este podría ser el caso del Encuentro Nacional Paraguayo.

## 4. Sistemas con partidos desafiantes exitosos: Brasil, México y Uruguay.

En este capítulo (y el siguiente) se presentan los *camino*s que han recorrido los sistemas de partidos y sus democracias, durante las últimas dos décadas. El primer grupo de itinerarios políticos se compone de aquellos países que vivieron experiencias de partidos desafiantes exitosos. Estos casos son Brasil (1982-2002), Uruguay (1971-2004) y México (1983-2004).

Los tres casos tienen diferentes puntos de partida en la institucionalización. Brasil era un caso de sistemas de partidos incoativo a inicios de los noventa, Uruguay un sistema institucionalizado durante todo el período, y México un sistema de partido hegemónico en transición (Mainwaring y Scully, 1996). Como veremos, la institucionalización no es una condicionante para determinadas evoluciones de los sistemas de partidos, como tampoco es un seguro de supervivencia.

### 4.1. El Partido de los Trabajadores en Brasil (1982 – 2002).

Muchos estudios sobre la política brasileña han enfatizado en que el sistema de partidos es sumamente débil<sup>41</sup> (Lamounier y Meneguello, 1986; Mainwaring y Scully, 1996) y discontinuo<sup>42</sup>. Sin embargo, la evolución política de los últimos años provocó algunos matices con respecto a los análisis de inicios de los noventa. El sistema de partidos en Brasil sufrió un proceso de realineamiento electoral y partidario, que se tradujo en el trasiego de adherencias desde los partidos del statu quo hacia el partido desafiante (Partido de los Trabajadores, PT).

La emergencia del partido desafiante (PT) se da durante los mismos años en que se estructura por primera vez en la historia del país un sistema de partidos con posibilidades reales de institucionalizarse. El PT no surge dentro de un viejo sistema que se compone de partidos históricos, sino que es de la misma generación —en un sentido laxo del término— que los partidos conservadores como el PFL, el PTB en su nueva versión de derecha, o los partidos de derecha autoritaria PDS, PDC y PPR<sup>43</sup>. Durante el proceso de transición a la democracia entre 1973 y 1989, se dieron dos procesos simultáneos: el primero, un proceso conservador, donde las formas tradicionales del predominio de las elites fueron mantenidas e incluso reforzadas; y el segundo, fue la emergencia de “nuevas formas de organización social y política que intentaron contestar al statu quo” (Keck, 1991: 12). A continuación repaso brevemente el primer proceso y su posterior deterioro, y luego el segundo, que refiere exclusivamente al PT.

Las elites de los partidos del statu quo en Brasil provienen de su actividad durante el período autoritario. La Alianza Renovadora Nacional (ARENA) fue el partido pro-gobierno autoritario y reunió a la mayoría de los políticos de la UDN y el PSD, mientras que el Movimiento Democrático Brasileño (MDB) aglutinó la mayoría de

<sup>41</sup> Según Mainwaring (1996: 291) para comprender la debilidad del sistema de partidos contemporáneo en Brasil, son tres cosas las que se deben saber acerca de los partidos antes de 1964: a) “los partidos políticos emergieron excepcionalmente tarde, recién en 1945”; b) entre 1946 y 1964 no se institucionalizó un sistema de partidos a pesar de que éste fue un período básicamente democrático; y c) “hubo una historia bien establecida de frecuentes interrupciones de la vida partidaria e intervenciones del Estado en contra de los partidos”. Entre 1960 y 1964, los partidos más importantes eran: el Partido Social Democrático (PSD) conservador y de base rural, creado por Getulio Vargas y sus cuerpos de elites aliadas; la Unión Democrática Nacional (UDN) que representaba la oposición a Vargas siendo el más conservador de los tres partidos grandes; y el Partido Laborista Brasileño (PTB), de orientación populista y progresista, también creado desde el aparato estatal por Vargas y sostenido desde el Ministerio de Trabajo.

<sup>42</sup> Mainwaring (1996: 289) presenta siete sistemas de partidos diferentes en Brasil: 1) entre 1830 y 1889 hubo dos partidos principales; 2) entre la década de 1890 y 1930 un “orden unipartidario de los diferentes estados durante la Vieja República”; 3) entre 1930 y 1937 un multipartidismo incipiente; 4) entre 1946 y 1964 la democracia multipartidaria; 5) desde 1966 hasta 1979 “dos partidos en un sistema de partidos hegemónico” bajo el gobierno militar; 6) desde 1979 hasta 1984 un período de transición que prometía la competencia de partidos múltiples bajo un régimen autoritario, que no alteró en demasía el bipartidismo en la mayoría de los estados; y 7) desde 1984 hasta 1985 un cambio hacia el multipartidismo en el final del gobierno militar seguido (1985 en adelante) del retorno a la democracia multipartidaria presente.

<sup>43</sup> Si bien es posible rastrear las familias partidarias de las cuales surgen estos proto-partidos, como el ARENA durante la dictadura militar, son estrictamente partidos nuevos sumamente débiles y en plena formación hasta comienzos de los años noventa. El Partido Progresista Reformista (PPR) es el resultado de la fusión entre el PDS y el PDC en 1993.

los antiguos políticos del PTB. Esto da la pauta de la capacidad que tenía el régimen para lograr el consentimiento de una débil clase política, de connotaciones conservadoras muy fuertes, y dispuesta a colaborar con la legitimidad del gobierno autoritario<sup>44</sup> y que más tarde emprendería una transición hacia la democracia<sup>45</sup>.

Si bien entre 1982 y 1985 el gobierno militar se desintegra, los líderes políticos conservadores del "statu quo" político que provenían de la dictadura y más atrás aún, logran mantenerse en el poder alcanzando la presidencia en 1985 de la mano de José Sarney. La desintegración del gobierno y del PDS en 1984 llevó a que 70 de los 275 diputados federales de aquel partido desertaran y crearan una nueva etiqueta partidaria: el Partido del Frente Liberal (PFL). La elección de 1985 fue ganada por el PMDB mediante la candidatura de Tancredo Neves. Sin embargo, Neves fue apoyado por el PFL en aquella elección, así como el candidato a la vicepresidencia Sarney. Tancredo Neves nunca llegó a ser presidente de Brasil, pues falleció antes de asumir el cargo y fue sustituido por el vicepresidente Sarney, quien había sido una figura principal de ARENA y del PDS, es decir, un líder de la elite civil política del gobierno militar. De algún modo, los sectores conservadores de la política brasileña lograban mantenerse en el poder durante la transición a la democracia<sup>46</sup>.

Paralelamente con el proceso de transición, se configuró un statu quo gobernante, que abarcaba un amplio espectro ideológico. Por un lado, se aglutinaron los partidos de derecha (de profundo anclaje histórico en la política conservadora de Brasil), y por otro, nuevos partidos de centro como el PSDB y PMDB, cuyos líderes compartían un pasado común con los primeros. Mainwaring, Meneguello y Power (2000) han identificado y caracterizado a los partidos conservadores de Brasil<sup>47</sup>. Allí sostienen que el polo conservador es bastante más heterogéneo, en términos de fragmentación partidaria, que en el polo de izquierda o centroizquierda<sup>48</sup>.

Aquí se realiza una categorización algo diferente de los partidos políticos brasileños a fin de trabajar sobre el modelo de competencia que se establece con la consolidación de desafíos. El ordenamiento que propongo, supone que los *partidos del statu quo* son aquellos sustantivamente conservadores (en el sentido de Mainwaring, Meneguello y Power) más los partidos que comparten el poder con los primeros (esencialmente el Poder Ejecutivo mediante coaliciones de gobierno)<sup>49</sup>. La lógica de competencia de aquellos partidos del statu quo fue, en

---

<sup>44</sup> Las debilidades de institucionalización en Brasil no solo refieren a los partidos políticos, sino que también al régimen autoritario, dado que los militares nunca adquirieron un discurso contrario a algunos institutos de la democracia liberal como las elecciones y el Congreso, sino que se focalizaron en las fallas percibidas de la democracia liberal en Brasil (Mainwaring, 1996: 297).

<sup>45</sup> En 1974 el MDB ganó abiertamente al ARENA en los comicios para la formación del senado y se transformó en la expresión plebiscitaria en contra del régimen militar. La respuesta del gobierno fue la disolución de los partidos, una reforma del sistema electoral que dividiera al opositor MDB en varios partidos y dejara intacto al ARENA (pero con el nuevo nombre de PDS), proceso que resultó en la formación de un multipartidismo hacia el año 1980. Las elecciones de 1982 eran las primeras desde 1965 en las que se competía por cargo cruciales de carácter ejecutivo. El resultado consolidó en varios estados a los partidos de oposición (PMDB, PDT, PTB y PT) pero el oficialista PDS consiguió casi la mitad de los escaños en la cámara baja, el control absoluto del senado (gracias a cargos de elección indirecta) y 12 de las 22 contiendas a cargos de gobernador. Un punto muy significativo del resultado de esta elección es que la "gran diferencia entre la votación popular y el número de escaños se produjo debido a un sistema electoral diseñado para beneficiar al PDS" (Mainwaring, 1995: 299). Incluso el sistema electoral que estimulaba a la votación de partidos grandes (PDS y la Alianza del PP y el PMDB) hizo que solo un estado fuera ganado por un partido pequeño de oposición (el PDT).

<sup>46</sup> Los efectos del gobierno militar sobre el sistema de partidos son duales o ambiguos según ha indicado Mainwaring (1995: 300-301). Como efectos negativos se encuentra, por un lado, entre 1965 y 1979 los militares abolieron los viejos partidos y fomentó la formación de nuevas etiquetas que compitieran entre sí pero que en nada modificaban al régimen político militar. El dictatorial "interrumpió la sedimentación de identidades partidarias que constituye un factor clave en la institucionalización de un sistema de partidos". Por otro lado, la reducción de los poderes legislativos combinada con el mantenimiento de los partidos y el congreso durante la dictadura, la clase política aglutinada en cargos legislativos se dedicaba básicamente a dirigir favores políticos a sus distritos electorales. En suma la dictadura dejó partidos incipientes no institucionalizados sumamente clientelares y con poca actividad desarrollada en sus funciones gubernativa y representativa. Por otra parte, y "en forma algo contraintuitiva, el período militar también provocó algunos cambios promisorios en el desarrollo partidario (...) En el período 1974 y 1985 se evidenció una creciente penetración de los partidos en la vida política brasileña" Cabe destacar que para "fines de la década del setenta, los intelectuales, artistas, estudiantes, líderes sindicales, y movimientos sociales se ocupaban activamente en un intento de desarrollar partidos más eficaces. Es probable que haya sido la primera vez en la historia del Brasil que tantos actores sociales se habían dedicado a la tarea de desarrollar partidos políticos" (1995: 301).

<sup>47</sup> Los partidos conservadores de estos autores son: PDC, PMB, PMN, PP, PSC, PSL, PST, PTB, PTR, PDS, PFL, PL, PPB, PPR, PRN, PRONA, PRP y PSD (Mainwaring, Meneguello y Power, 2000: 31-32).

<sup>48</sup> El bloque de partidos conservadores beneficia desproporcionalmente a los sectores elitistas, apoyados electoralmente por bases populares mediante el personalismo y el clientelismo y no mediante posiciones ideológicas (2000: 83-85).

<sup>49</sup> Tal como se presenta el bloque de partidos conservadores en Brasil existen dos casos que no coinciden plenamente con las clasificaciones de Mainwaring, Meneguello y Power, que son el PMDB y el PSDB. Ambos partidos no son considerados estrictamente partidos



parte, una causa de la débil legitimidad del sistema de partidos y los problemas de representación del mismo. Entre 1985 y 1989, los partidos mayoritarios (PMDB y PFL) que se encontraban en el gobierno sufrían un alto grado de desprestigio traducido en importantes derrotas electorales a nivel local. La "vieja política" de estos partidos se combinaba con importantes dosis de corrupción y manipulación de políticas públicas tan importantes como la política macroeconómica, que llevaron un país a la cuasi hiperinflación y a un "tremendo desgaste de la legitimidad y la credibilidad política" (Mainwaring, 1996: 304). Sin embargo, en 1989 Fernando Collor de Mello llegó a la presidencia con el 28.5% de los votos, y apoyado por una nueva etiqueta, el PRN<sup>50</sup>. El PRN es diametralmente diferente de los casos de los partidos desafiantes, dado que conforma un *movimiento* o una etiqueta al servicio de un líder y no precisamente un *partido*. El PRN es un producto de la baja institucionalización del sistema de partidos que existía en aquel momento. De ese modo, lo que viene a constatar el PRN en Brasil (junto con el Movimiento V República de Chávez en Venezuela y el Cambio 90 de Fujimori en Perú), es que en momentos de crisis política, de desgaste institucional y caída de los niveles de legitimidad de la política y los partidos, se dan las condiciones para la aparición de *movimientos de liderazgo* de tales características.

Finalmente, el sistema de partidos configurado en los años ochenta y principios de los noventa, se compuso del heredero directo del MDB fue el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), cuya corriente más fuerte fueron los socialdemócratas; del Partido Popular (PP), partido de oposición conservadora que resultó de la fusión de la fracción más conservadora del MDB y los liberales del ARENA; luego aparecen una serie de partidos pequeños de oposición como el Partido Democrático Brasileño (PDT) y el Partido Laborista Brasileño (PTB) —estos competían por asumir el papel del PTB pre-1965—; y el PT, que representa la izquierda del sistema de partidos, desde sus inicios apoyado sobre fuertes bases sociales. Este último es el *partido desafiante exitoso* según se plantea en este trabajo, y su desarrollo tuvo importantes impactos en la evolución del sistema de partidos, a causa de haber constituido una novedad para el sistema.

---

conservadores en el sentido que estos autores le otorgan al término, sino que más bien comparten un bloque político enfrentado por el PT. De todos modos pueden presentarse argumentos que sostienen la tesis de que el PMDB y el PSDB se volvieron rápidamente conservadores durante sus respectivas peripecias políticas. Tanto el PMDB como el PSDB fueron partidos que detentaron el poder dentro del Ejecutivo durante el período aquí estudiado y formaron coaliciones de gobierno con los partidos conservadores de Mainwaring et al. Por lo tanto, fueron partidos que pertenecieron a un "statu quo político" compartido. Además recibieron la afluencia de importantes contingentes parlamentarios provenientes de partidos conservadores y los incluyeron en sus filas. Sobre este punto Mainwaring et al. sostienen que en Brasil hay muchos más políticos conservadores que partidos, hecho que pone en entredicho algunos aspectos su clasificación de partidos conservadores. El propio Mainwaring (2002: 91) explica que "cuando Sarney estaba en su pico de popularidad, en 1986, debido al éxito (breve, sin embargo) del Plan Cruzado —un plan económico de estabilización que congeló precios y salarios—, el PMDB y el PFL eran extremadamente complacientes. Con el fracaso del Plan Cruzado, no obstante, el PMDB se dividió profundamente a propósito de su relación con el gobierno. Los sectores progresistas del PMDB trataron de empujar al partido hacia la oposición, pero se toparon con una resistencia invencible. Los sectores conservadores y clientelistas continuaron apoyando al gobierno, pero en junio de 1988, cuarenta representantes parlamentarios rompieron con el partido y formaron un nuevo partido de centro-izquierda, el PSDB. Incluso ente quienes permanecieron en el PMDB, los cismas eran profundos". Y más tarde, cuando el PSDB era el único partido capaz de enfrentar a Lula en las elecciones de 1994 mediante la candidatura de Fernando Enrique Cardoso, "la Alianza con el PFL concertada en marzo de 1994, le trajo a Cardoso el mismo tipo de apoyo que Collor recibió en 1989: el del interior profundo" (Singer, 2002: 103)

<sup>50</sup> Hay varias características del PRN de Collor que justifican que este nuevo partido no es un partido posicionado en un lugar político de desafío, tanto en términos del modelo de competencia política que propuso, como en términos de sus propias características organizacionales. En primer lugar, el PRN es, sobre todo, una etiqueta partidaria al servicio de la candidatura de Collor de Mello y no un partido con cierta importancia de sus estructuras y articulación con sus bases. En segundo lugar, perseguía un proyecto de carácter populista durante la campaña, absolutamente funcional a la personalización extrema de este partido, o más precisamente de este movimiento. En tercer lugar, el líder Collor de Mello era un descendiente de familia política tradicional cuya única distinción "real" fue alejarse de la imagen del arruinado Sarney y presentarse como un candidato joven y pretendidamente "nuevo". Según André Singer (2002) Collor tenía lazos personales y familiares con la derecha brasilera y su propio padre había sido gobernador de Alagoas (donde él gobernaba en ese entonces) por la UDN—partido conservador de oposición a Vargas— antes de 1964. En cuarto lugar, y por sobre todas las cosas, el discurso político de Collor fue absolutamente anti-partidario y plantado desde afuera del sistema de partidos sobre la base de las críticas a la corrupción. Puede agregarse un elemento más y es que el PFL, el partido de ultraderecha brasilero que apoyó el gobierno de Sarney, realizó un apoyo encubierto a la candidatura de Collor durante la primera vuelta, y en forma explícita durante la campaña del balotaje contra Lula. "Aún cuando el partido [el PFL] había lanzado candidato propio, el ex ministro Aureliano Chávez, las bases rápidamente 'cristianizaron' su postulación y se alinearon detrás de Collor" (Singer, 2002: 62). El término "cristianizar" refiere a cuando un partido deja a su candidato y ofrece apoyo a otro de manera informal.

*Crecimiento electoral autónomo.* En las elecciones de 1986, el gobierno, (PMDB y PFL) obtuvo una victoria muy holgada tanto a nivel estadual como legislativa. Mientras que los partidos que “se atrevieron a oponerse al Plan Cruzado”<sup>51</sup> —el PT y el PDT— les fue mal comparado con su actuación de 1985” (Mainwaring, 1996: 303), pues se redujeron a una mínima expresión en el congreso y en los gobiernos estaduais. Sin embargo, en 1988 los opositores PT y PDT van demostrar su consolidación en el sistema de partidos, favorecidos porque la ciudadanía soportaba una inflación exponencial y recesión económica desde 1987 a causa la irresponsabilidad del gobierno con el modo en que llevó adelante el Plan Cruzado. El PT ganó 32 elecciones municipales (tres de ellas capitales, San Pablo, Porto Alegre y Vitória) y tres ciudades principales de clases obreras (San Bernardo Santo André y Diadema)<sup>52</sup>. El crecimiento y consolidación del PT es, al igual que la mayoría de los partidos desafiantes con éxito, originado en capitales de gran importancia geopolítica, de corte urbano y obrero. En la elección de 1989 el PT salió segundo en la primera vuelta con el 16.1% de los votos, dejando atrás a Leonel Brizola candidato del PDT. Los partidos del gobierno redujeron al 4.4% (PMDB) y al 1% (PFL).

El PT concurrió siempre en forma solitaria para las elecciones nacionales durante 1982 y 1998, presentado sus candidatos parlamentarios y su propio candidato a la presidencia. En algunos casos partidos pequeños —que eran aliados funcionales al desafío— apoyaron la candidatura de Lula da Silva. De todos modos, lo importante es que el partido desafiante no realizó en todo el período coaliciones electorales con partidos del statu quo como el PMDB y el PDS a nivel de la competencia nacional. Por lo tanto, el crecimiento electoral que mostramos inicialmente puede catalogarse como de completa *autonomía*.

No debe dejarse de tener en cuenta que en 2002 el PT realizó un acuerdo electoral (y de apoyo parlamentario) con el conservador Partido Liberal (PL). Este es un punto muy interesante en la medida que nos plantea la relación decreciente entre la intensidad del desafío partidario y el éxito del mismo a lo largo del tiempo.

*Posición parlamentaria.* El segundo tipo de prácticas coalicionales para brindar sustento a los presidentes minoritarios en el parlamento (Deheza, 1998; Chasquetti, 2001; Mainwaring y Shugart, 2002). La llevada a la práctica parlamentaria de un desafío político partidario implica también una coherencia en términos de la relación con los gobiernos de partidos del statu quo. Frecuentemente los partidos desafiantes que apoyan a gobiernos de otros partidos terminan desdibujándose políticamente a causa de su actuación en la arena parlamentaria<sup>53</sup>.

El PT no participó de coaliciones de gobierno desde su aparición hasta el momento de formar su propio gobierno en 2002 (ver Cuadro 4.1.2., anexo). Del análisis del cuadro surge claramente que ni el PT, ni ninguno de sus aliados funcionales integró alguna coalición de gobierno durante el período. Esto brinda una pista muy importante de la dinámica de competencia política interpartidaria en Brasil, así como también demuestra que los partidos son coherentes en las diversas arenas parlamentaria, electoral, e incluso, en la arena ideológica<sup>54</sup>. Este hecho supone que el sistema ha sido claramente predecible en términos de la dinámica bipolar, lo que constituye un elemento institucionalizante del sistema de partidos. Difícilmente pueda decirse que la negación del PT a apoyar los sucesivos gobiernos dificultaba la gobernabilidad democrática, en la medida que las coaliciones del período con partidos de una disciplina considerable alcanzaban holgadas mayorías para gobernar. Este tipo de situaciones favorecen la posibilidad de desarrollar estrategias de oposición prolongadas en el tiempo y de gran coherencia política, inversamente a lo que ocurre cuando la gobernabilidad del sistema depende de los partidos desafiantes.

En síntesis, el crecimiento electoral estuvo acompañado por el desarrollo partidario desde una postura opositora constante y predecible para la sociedad brasileña, que se tradujo en la conquista de un espacio político definido dentro del sistema de partidos.

<sup>51</sup> Este plan fue el resultado de una manipulación político electoral, dado que padecía de grandes deficiencias conocidas por el propio equipo económico del gobierno, las cuales fueron ocultadas hasta pasadas las elecciones de gobernadores 1986.

<sup>52</sup> En las elecciones de 1982 el PT solo ganó 2 municipalidades y en las elecciones de 1985 solo una.

<sup>53</sup> Por ejemplo, el PMDB se desdibujó absolutamente con la formación de coaliciones gobernantes sumamente heterogéneas, y una composición interna similar.

<sup>54</sup> Los estudios de opinión pública presentados por Singer (2002) del período demuestran que los partidos son claramente identificados por la sociedad en términos de izquierda, centro y derecha. A su vez los partidos de centro de y de derecha (aquí bloque conservador) son los que formaron coaliciones de gobierno durante el período y sus votaciones parlamentarias son sumamente coherentes (Figueiredo y Limongi, 1999).

*La disciplina partidaria.* Una de las características más sobresalientes del PT es el alto grado de lealtad partidaria de los representantes electos. El PT encarnó un modelo de representación y de organización partidaria en la arena del congreso muy novedosa para la política brasileña<sup>55</sup>. Según Mainwaring (1996) la disciplina parlamentaria obedece a factores organizativos extraparlamentarios. El PT tiene resortes en su estructura partidaria para someter a sus representantes a las decisiones del partido tomadas fuera del congreso, especialmente en las bases<sup>56</sup>, incluso el PT controla muy fuertemente el proceso de selección de candidatos, elemento que no aparece como tal en los partidos captatodos, mediante el respeto de estatutos que someten la selección de los candidatos al congreso y la presidencia. Además, las organizaciones partidarias del PT, el PCdoB y el PPS demuestran una mayor fortaleza que las de los 'partidos captatodos' de Brasil en la medida que aquellas funcionan siempre y no solo en períodos electorales<sup>57</sup>.

Cuando a fines de los años ochenta, los únicos partidos realmente disciplinados en Brasil<sup>58</sup> eran el PT y el PDT (ver cuadro 4.1.2.) el transcurrir de los años siguientes muestra una evolución virtuosa del sistema de partidos en este sentido. Así lo demostraron Figueiredo y Limongi (2001:73-123) en forma muy contundente. Entre 1989 y 1994 el voto disciplinado en los grandes partidos de la cámara de diputados (PDS/PPR, PFL, PTB, PMDB, PSDB, PDT y PT) fue de 89.4%, y entre 1989 y 1999 la media del plenario parlamentario fue de 89.9% para los mismos partidos. De este modo, sabiendo la posición asumida por los líderes de las bancadas parlamentarias es posible prever el resultado de la votación en el 93.7% de los casos entre 1989 y 1994. Los casos en que la mayoría del partido no votó según la posición del líder apenas alcanzan al 2.5%. La disciplina partidaria según el índice de Rice medio ya presentaba durante 1989 a 1994 niveles por encima del 70% para todos los partidos importantes en el congreso. Mientras que la cohesión partidaria, medida a través del desvío estándar de los valores del índice de Rice, es moderadamente baja en todos los partidos menos en el PT, que alcanza niveles muy altos de unanimidad (ver cuadro 4.1.4). No obstante los altos niveles de disciplina partidaria de todas las bancadas, el PT se destaca durante toda la década de los años noventa por ser el más disciplinado (seguido del PDT).

Adicionalmente, es posible ordenar en un *continuum* (ideológico) de los partidos según la concordancia de las votaciones. El análisis de Figueiredo y Limongi sugiere en forma coherente con muchas otras clasificaciones, que existen tres bloques ideológicos: derecha (PDS/PPR, PFL y PTB), centro (PMDB y PSDB) e izquierda (PDT y PT). Las votaciones del centro son considerablemente más similares a las votaciones de la derecha que de la izquierda (ver cuadro 4.1.3.), esto quiere decir que el PMDB y el PSDB tienden a votar en mayor medida con partidos conservadores que con partidos desafiantes.

En síntesis, el Partido de los Trabajadores demuestra tener altos valores en un indicador importante para evaluar la fortaleza de la organización partidaria, lo que constituye un *desafío* en el sentido institucional<sup>59</sup>.

*e). Desarrollo de liderazgos partidarios.* El liderazgo más importante del PT en la última década y media es el de Luiz Inácio Lula Da Silva, actual presidente del Brasil. Además, el partido presentó capacidad de generar

<sup>55</sup> Es muy frecuente en Brasil que los políticos se cambien de partido en medio de una legislatura agrandando y disminuyendo las bancadas parlamentarias de los partidos. Ninguno de los representantes de partidos de izquierda (PT, PCdoB y PCB) electos en 1986 cambiaron de partido, a lo sumo tuvieron excepcionales incorporaciones.

<sup>56</sup> Entre otras cosas, el PT "obliga a sus candidatos a convenir en votar conforme a la línea partidaria, cuando así lo determinen las bases. El partido realiza elecciones preliminares para determinar las candidaturas para los cargos ejecutivos claves (...). Los candidatos convienen en contribuir el 40% de sus salarios al partido si son elegidos, una cifra que supera en doce veces la cifra para los partidos captatodos. El partido juega un papel central en la determinación de las características específicas de las campañas y los grupos partidarios de las bases participan activamente en las campañas." (Mainwaring, 1996: 309). El sistema que habilita a la participación política de las bases militantes del PT en los procesos de toma de decisiones consiste en una estructura (mediante "núcleos partidarios") bastante similar a una de las que posee el Frente amplio de Uruguay, los "comité de base".

<sup>57</sup> Para una comparación entre la importancia de las organizaciones partidarias de izquierda y de los partidos captatodo en Brasil, se recomienda ver Mainwaring 1996, *Brasil. Partidos débiles y democracia indolente*. La importancia de la organización del PT es tan fuerte que a veces el partido ha demostrado estar "dispuesto a sacrificar votos para mantener sus principios" mientras que los otros partidos que se comportan como máquinas electorales "normalmente están dispuestos a sacrificar sus principios para obtener votos" (1996: 311).

<sup>58</sup> Según Daniel Chasqueti (2001: 342) el único país, entre Bolivia, Uruguay, Chile, Ecuador, Argentina y Brasil, que debería contar con partidos indisciplinados "de acuerdo al efecto institucional previsto" es precisamente Brasil.

<sup>59</sup> Margaret Keck (1991: 11) afirma que la confrontación entre Collor y Lula en 1989 "fue una figurosa representación de la distinción entre dos Brasiles [...], entre un Brasil desorganizado y otro organizado".

liderazgos múltiples a nivel de alcaldes o gobernadores estatales<sup>60</sup>. El tipo de liderazgos es sumamente importante para el PT, donde el fuerte componente federalista en combinación con los arreglos presidenciales estimulan la política de patronazgo (Mainwaring y Shugart, 2002). El modo de combatir esta forma de hacer política (redituable solo para aquellos partidos que ejercen en mayor medida poder discrecional sobre los recursos del estado) es cambiar algunos fundamentos de la representación y los significados de los liderazgos.

*La nacionalización del partido.* A partir de la noción de nacionalización de Panebianco (1990), Margaret Keck (1991) analizó el caso del PT en Brasil. La autora sostiene que el partido “creció a partir de su base inicial en San Pablo, para tornarse un partido nacional, al mismo tiempo que sus fundadores conservaron elevado grado de autoridad para amoldar la identidad del partido”. Eso corresponde al concepto de Panebianco de un partido “que se desenvuelve básicamente (pero no exclusivamente) a través de la expansión territorial”. El proceso de desarrollo territorial del PT ha sido similar al que experimentó el Frente Amplio, apoyado desde un centro urbano importante para extenderse a las zonas rurales en forma gradual durante los años noventa.

*Raíces en la sociedad y bases sociales.* Keck (1991) enfatiza en que en el “modelo genético” (Panebianco, 1990) del PT, la relación del partido con el movimiento sindical fue crucial para su experiencia de formación. El PT logró ser la “fuerza partidaria dominante en los movimientos sociales y los sindicatos”<sup>61</sup> cuyo éxito se debió en buena parte al espacio ganado al PMDB, que había encarnado la oposición a la dictadura y un lugar privilegiado en la relación con las organizaciones sociales<sup>62</sup> (Mainwaring; 1996: 315).

En términos de las características sociales de los votantes petistas, las mediciones de sondeos de opinión arrojaron que en el balotaje entre el candidato del PT Lula da Silva y Collor de Mello (resuelto por un margen de 53% a 47%), los votantes de Lula eran más urbanos y con mayor nivel educativo que los de su contendor<sup>63</sup>. Pero en términos más sustantivos, Margaret Keck (1991: 13 y 28) argumenta que el PT fue una “anomalía” en el sistema de partidos de Brasil, y que “precisamente por ser una anomalía el PT podía servir de canal de expresión a un amplio descontento con el *statu quo*, como ocurrió en las elecciones del final de los años 80”.

*Instauración de un nuevo eje e competencia interpartidaria.* El modelo de competencia entre partidos desafiantes y (conservadores del ‘*statu quo*’ político) nos dice que una de las características de los primeros es implantar nuevos ejes de competencia hasta el momento inexistentes o poco relevantes para la competencia interpartidaria que predecía al sistema<sup>64</sup>.

---

<sup>60</sup> En cuanto a la personalización de la política y la debilidad de las organizaciones partidarias, el efecto “virtuoso” del PT sobre el sistema de partidos, es el contrario al que ejercían los políticos de los partidos “captados” de Mainwaring (1996). “Los políticos de los partidos captados dependen de los votos populares para ganar las elecciones. Pero si los partidos son débiles y los sectores populares tienen una organización débil, entonces pueden obtener votos en base a su carisma personal (mayormente para cargos ejecutivos) o mediante el apoyo de notables locales quienes influyen en la población pobre. Estas formas de representación tienen un espacio legítimo en la política democrática, pero todas entregan recursos a las clases populares en base a beneficios clientelistas y no en base a derechos comprensivos. De esta forma los patrones de representación individualizados han apoyado a un sistema político donde no se responden apropiadamente a los intereses populares” (Mainwaring; 1996: 320). En consecuencia, si el PT se presenta como la antítesis de estas prácticas políticas y se basa en un modelo de representación con otras fuentes de legitimidad, el efecto sobre el sistema de partidos en su conjunto y la política en general parece ser bastante auspicioso, sobre todo si se mantiene en forma coherente a lo largo del tiempo y se combina con buenos rendimientos electorales.

<sup>61</sup> Es recomendable ver el capítulo 7 de Keck (1991), *O PT e o movimento sindical*.

<sup>62</sup> El PT logró disputar y ganar espacios que dominaba el otro partido de izquierda de oposición desafiante hasta 1989: el PDT. La hegemonía del poder sobre el polo desafiante del sistema de partidos fue lograda por el PT hacia 1994 cuando logró absorber en el Estado de Rio Grande do Sul los votos del PDT. Cuando Singer (2002: 136-137) afirma que “la incorporación de los votos del PDT debe ser parte de la explicación del hecho de que Lula haya subido del 15% de los obtenidos en el primer turno de 1989, al 22% en 1994” entiende en el mismo sentido un juego de suma cero entre ambos partidos, dado que ambos ocupaban el mismo lugar ideológico del sistema de partidos y pretendían representar a las mismas bases sociales.

<sup>63</sup> Esto lo asemeja a las características de los votos que sustentaron la aparición y consolidación del Frente Amplio en Uruguay y el devenir del crecimiento del PRD en México.

<sup>64</sup> En cuanto a la aparición de una mayor gama ideológica en la política de Brasil, Mainwaring (1996: 319) estimaba que “en un sistema caracterizado por partidos con identidades poco definidas y lealtades débiles, este tipo de contraparte podría fomentar el desarrollo institucional de otros partidos. Es más la existencia de claras alternativas de oposición significa que el electorado cuenta una elección verdadera. Aun cuando la mayoría de los ciudadanos votan en base a imágenes y percepciones poco definidas más bien que en base a temas, ahora tienen una manera de usar sus votos para sacar de los cargos a representantes que no se ocupan de sus intereses”. En contrapartida el propio Mainwaring enfoca en que las divisiones ideológicas, el multipartidismo y el sistema presidencial combinados pueden afectar en forma negativa los niveles de gobernabilidad que el país necesitaba hacia los inicios de la década del noventa.

La irrupción fuerte del PT en los comicios municipales de 1988 vino a presentar un clivaje político, o modelo de competencia interpartidaria novedoso para la tradición y la historia política brasileñas que llega para quedarse: el clivaje izquierda-derecha. En el mismo sentido de esta argumentación, André Singer (2002: 59) sostiene que “los resultados de 1988 indican no tanto un supuesto predominio de la izquierda, sino más bien un equilibrio entre derecha, centro e izquierda, siendo que anteriormente el centro era la fuerza principal”.

La consolidación de un polo de izquierda en el sistema de partidos brasileño tiene mucho que ver con las actitudes políticas de los partidos y el modo en que logran capacidad estructuradora de las preferencias partidarias e ideológicas del electorado. Cuando era necesario encarar la campaña electoral de la segunda vuelta entre Collor y Lula en 1989, el candidato de la izquierda solo buscó apoyos en partidos de izquierda y centro izquierda (PDT de Brizola y PSDB) y rechazó todo aquello que lo identificara con posiciones cercanas al “statu quo” y al gobierno de Sarney<sup>65</sup>. El electorado terminó votando de modo muy coherente con su preferencia partidaria en el balotaje (Singer, 2002). Incluso en Brasil se comenzó a identificar en modo bastante consistente a los partidos políticos en la escala ideológica.

*La inclusión en el sistema de partidos.* Entonces cabe preguntarse, ¿hubieran los partidos conservadores apoyado los gobiernos de FHC si no existía la real amenaza petista al “statu quo” político existente?. Es imposible responder con contundencia. Tal vez algunos sí lo hubieran hecho, pero no cabe duda que el vigor del PT fue un estímulo muy importante para comprender las acciones de los partidos conservadores y del propio PSDB. La competencia política terminó estructurándose y volviéndose más previsible que lo que era en los años ochenta y antes.

El PT fue exitoso en su desafío y logró ganar la presidencia en 2002. La prueba de una entera integración al sistema de partidos está dada por el tipo de conformación de gobiernos de coalición integrando a partidos que antaño habían sido desafiados por el PT (como es el caso del PFL).

Parece cumplirse el postulado de los efectos sistémicos de un partido desafiante exitoso sobre el sistema de partidos. La disciplina partidaria aumentó notablemente durante los noventa y se mantuvo. Si Mainwaring está en lo correcto, los mayores niveles de disciplina de los partidos del statu quo deberían estar asociados con un desarrollo de sus estructuras extraparlamentarias en el correr del tiempo. Ambas dimensiones repercuten sobre la institucionalización del sistema de partidos.

Por otra parte, cabe destacar que el sistema de partidos brasileño estructurado en términos ideológicos en su accionar parlamentario también lo es en términos de opinión pública, comportándose en forma coherente en ambos planos. Esto quiere decir que si los partidos votan en forma disciplinada y coherentemente en términos de alianzas ideológicas, están representando al electorado en este eje de competencia política. Situación como esta no se daba en contextos de volatilidad electoral mayor, menores índices de disciplina y menor estructuración de partidos y electores en el eje izquierda-derecha.

Cuando el PT alcanza el gobierno pero sin mayorías propias en el parlamento<sup>66</sup>, tuvo que incluir a otros partidos en el gabinete realizando acuerdos con partidos del statu quo. Claramente es un partido inserto en la dinámica del sistema como un actor estable a lo largo del período analizado. Esta condición, así como su institucionalización, deberían ser soportes a los cambios de *funciones* que experimentó el PT en poco tiempo. Su desafío ha sido exitoso, pero también ha concluido.

#### **4.2. El Partido de Acción Nacional y el Partido de la Revolución Democrática en México (1983-2000).**

México ha sido siempre un caso paradigmático de “partido hegemónico” (Sartori: 1976: 277-289). Más adelante, Mainwaring y Scully (1996: 17) lo definen en su estudio sobre la institucionalización, como un sistema de “partido hegemónico en transición”. El caso mexicano ha tenido muchas cualidades de institucionalización fuerte que por un lado fue perdiendo a medida que la competencia electoral se daba con mayor fluidez y, por otro lado, se volvió más institucionalizado cuando se percibieron a los partidos y las elecciones como legítimos.

<sup>65</sup> El PMDB ofreció su apoyo a Lula en la segunda vuelta pero el PT decidió no aceptarlo.

<sup>66</sup> Las diferencias de las votaciones presidenciales y los apoyos parlamentarios de los partidos políticos en Brasil son sumamente grandes.

La existencia de partidos antiguos, agregan Mainwaring y Scully, establecidos y organizados, "significa que en algunos aspectos el proceso de institucionalización (...) está más avanzado que en varios países que ya tienen una política competitiva" (1996: 17). Es a partir de esta "largada" que el caso mexicano se inscribe en el modelo que aquí se propone. En la década de 1980 el Partido de Revolución Institucional (PRI) enfrenta la emergencia de dos partidos desafiantes. Primero al Partido de Acción Nacional (PAN), que a pesar de su edad y sus características conservadoras, adquiere una representación política muy definida y renovada para enfrentar el monopolio del PRI en gobiernos estatales desde 1982, y segundo, el *neocardenismo* en 1988, que formaría con otros partidos menores el Partido de la Revolución Democrática (PRD) en 1989<sup>67</sup>. Este último es un partido de izquierda, que ha sido definido como un partido "nacionalista, popular y democrático" (Craig y Cornelius, 1996).

Un momento de gran importancia en la transformación del sistema de partidos mexicano se dio con el desprendimiento o fractura del PRI<sup>68</sup> entre 1986 y 1987 a causa del procedimiento para la selección del candidato presidencial para las elecciones de 1988. Esa fractura, que terminó siendo la más importante en la historia del PRI, causó la formación de un frente amplio de izquierda que apoyó la candidatura del ex-priista Cuauhtémoc Cárdenas y la subsiguiente formación del Partido de la Revolución Democrática (PRD). A diferencia del resto de los casos analizados aquí, la emergencia de partidos desafiantes en la política mexicana fue también la condición para la transición a un régimen democrático, mientras que en los países donde existieron regímenes autoritarios con gobiernos militares, los partidos desafiantes significaron *una parte* de los actores políticos que llevaron adelante la transición, y en algunos casos, directamente no existían. De modo que puede esperarse que este caso presente algunas diferencias importantes con relación a demás desafíos partidarios del continente.

El motivo más importante para comprender la emergencia de los desafiantes en México durante los años ochenta es el rechazo o la defensa de un régimen de características nítidamente autoritarias, y la implantación de la cuestión democrática como uno de los ejes de la competente interpartidaria es una clave importante del éxito de estos partidos. A partir de 1989 tres grandes agrupaciones dominaron el sistema de partidos mexicano: el PAN, el PRD y el PRI. Ellos constituyen el nuevo "tripartidismo" (Lujambio, 2001; Loeza, 2002; Klesner, 2001).

*Tipo de crecimiento electoral.* Tanto el PRD como el PAN crecieron electoralmente en forma autónoma a nivel de elecciones presidenciales hasta 1997 inclusive, y en las elecciones presidenciales de 2000 fueron apoyados por partidos muy menores. Es decir, ninguno de estos partidos realizó coaliciones pre-electorales de grandes magnitudes<sup>69</sup>.

El crecimiento electoral de los partidos emergentes quebró en 1997 la historia de los presidentes con poderes "metaconstitucionales"<sup>70</sup>. En cuanto a las elecciones presidenciales (Gráfico 4.2.1), los partidos desafiantes sumados escalan desde el 16.4% de los votos en 1982 al 60.4% en 2000, mientras que el PRI pierde exactamente la mitad de la proporción del electorado<sup>71</sup>.

A pesar del debilitamiento del PRI en las elecciones de 1988, el PRD tuvo dificultades para capitalizar los éxitos electorales del Frente Democrático Nacional, que dieron lugar a su fundación. Las elecciones de 1991

<sup>67</sup> La formación genética del PRD es bastante similar a la que dio origen a la mayoría de los partidos desafiantes. Confluyeron por un lado, partidos y organizaciones de izquierda, comunistas y socialistas de larga data en el país, y, por otro, desgajamientos del ala más progresista del partido del statu quo gobernante.

<sup>68</sup> Soledad Loeza (2002) sostiene la tesis de que el factor más importante en el camino hacia un tripartidismo son las fracturas interelitistas al interior del PRI.

<sup>69</sup> Uno de los elementos claves que posibilitó el "la institucionalización de una oposición electoral nacional" fueron las reformas electorales que se sucedieron a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Después de las reformas electorales de 1963, 1973 y 1977, los partidos de oposición obtuvieron un grado de representación proporcional en la Cámara Baja del Congreso (Craig y Cornelius, 1996: 220). Progresivamente en 1990, 1993 y 1996 el ejecutivo ha ido abandonando el control sobre la organización de las elecciones federales. En 1996 el Instituto Federal Electoral adquirió plena autonomía.

<sup>70</sup> Jeffrey Weldon (2002: 176-177) define las características del presidencialismo con poderes metaconstitucionales en México mediante cuatro elementos: "(1) un sistema presidencialista basado en la Constitución; (2) un gobierno unificado, en el cuál el partido gobernante controla la presidencia y ambas cámaras del Congreso; (3) la disciplina en el interior del partido gobernante; (4) un presidente que es el líder reconocido del partido gobernante". En caso de que alguna de las tres últimas condiciones no sea verificada, el presidente mexicano deja de ser portador de los poderes que metaconstitucionales que han sido característicos de los ejecutivos gobernantes en México. Ver también Jorge Carpizo, 1978. *El presidencialismo mexicano*. México, Siglo XXI.

<sup>71</sup> No debe olvidarse que la cantidad de votos válidos en las elecciones presidenciales casi se duplica entre 1982 y 2000. Ver anexo, (gráfico 4.2.5.).

demonstraron que el PRD fue vulnerable al crecimiento económico y a la caída de la inflación, lo que le provocó una pérdida importante del “voto de protesta” de 1988. En buena medida, el paso importante para los partidos desafiantes de consolidar votaciones ya obtenidas mediante una legitimidad que no se sustenta con recursos estatales, no fue fácil para el PRD. Entretanto el gobierno de Salinas de Gortari ejecutó programas de obras públicas y antipobreza<sup>72</sup> demostrando que “sólo el aparato PRI-gobierno cuenta con significativos recursos materiales de redistribución, no lo partidos de oposición” (Craig y Cornelius, 1996: 206). Si bien logró mejorar su votación en 1991 y recuperar algo del terreno perdido, la tendencia decreciente del poder del PRI ha sido continua durante todo el período.

En cuanto a las elecciones para diputados federales (Gráfico 4.2.2) el crecimiento de los partidos desafiantes es muy sostenido a lo largo de todo el período. Adicionalmente, tanto el PAN como el PRD ganaron importantes gobiernos estatales durante los años noventa<sup>73</sup> y consiguieron aumentar su representación parlamentaria hasta que en 1997, por primera vez en la historia, el PRI queda sin mayorías propias. En las elecciones del 2000, el PAN se impuso con mucha mayor contundencia a nivel nacional, enfrentando directamente al PRD y revitalizando la competencia y la rivalidad entre ambos partidos (Klesner, 2001). Esta nueva situación indica una mayor consolidación del sistema de partidos en cuanto a la competencia interpartidaria, así como también la progresiva lejanía que fue adquiriendo el PAN a un enfrentamiento unidireccional hacia el partido del statu quo. El juego competitivo PAN-PRD comenzó a darse con mayor intensidad en buena medida porque ambos partidos (en especial el PAN) sufrieron un proceso de nacionalización en la distribución de sus electorados.

*Posición parlamentaria.* Ni el PAN ni el PRD se han coaligado en el gobierno con el PRI durante el período analizado. Tampoco el PAN ha tenido un aliado sistemático durante el mandato de Vicente Fox. De modo que no existieron, estrictamente hablando, coaliciones de gobierno. Sin embargo, la nueva era de “gobierno dividido” (Lujambio, 2001) luego de que el PRI perdiera las mayorías especiales en 1988 y la mayoría absoluta en 1997 obligó a que los partidos políticos tuvieran que negociar leyes para enfrentar los nuevos problemas de gobernabilidad. De los dos partidos de oposición al PRI, el más cercano al gobierno fue el Partido de Acción Nacional<sup>74</sup>. El PRD en cambio, se ha orientado a una posición más intransigente en su relación con el PRI, aunque no sin debates internos sobre este punto<sup>75</sup>. En términos generales, puede decirse que el PAN fue una oposición importante al PRI mientras su desafío fue más intenso, es decir, durante los años ochenta. Mientras que el PRD ha sido siempre (durante los noventa) estimulado por la lógica de una oposición algo más “dura” dado su lugar de tercería en la competencia interpartidaria.

*La disciplina parlamentaria.* El partido de mayor disciplina parlamentaria es el PRI. En segundo lugar y con un comportamiento casi idéntico, el PAN y el PRD manifiestan grados de disciplina importantes. El 88% de las votaciones del PAN en el período 1997-2000 alcanzan a un grado de disciplina mayor del 90% dentro del

---

<sup>72</sup> El Programa de Solidaridad Nacional (PRONASOL) fue uno de los más destacados ejemplos de inversión pública dirigido a erosionar las ganancias electorales y organizacionales de los partidos de oposición en 1988. Sobre todo en distritos de disputa clave con el PRD (Gibson, 2000: 386).

<sup>73</sup> A modo de ilustración, en 1989 el PAN ganó oficialmente la gubernatura de Baja California, posteriormente ganó en Chihuahua (1992), Guanajuato (1995), repitió en Baja California (1995), Jalisco (1995), Querétaro (1997), Nuevo León (1997) y Aguascalientes (1998). Por su parte, el PRD ganó la jefatura del gobierno del Distrito Federal en 1997, las elecciones de gobernador en Zacatecas (1998), Tlaxcala (1998) y Baja California Sur (1999).

<sup>74</sup> El líder panista Luis H. Álvarez realizó Alianzas tácticas con el gobierno de Salinas de Gortari, sobre todo a nivel parlamentario para aprobar enmiendas constitucionales a las leyes electorales, y una reprivatización de bancos a cambio de mayor transparencia electoral y mayor representación opositora en la comisión electoral que certifica los resultados electorales. Si bien el PAN tuvo la oportunidad de aliarse con el PRD para imponer mayores reformas electorales no lo hizo, y se aseguró las concesiones del PRI (Craig y Cornelius, 1996: 222). Así le fueron reconocidas al PAN las victorias en Baja California en 1989 y en Chihuahua en 1992. Adicionalmente le fueron reconocidos los gobiernos de Guanajuato y de San Luis de Potosí, mediante la destitución de los gobernadores priistas por parte del presidente Salinas.

<sup>75</sup> Por lo general el PRD estuvo siempre en el dilema de la cooperación vs. la competencia dura con el PRI. Dentro del partido, como señalan Craig y Cornelius (1996: 228) se discutía si negociar con el gobierno del PRI para realizar reformas paulatinas o si emprender acciones antisistema, y por otro lado, si enfatizar la competencia electoral o el desarrollo de organizaciones clasistas dentro de la sociedad civil.

partido. Mientras que PRD alcanzó al 87% en el mismo período. Ambos son, ciertamente, partidos disciplinados aunque menos que el PRI<sup>76</sup>.

*Raíces en la sociedad y bases sociales.* Para comprender qué es lo que a nivel de representación política han logrado desarrollar el PAN y el PRD, debe tenerse en cuenta alguna de las características del modelo de inclusión corporativa que precede —y contextualiza— a la emergencia de los desafiantes.

Previo a la democratización mexicana, el partido hegemónico fue el fundador de un “estado corporativo” más que de un “estado pluralista” en su relación con los grupos sociales<sup>77</sup>. Consecuentemente entre el PRI y el PRD “lo que está en juego, incluso a más de diez años de la fundación de este último, es una herencia y con ella un amplio electorado educado en las tradiciones de la revolución mexicana” (Loeza, 2002: 304). Es por eso que la escisión de 1988 en el PRI se diferenció tanto de otras, porque los “neocardenistas” contaban con “una agenda económica y política discerniblemente diferente y una base social que incluía a elementos claves de los grupos de votantes tradicionales del PRI (los campesinos, los obreros urbanos)” (Craig y Cornelius, 1996: 214).

El PAN vivió una suerte de “refundación” con el ingreso de empresarios a la actividad política y sus aportes financieros, impulsados por el rechazo a la nacionalización del sistema bancario en setiembre de 1982<sup>78</sup>. La medida del Presidente José López del Portillo animó a que un cúmulo de pequeños y medianos empresarios se manifestaran con rechazo al gobierno, “recurriendo preferentemente al PAN, para desafiar el monopolio del PRI en el ámbito municipal” arrastrando buena cantidad de votos de clase media (Loeza, 2002).

Craig y Cornelius (1996: 216) explican que el crecimiento acelerado de los centros urbanos desde 1950 es un factor de largo plazo para la disminución del apoyo al PRI, dado que allí “los mecanismos tradicionales de control político no funcionan con tanta eficacia”. Entre los sectores de educación e ingresos más altos, y aún más entre los jóvenes de estas características, había declinado el apoyo al PRI durante la década del ochenta. En síntesis, “la mayoría de los miembros de la clase media que proporcionan un porcentaje considerable del voto opositor, son residentes urbanos”. Tanto el PAN como el PRD comenzaron a corroer las bases sociales urbanas del PRI, sobre todo entre los más jóvenes<sup>79</sup>.

*Desarrollo de liderazgos partidarios.* Los liderazgos del PAN no han sobresalido como una característica distintiva sino hasta el papel encarnado por el actual presidente Fox. Durante los años ochenta y noventa los mayores líderes pertenecían a gobiernos estatales sin lograr una proyección nacional que les permitiera competir con los candidatos presidenciales del PRI<sup>80</sup>. En cambio el PRD contó desde sus inicios con una camarilla de líderes nacionales formados en el aparato del PRI que lo que le otorgó cierta ventaja para enfrentarse con el gobierno en las elecciones presidenciales. No obstante, el peso del líder perredista Cárdenas ha denotado una

---

76 Si bien en términos comparativos con la disciplina del PT o del Frente Amplio, son algo menos disciplinados, debe tenerse en cuenta que ni en Uruguay ni en Brasil una oposición 100% disciplinada de los partidos desafiantes afectaba la gobernabilidad del sistema. En cambio en México luego de las elecciones de 1977 solo el PAN y el PRD tenían la llave para que las leyes puedan ser aprobadas. Para el caso del PRD, Alonso Lujambio interpreta que la lucha de liderazgos interna entre Porfirio Muñoz Ledo y Cuauhtémoc Cárdenas ha provocado la división del partido en determinadas votaciones parlamentarias.

77 Hacia los años ochenta el modelo instaurado comenzó a declinar, en parte porque el desarrollo económico tendió a debilitar la centralidad de las organizaciones de trabajadores (específicamente la Confederación de Trabajadores de México, CTM) aumentando el sector de trabajo informal en los centros urbanos, y en parte también, porque el régimen y su insistencia en controlar al movimiento obrero mediante la inclusión de sus liderazgos personalistas en el aparato del PRI comenzaron a deslegitimar la propia dirigencia de la CTM, como sucedió con el histórico líder obrero Daniel Velázquez (Levy y Bruhn, 1999: 526).

78 Estos sucesos impactaron en la relación de fuerzas internas del PAN. Hacia los años setenta existían dos grupos: moderados progresistas y conservadores militantes. Los primeros terminaron por purgar a la facción opositora y quedarse con el control del partido (Craig y Cornelius, 1996: 222).

79 Confirmación de ello es que estudios preelectorales en 1988 revelaron que más del 50% del voto a la coalición cardenista consistía en personas menores de 30 años. Mientras que el 42% de los electores del PAN y solo el 35% de los priistas se encontraban en esa franja (PREAC, “Encuesta I: El país / distrito Federal”, Perfil de la Jornada, 5 de julio de 1988. Citado por Craig y Cornelius, 1996).

80 Este problema de consolidación de liderazgos a durante los años ochenta especialmente, ha llevado a Craig y Cornelius en 1996 a afirmar que el “PAN no ha podido definir un proyecto nacional o un conjunto de políticas que constituyan una clara alternativa”.



debilidad de la etiqueta partidaria así como de su organización<sup>81</sup>. En ambos casos, los gobiernos locales fueron una fuente de creación de liderazgos que luego serían claves en la competencia presidencial<sup>82</sup>.

*Nacionalización del partido.* La competencia partidaria en México puede leerse en clave regional<sup>83</sup>. Si bien el nuevo sistema de partidos puede aparentar un tripartidismo, en la práctica opera como tal sobre la cuarta parte del país, a causa de la regionalización de los partidos de oposición (Klesner, 2001). Este proceso, como se mencionó más arriba, implicó una creciente disputa entre el PRD y el PAN como lo muestra la creciente cantidad de diputados federales provenientes de distritos de competencia multipartidistas (Cuadro 4.2.2). Paulatinamente también, los estados hegemónicos han tendido a disminuir para dar paso a competencias bipartidistas (PAN-PRI y PRD-PRI). En la actualidad puede decirse que el PAN y que el PRD son partidos nacionales (Klesner, 2001).

*Inclusión a la dinámica del sistema de partidos.* Aquí se propone la hipótesis de que el PAN fue visiblemente desafiante durante los años ochenta, y bastante menos en los noventa. El nacimiento del PRD implicó la desmonopolización del voto anti-PRI que caracterizaba a los panistas, estimuló la inclusión del PAN a una dinámica más fluida de negociación e intercambio de recursos políticos con el PRI y agregó un eje de competencia izquierda-derecha interpartidario más definido. La afinidad ideológica entre el PRI y el PAN había crecido bastante entrados los años noventa. Mientras que el PRI se recostó más hacia la derecha (sobre todo en materia de políticas económicas) el PAN comenzó a asimilarse a un partido de centro y centroderecha. Por otro lado, el PAN tenía muchas más credenciales de “partido conservador” que le permitían entrar en juego fluido con el PRI sin perder identidad política ni sus bases de apoyo.

En términos de representación, mientras el PAN durante los años ochenta aglutinó las fuerzas anti-régimen y anti-PRI acompañadas de sus reivindicaciones de libre mercado y de no injerencia estatal abusiva. Por otra parte, el PRD terminó captando el espacio contestatario pero enfrentando una combinación difícil de dos elementos adversos: por un lado, el camino a la democracia pluralista significó una carta menos en mazo que podía ser jugada por la oposición perredista avanzados los años noventa, y por otro, los altibajos electorales estatales dejaron al PRD sin muchos recursos estatales necesarios para realizar políticas a nivel local que le permitieran acrecentar su legitimidad como actor, así como sus bases sociales a nivel nacional.

Ambos partidos políticos lograron no incluirse en la dinámica de un sistema preexistente de partidos, sino fundar las bases para el pluralismo en un nuevo sistema, y así han multiplicado y consolidado los ejes de competencia política en el sistema mexicano. No resulta claro que el PAN se haya mantenido siempre como un partido desafiante<sup>84</sup>. La rivalidad entre el PRD y el PAN no es la extensión lineal de una rivalidad inicial de los perredistas con el PRI, sino que como interpreta Soledad Loaeza (2002) entre el PAN y el PRD puede existir una mutua consideración de competencia política tan importante como la que ambos tienen con el histórico Partido de la Revolución Institucional. La democracia ha sido fortalecida y el sistema de partidos es más institucionalizado desde que es propiamente un sistema.

### 4.3. El Frente Amplio en Uruguay (1971-2004).

El caso uruguayo es el único caso de sistema institucionalizado (Mainwaring y Scully, 1996) que presenta partidos desafiantes exitosos. Según Buquet, Chasquetti y Moraes (1999: 59) “Uruguay mantiene un sistema de partidos altamente institucionalizado, cuya evidencia resalta en la mutación producida por la incorporación de un

<sup>81</sup> La ausencia del líder en oferta electoral del PRD ha significado importantes pérdidas durante los inicios de los años noventa. Por ejemplo, en las elecciones nacionales para renovar el congreso en 1991, “más de un quinto del electorado que había apoyado a Cárdenas en 1988 volvió al PRI” (Craig y Cornelius, 1996: 228).

<sup>82</sup> Un ejemplo más reciente de este fenómeno es la figura de Manuel López Obrador, actual jefe de gobierno del Distrito Federal que es la figura más sobresaliente del PRD —incluso más que el propio Cárdenas— y futuro candidato a la presidencia de la República en las elecciones del 2006.

<sup>83</sup> De hecho, durante las dos últimas décadas el único partido largamente extendido a nivel nacional es el PRI. Talo el PAN como el PRD ofrecen una competencia fuerte en determinados estados y una más débil en el resto del país. Sobre este punto ver Joseph Klesner (2001), *Electoral competition and the new party system in México*. Trabajo presentado en American Political Association, San Francisco.

<sup>84</sup> Las negociaciones de *democracia por políticas* que llevaron adelante panistas y priistas acercaron mucho a estos partidos a compartir un juego de pactos entre dos actores y la figura de un tercero excluido.

tercer actor sobre el longevo bipartidismo, dando muestras del 'aprendizaje forzoso' que exige el sistema a los nuevos competidores".

La democracia instaurada en Uruguay ha sido frecuentemente llamada una "partidocracia" (Caetano, Rilla y Pérez, 1987) sosteniendo la tesis de la centralidad de los partidos en la vida política del país. Los partidos tradicionales (Colorado y Nacional), cuya "longevidad" los volvió uno de los bipartidismos más viejos del mundo (Queirolo: 1999), fueron los fundadores del Estado y su matriz keynesiana (Lanzaro, 2000), comenzaron a competir con un sistema electoral relativamente estable desde la década de 1920<sup>85</sup> y compartieron (o co-gobernaron)<sup>86</sup> el poder estatal a lo largo del siglo. Aún después de la transformación del sistema de partidos en 1971 hacia un pluralismo moderado, y luego de la restauración democrática en 1984, siguieron conservando el poder estatal y la administración de la gran mayoría de sus recursos públicos, pero no sin importantes cambios en cada uno de los elementos mencionados.

Desde la aparición del Frente Amplio (FA)<sup>87</sup> en 1971, los partidos del statu quo (PC y PN) debieron cambiar sus pautas de competencia interpartidaria y los modos de formación del gobierno, dado que se combinaron un régimen de gobierno presidencial, un sistema electoral de mayoría simple para la elección del ejecutivo y de representación proporcional para la elección parlamentaria, con un arreglo multipartidista, lo cual comenzó a generar presidentes sin mayorías propias en el Parlamento y necesitados de apoyos estables a lo largo del mandato que se tradujeron en coaliciones de gobierno<sup>88</sup> (Chasqueti, 1997 y 2000; Mancebo, 1991). Las coaliciones formadas entre los partidos tradicionales durante el período se dieron a partir de 1990 hasta el 2002, tuvieron el efecto de dejar afuera del Estado al *partido desafiante*. El presidente Luis Alberto Lacalle determinó que los cargos de directorios de los Entes Autónomos serían adjudicados a "los partidos y sectores integrantes de la coalición", mientras que el presidente Julio María Sanguinetti también descartó al Frente Amplio como socio de colación y como integrante de Entes Autónomos en el marco de las negociaciones con el PN, en especial con el Herrerismo (Chasqueti, 2000: 83-85). Si bien estos acuerdos alcanzaron para cooptar el poder del estado, dejaron al FA privilegiadamente solo en la oposición.

Los partidos del statu quo enfrentaron durante la década de los años noventa la necesidad de reformar el Estado, principal estructura sobre la cual habían logrado un lugar de privilegio como actores representativos de corporaciones, grupos e intereses sociales. Este cambio que tuvo impulsos liberalizadores pero también frenos importantes, se inscribe en lo que Jorge Lanzaro ha llamado la "segunda transición" donde los partidos históricos asumen un "papel conductor", pero para ello enfrentan su propia "transición": se ven obligados a "ajustar la fisonomía, la organización y los patrones de legitimidad con los que vivieron durante décadas". Este proceso "es «la transición en la transición», ardua y problemática, en la que van pasando de la gestión keynesiana (de su misma calidad de partidos «keynesianos»), a otros modos de régimen y a otros montajes de estado"(2000: 95).

La relación privilegiada de los partidos del statu quo con el estado y su repliegue en los ochenta y noventa sobre el aparato estatal intentando conservar su control del poder basándose en un juego cooperativo, los asimilan, en cierto sentido, a los "cartel party" de Katz y Mair (1995)<sup>89</sup>.

<sup>85</sup> Sin entrar en el detalle de caracterizar régimen electoral uruguayo, es sabido que ha fomentado el formato bipartidista (Buquet, Chasqueti y Moraes, 1999).

<sup>86</sup> Gerardo Caetano y José Rilla (2000) han afirmado que las relaciones interpartidarias entre colorados y blancos han llevado a más que a la alternancia en el gobierno al "cogobierno".

<sup>87</sup> Me referiré así para llamar al Partido Demócrata Cristiano de 1971, el Frente Amplio de 1984, 1989 y 1994, el Encuentro Progresista - Frente Amplio de 1999 y el Encuentro Progresista - Frente Amplio - Nueva Mayoría de 2004.

<sup>88</sup> Las coaliciones formadas en Uruguay han tenido dos particularidades: primero, que no los partidos políticos los principales agentes que las forman y las disuelven, sino sus fracciones (Buquet et al, 1999; Chasqueti, 1997; Mancebo, 1991), y segundo, las coaliciones se han formados como acuerdos que intercambian bienes y recursos políticos con posterioridad con a la realización de las elecciones (Buquet et al, 1999: 61).

<sup>89</sup> El continuo ejercicio del gobierno y el control del estado por parte de los partidos tradicionales, combinado un proceso de "reoligarquización" (Roberts, 2002), los alejó progresivamente de sus bases sociales, generó estructuras burocráticas estatales y partidarias a la vez, y perdieron la capacidad de renovación de su electorado, debilitando así, sus niveles de "identificación partidaria" (Zuasnábar, 2004) y sus raíces en la sociedad. A nivel agregado del sistema de partidos, la identificación partidaria se ha mantenido relativamente estable entre 1966 y 1999, y ha decrecido considerablemente en el último período de gobierno (ver cuadro 4.3.2.). Precisamente durante los últimos cinco años, es decir, en la última fase del desafío emprendido por el Frente Amplio, la caída de identificación partidaria entre los

La combinación de todos los procesos mencionados erosionaron la histórica capacidad de representación que demostraron los partidos tradicionales uruguayos. Desde 1971 comenzaron a mostrar un declive en el sus votaciones conjuntas que se mantendría sumamente constante hasta el año 2004 (ver Gráfico 4.3.1.). Entre 1942 y 1966 los partidos tradicionales obtuvieron, en promedio, el 90% de los votos válidos. Luego comenzaron a declinar en sus resultados electorales, pero volviéndose más competitivos entre sí: como muestra el Gráfico 4.3.1. las distancias con la media de ambos partidos fueron menores entre 1966 y 1999. En 2004 se produjo la mayor diferencia entre blancos y colorados de todo el período (25 puntos de diferencia).

En términos analíticos, en Uruguay existió un claro proceso de realineamiento partidario (cambio en las identidades políticas de la población) que fue paulatinamente expresado como un realineamiento electoral (trasiego de votos partidos establecidos a partidos emergentes).

Hace apenas cinco años Luis Eduardo González (1999) habló de que los partidos tradicionales en Uruguay habían sido desde 1971 crecientemente enfrentados por “partidos desafiantes”. Con el objetivo de analizar los cambios en el formato del sistema de partidos González (1999: 14) afirmaba que “el ciclo previo había comenzado con el fin del predominio colorado y la victoria de la oposición [nacionalista]. El nuevo ciclo comenzó con el fin del bipartidismo puro (...) y una nueva victoria colorada”. En otras palabras, el Partido Nacional estaba más institucionalizado en 1958 que el Frente Amplio en 1971 y eso es básicamente cierto. Sin embargo, lo que González destaca como una debilidad del Frente Amplio para la competencia electoral en 1971 fue, a la luz de este trabajo, una clave de su éxito en el futuro: la nítida definición de su representación política en el eje izquierda-derecha. El Frente Amplio no podía llevar adelante una estrategia de partido “catch-all” desde el inicio, dado que aún no era un partido institucionalizado.

*Tipo de crecimiento electoral.* En las elecciones de 1971 Frente Amplio alcanzó un 18.3% de los votos válidos. La formación del Frente Amplio fue la confluencia de rupturas interelitistas dentro de los partidos del statu quo y de viejos partidos menores de izquierda<sup>90</sup>. Como apuntan Piñeiro y Yaffé (2004: 301) eran “cinco fracciones nacionales” las componían el FA en 1971 y de las cuales algunas eran partidos en sí mismos: El Frente de Izquierda Liberación (FIDEL)<sup>91</sup>; Patria Grande<sup>92</sup>; el Movimiento por el Gobierno del Pueblo (MPG)<sup>93</sup>; el Partido Socialista (PS) y el Partido Demócrata Cristiano (PDC). El antecedente electoral más nítido del Frente Amplio se expresa en las elecciones de 1966 cuando el Partido Socialista, el Partido Comunista (FIDEL) y la Democracia Cristiana alcanzan un 9.6% de los votos válidos. Estos partidos eran una parte importante del origen del nuevo partido desafiante que irrumpiría en 1971 (ver Cuadro 4.3.1. y Gráfico 4.3.1. en anexo). Luego de la restauración democrática, en las elecciones de 1984 el Frente Amplio creció solo un 3% en votos, y a causa de la fractura del PDC y el PGP, en 1989 apenas alcanzó a mantener su votación de cuatro años antes. El sistema de partidos uruguayo conformó un multipartidismo bipolar, donde el *polo desafiante* era algo más que el Frente Amplio. Visto de esta forma, los desafiantes alcanzan al 30.2% en 1989, dado que la votación del Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP) llegó un 9% de votos válidos. En 1994 el PDC y el PGP volvieron al Frente Amplio en el marco de la creación del Encuentro Progresista –Frente Amplio (EP-FA) que formó parte del proceso que dio lugar a la “actualización ideológica”<sup>94</sup>. En 1994 y 1999 el Frente Amplio creció diez puntos por elección, aún a sabiendas de que el lugar ocupado por el PGP en 1989 se lo quedó el Nuevo Espacio (NE) con votaciones

---

partidos del statu quo (-15%) es ampliamente mayor que entre los desafiantes (-2%) (ver cuadro 4.3.3.). En este sentido, los desafíos exitosos o bien atenúan, o bien logran mantener estables, los efectos continentales de la caída de los indicadores de representación política, como puede ser la identificación partidaria en este caso.

<sup>90</sup> Además, en 1989 se sumó el Movimiento de Participación Popular (MPP) que representaba la inclusión de la guerrilla Tupamara (MLN-T) de los años sesenta y setenta en la vida electoral.

<sup>91</sup> La principal fuerza del Fidel era el Partido Comunista, y en segundo lugar, el Movimiento Popular Blanco Progresista escindido del Partido Nacional.

<sup>92</sup> Se constituía de la Unión Popular (Herro) y el Movimiento Revolucionario Oriental, ambas escisiones del Partido Nacional.

<sup>93</sup> Es la vieja “lista 99” escindida del Partido Colorado.

<sup>94</sup> Según Garcé y Yaffé (2004) este punto sumamente importante para comprender la transformación ideológica de la izquierda durante los años noventa. En 1994, además del retorno de la centroizquierda (PDC y PPG) se incluyen dentro del EP la Alianza Progresista (grupo liderado por un ex Intendente del Partido Nacional, Nin Novoa) y la Confluencia Frenteamplista (CONFA, era una escisión del Partido Comunista).

cercanas al 5% en ambas elecciones. En la elección de 2004 el NE se integra al EP-FA para crear el EP-FA-Nueva Mayoría.

El FA no realizó coaliciones electorales con partidos del statu quo, sino que sectores escindidos de estos últimos se anexaron al FA y fueron, en caso de la creación del EP-FA, un eslabón muy importante en la consolidación e institucionalización orgánica del *partido*. Por otra parte, el PGP y el Nuevo Espacio fueron el producto de la escisión del propio FA en 1989 que luego emprenden un proceso de retorno culminado en 2004.

Por lo tanto, la referencia a *los partidos desafiantes* tiene como epicentro, al igual que en Brasil, a un partido político definido.

*Posición parlamentaria.* El Frente Amplio ejerció una oposición parlamentaria (a pesar de haber alimentado y controlado grupos que ejercieron oposiciones extraparlamentarias) entre 1971 y 2004<sup>95</sup>. La capacidad de los partidos tradicionales de generar coaliciones de gobierno políticamente coherentes y otros apoyos mutuos para ejercer el gobierno, colaboró con las posibilidades del Frente Amplio para ejercer una oposición *fuerte* sin afectar la gobernabilidad misma del sistema.

*Disciplina de la bancada parlamentaria.* Los partidos desafiantes (FA y NE) han mantenido niveles de disciplina “perfecta” entre el período 1985-1994 (analizado por Buquet et al, 1999: 70-79), en tanto “la dirección de sus votos estuvo siempre orientada —salvo escasas excepciones— contra las mayoría conformadas por los partidos Colorado y Nacional”.

Para el caso de los partidos tradicionales, el sistema electoral ha contribuido con el hecho de que los presidentes no controlan por completo la competencia interpartidaria, sino que tienen dominio sobre su propia fracción. Los partidos tradicionales no tienen *un jefe del partido*, como si sucede con los desafiantes. De ello resulta que “el presidente no puede controlar la disciplina de una fracción que no sea la suya” (Buquet, Chasquetti y Moraes, 1999: 59)<sup>96</sup>. No obstante, para la “legislación de importancia” todos los partidos tradicionales también presentan niveles altos de disciplina partidaria. (ver cuadro 4.3.5. en anexo).

*Desarrollo territorial del partido.* El FA siempre concentró su mayor caudal electoral en Montevideo. En 1971 y 1984 desplazó al Partido Nacional del segundo lugar, y en 1989 fue la primera fuerza de la capital. Ello le permitió seguir desarrollarse como oposición en el ámbito nacional y ensayar el gobierno en el ámbito local. Además, la administración de una ciudad importante es un capital fundamental para los partidos desafiantes en sus etapas de desarrollo y maduración. Desde 1990 hasta 2004 el FA mantuvo el gobierno Montevideo. Sin embargo, la conquista del interior del país fue uno de los más grandes retos que enfrentó el partido desafiante en Uruguay<sup>97</sup>. En las elecciones nacionales de 1999, por primera vez el FA logró ganar en tres departamentos: Canelones, Maldonado y Paysandú. Estos departamentos son los más similares a Montevideo en términos de desarrollo y modernización, y por lo tanto contienen bases sociales compatibles con el desarrollo de partidos desafiantes. En el Cuadro 4.3.5. (ver anexo) se encuentra hallado el Número Efectivo de Partidos (NEP) departamental, así como del interior agregado, durante las elecciones nacionales de 1971 a 2004<sup>98</sup>. De los 19 departamentos, solo 6 presentaban una competencia multipartidista en 1971, 7 en 1984 y 10 en 1989. Para la elección de 1994 eran 18

<sup>95</sup> En el primer gobierno de Julio María Sanguinetti el Frente Amplio integró Directorios de los Entes Autónomos y Consejos Descentralizados, pero esto no significó, en términos políticos, que el Frente Amplio estuviera *en* el gobierno.

<sup>96</sup> Los partidos tradicionales ha realizado acuerdos para formar coaliciones que además de negociar cargos y otros recursos, han negociado políticas de su interés. Buquet Chasquetti y Moraes (1999) y Chasquetti (1999) descubrieron que existe un “ciclo político” donde “durante la primera etapa (...) los partidos y fracciones mantienen un comportamiento orientado hacia el partido y el gabinete, siendo disciplinados como tales e independientemente de las características que le imprimen el modelo fraccionalizado. Pero durante la segunda etapa del ciclo, los partidos, pero especialmente las fracciones, cambian su orientación, dirigiendo sus intereses y esfuerzos hacia el proceso electoral” (Buquet et al, 1999: 69). De una suerte similar ha gozado el PT en Brasil.

<sup>97</sup> Antonio Cardarello y Aldo Guerrini destacan que “durante muchos años, superar el clivaje Montevideo-Interior fue una de las «asignaturas pendientes» de la izquierda”. En 1971 los votos cosechados fuera de Montevideo eran un 30% del total, y en 1989 fueron un 25%, mientras que en octubre de 1999 y habían alcanzado casi el 44%, lo cuál supuso un cambio sensible y el pasaje de un partido basado principalmente en Montevideo a otro de verdadero alcance nacional, legitimado en todo el país” (2004: 323). Como las poblaciones de ambas zonas, Montevideo e interior son similares, este proceso llevó a equilibrar la fuerza electoral del FA durante el período.

<sup>98</sup> Este método es útil para el caso uruguayo en la medida que no existen partidos locales, ni tampoco cuartas fuerzas importantes que no sean parte del “bloque desafiante”. Los cambios en el NEP departamental con tendencia hacia el multipartidismo se deben, hasta 1999, únicamente al desarrollo del FA.

los departamentos de competencia multipartidista y en 1999 alcanzan a ser los 19 distritos. De modo, que es a partir de 1994 cuando el FA se desarrolla como competidor relevante en casi la totalidad del territorio nacional<sup>99</sup>. Para la elección del 2004 la cantidad de departamentos con solo dos partidos relevantes asciende a 4, dada la caída estrepitosa del Partido Colorado. En resumen los desafiantes en Uruguay lograron una exitosa nacionalización territorial luego de haber consolidado la capital del país, y comenzando a generar nuevos *bastiones* en el interior.

*Raíces en la sociedad y bases sociales.* El Frente Amplio ha aumentado sus caudales electorales en zonas desarrolladas en términos de actividad económica, industrialización y urbanización<sup>100</sup>. Por otra parte, ha desarrollado fuertes vínculos con los sindicatos de trabajadores integrados en la CNT cuando se formó el FA, y en el PIT-CNT desde la restauración democrática en adelante. Así “los sindicatos han sido un ámbito privilegiado de reclutamiento de militantes y votantes para la izquierda, un ámbito de socialización política de izquierda” (Doglio, Senatore y Yaffé, 2004: 265)<sup>101</sup>. Pero los ámbitos de socialización política de la izquierda que los científicos políticos y sociólogos nacionales han identificado exceden a los sindicatos. El ámbito de socialización destacado ha sido según la familia<sup>102</sup> (Moreira, 2000 y 2004). Esta interpretación pertenece a la misma escuela que explica el crecimiento de los partidos desafiantes por un efecto de “recambio demográfico” (Aguiar, 2000; Canzani, 2000; González y Queirolo, 2000) basado en la constatación empírica de que a medida que pasa el tiempo se van muriendo muchos más votantes de partidos tradicionales que no tradicionales, mientras que cumplen la mayoría de edad para votar muchos más votantes frentistas que de partidos tradicionales. Recientemente, Buquet y De Armas (2004) han probado que esta explicación es algo más parcial que lo que aparentemente se sugería<sup>103</sup>. No obstante, el hecho de que los jóvenes más educados, de las zonas industriales y urbanas, han conformado una base social fundamental para el desarrollo de un partido desafiante exitoso, es una realidad. La “senda del *catch-all party*” que seguiría el Frente Amplio combinada con la lógica coalicional de múltiples fracciones internas (Lanzaro, 2004) para lograr crecer electoralmente comenzaría a diluir la nitidez de sus bases sociales llegada la elección del 2004.

El caso uruguayo muestra el claro camino de un desafío al sistema de partidos basado en una representación política que con bases urbanas, educadas<sup>104</sup> y jóvenes, para comenzar a extenderse manteniendo cautivas a las bases originarias. Las raíces fuertes en la sociedad del partido desafiante son un elemento sumamente institucionalizante del sistema de partidos<sup>105</sup>, donde la emergencia de este actor ha servido como

<sup>99</sup> En el departamento de Rivera, único de formato bipartidista hasta 1994 (NEP = 2.3), el Frente Amplio logró el 9.3% de los votos.

<sup>100</sup> Para un análisis del crecimiento electoral de la izquierda por áreas geográficas ver Buquet y De Armas (2004: 116-119).

<sup>101</sup> Estos autores señalan que las Bases programáticas de la Unidad” aprobadas por el FA en su fundación de 1971, “son un resumen del programa del Congreso del Pueblo, y por tanto de la CNT” (2004: 266-267). La relación del Partido desafiante con la central sindical estuvo signada por una interconexión entre las dirigencias de sindicales y partidarias, “sintonía programática” y “coincidencia táctica”. Desde los cambios ideológicos y programáticos operados en el en el FA a mediados de los noventa (Garcé y Yaffé, 2004) se ha replanteado la “hermandad” ente “sindicatos e izquierda, reforzando las autonomías mutuas pero sin cuestionarla” (Doglio, Senatore y Yaffé, 2004: 269).

<sup>102</sup> Esta explicación está basada sobre la constatación de que los nuevos votantes socializados en familias con padres frentistas tienden a reproducir casi siempre el comportamiento electoral de la identidad de sus padres, y una proporción similar se da entre los jóvenes provenientes de familias multicolor (Moreira, 2000: 99).

<sup>103</sup> Sobre todo el modelo de regresión entre el tiempo y la evolución electoral elaborado por González (1999 y 2000) se acompañó de esta única interpretación sociológica que descuida a otros factores políticos como variables independientes. Buquet y De Armas estiman que el modelo demográfico alcanza a explicar cerca de la mitad (52%) del crecimiento electoral del voto a los partidos desafiantes, y que el resto es necesario comprenderlo mediante la capacidad del Frente Amplio de para moverse paulatinamente hacia el centro del espectro ideológico.

<sup>104</sup> Incluso en 1999, cuando la educación dejó de ser un predictor del voto tan potente como lo era en los ochenta y principios de los noventa (esta constatación me ha sido explicada por Agustín Canzani en Equipos Mori), Constanza Moreira (2004: 50) presenta información de encuestas de opinión pública (realizadas en Equipos, octubre de 1999) en la cual el 22% de los que tienen educación primaria incompleta son simpatizantes frentistas, esta proporción asciende al 37% ente los que tienen hasta tercer año de secundaria, al 44% de los que terminaron educación secundaria y llega al 41% entre los universitarios, cuando en aquel estudio la intención de voto total al Frente amplio era del 37%.

<sup>105</sup> Este fenómeno está emparentado con lo que Yaffé (1999) ha denominado una “tradicionalización en sentido estricto” que refiere a los elementos constitutivos de una identidad y un marco de acción política de la izquierda uruguaya. En conjunto, la idea de “tradicionalización” (Queirolo, 1999; Yaffé, 1999) se construyó en dos sentidos; uno, en parecerse a los partidos tradicionales en términos orgánicos, ideológicos, etc., y dos, en generar una tradición identitaria propia que resúndamente puede expresarse mediante la reproducción de la identidad “frenteamplicista”. Pero las definiciones de “tradicionalización” nada tienen que ver con empezar a compartir un

válvula de escape a la tensión y el conflicto social, para desarrollarse mediante la lucha político-institucional desde la restauración democrática.

*Desarrollo de liderazgos partidarios.* Los partidos desafiantes tienen liderazgos múltiples, fuertes y consolidados. Pero además cuentan con un jefe del partido, a diferencia de lo que sucede con los tradicionales. Desde 1971 el Frente Amplio ha presentado candidaturas únicas al cargo presidencial acompañadas con una cantidad de fracciones efectivas en crecimiento (en 1989: 2.3; en 1994: 3.5; en 1999: 4.8)<sup>106</sup>. Las fracciones son sectores partidarios que cuentan con liderazgos nacionales. En la medida que el Frente Amplio fue ampliando su abanico de opciones ideológicas a través de nuevas fracciones formadas dentro del partido se fueron desarrollando liderazgos políticos de alcance nacional cuya competencia interna no estuvo principalmente orientada al cargo presidencial<sup>107</sup>.

El partido desafiante en Uruguay tuvo dos grandes liderazgos: Liber Seregni (principal fundador del Frente Amplio en 1971) y Tabaré Vázquez (impulsor de primera línea del Encuentro Progresista-Frente Amplio en 1994). El primero fue candidato a la presidencia de la República en 1971, 1984 y 1989. El segundo, luego de haber sido Intendente de Montevideo entre 1990 y 1994, fue candidato a la presidencia en 1994, 1999 y 2004, cuando finalmente ganó la elección asegurándose además mayorías parlamentarias en ambas cámaras.

Si algo ha caracterizado al desafío partidario en Uruguay es la multiplicidad de líderes y cuadros políticos que los sustentaron en el marco de estructuras orgánicas también fuertes. Los liderazgos no han estado por encima de la organización, sino que han ejercido su poder para fortalecerla.

*Nuevo clivaje de competencia interpartidaria.* La irrupción de un partido desafiante implicó el desarrollo y la implantación de un clivaje de competencia muy definido: izquierda-derecha. Unas de las formas de comprender el éxito de los partidos desafiantes es su capacidad para imponer un nuevo clivaje de competencia interpartidaria, o bien sustituyendo anteriores o bien generándolos donde no se habían desarrollado. Como las formas de representación política definidas son las que dan lugar a la emergencia de partidos desafiantes, estos no pueden emprender una competencia ajena a su *representación* más importante. Es por ello que la definición de *izquierda* que emprendió el Frente Amplio desde su inicio, aunque pudo haberse moderado, no ha sido modificada hasta hoy<sup>108</sup>. La definida representación política que emprende el partido emergente, cuando se consolida y tiene éxito, obliga a los partidos del statu quo a quedar en la *derecha*, por más que los mismos renieguen de esa posición, o incluso, desestimen a la izquierda y la derecha como identificaciones políticas válidas. En síntesis, el

---

statu quo en el sistema de partidos traducido en una relación privilegiada con el poder central del Estado, al menos esto es así hasta el año 2005. Más bien, los estudios sobre la "tradicionalización" del Frente Amplio son un importante indicio para concebir al principal partido desafiante en Uruguay como un partido institucionalizado.

<sup>106</sup> (Piñeiro y Yaffé, 2004: 307).

<sup>107</sup> Buquet et al (1999) explican como esta competencia presidencial inter-fraccional ha estimulado el formato de dos fracciones "históricas" en los partidos tradicionales.

<sup>108</sup> Es muy interesante como González sin haber desarrollado nunca un concepto de "partido desafiante", diferencia claramente las fronteras de la dimensión ideológica (posicionada en la izquierda) del rol "desafiante" que los partidos políticos y su electorado pueden asumir (que además del FA se encuentra el Nuevo Espacio en 1994 y 1999). Así "en 1971 casi toda la izquierda uruguaya era «desafiante», y a la inversa: la gran mayoría de los desafiantes (en total el 18 % del electorado) se veían a sí mismos a la izquierda. Si esto siguiera siendo cierto en 1994, y en los mismos términos, entonces la izquierda electoral uruguaya se hubiera multiplicado por dos. Como esto no ocurrió el electorado «desafiante» cambió. La mayoría de la izquierda seguramente sigue siendo «desafiante», pero ahora buena parte de los desafiantes no se ven a sí mismos de izquierda. El electorado «desafiante» crece porque (como efectivamente lo muestran las encuestas) comienza a conquistar parte del centro e incluso a una parte del electorado ajeno a la política que ni siquiera reconoce los términos «izquierda» o «derecha»" (González, 1999: 18). Caben hacerse dos aclaraciones. Una, que la atención en el análisis de González está presentada en la opinión pública y el electorado, y no en los partidos mismos como se hace aquí. Esto no invalida el hecho de que ser izquierda y ser desafiante son cosas diferentes tanto para electores como para partidos. Dos, si la evolución de la opinión pública es como la que presenta González un partido desafiante de izquierda puede representar a electores que se ubican más al centro de lo que el partido efectivamente está. Comprando la autoidentificación ideológica en opinión pública (datos Equipos Mori, en Canzani, 2000: 241) y los resultados electorales (lo ideal serían sobre votos totales, dado que los votos válidos generan una pequeña distorsión), se extrae que en 1989 el 25% del electorado se autoidentificaba como de centro-izquierda mientras que la votación de los partidos desafiantes era del 30.2%. En 1999 el 26% se autoidentificaba de centroizquierda y la votación de los desafiantes era del 45.7%. De modo que la senda del partido "catch all" ha sido posible gracias a una moderación de la izquierda pero además, gracias a la compatibilidad entre una clara definición de izquierda en términos de representación política, con el crecimiento electoral entre ciudadanos de diferente signo. Esto muestra como los desafíos a medida que son exitosos, también se van diluyendo.

clivaje izquierda-derecha en Uruguay llegó con la emergencia del desafiante y parece tener una larga vida en el futuro.

*Inclusión en la dinámica del sistema de partidos.* La inclusión del partido desafiante en Uruguay estuvo coherentemente marcada por el eje de competencia ideológico izquierda-derecha, y los procesos de moderación competencia por el “centro”, lo que ha acercado en numerosas situaciones a *todos* los partidos del sistema. No obstante, la fluidez de las relaciones entre los partidos desafiante y los partidos del statu quo ha sido escasa. La inclusión del desafío en el sistema de partidos generó la normalización de la competencia bipolar electoral y de la gestión de gobierno versus la oposición<sup>109</sup>. Las coaliciones de gobierno entre partidos del statu quo “procuraron incorporar al segundo partido como un todo” y “fueron coaliciones conectadas en términos ideológicos” (Chasqueti, 2000: 87). Por otra parte, la emergencia del partido desafiante no solo impactó en transformar el bipartidismo al multipartidismo, sino que su exitoso camino llevó a generar acuerdos cada vez más consolidados entre los partidos del statu quo para la formación de coaliciones. Daniel Chasqueti en su estudio sobre la formación de los gobiernos entre 1985 y 1999, concluye que “la coalición de Sanguinetti [1995] fue mucho más sólida y duradera que la de Lacalle [1990] y eso tiene en principio dos respuestas muy claras: a) presencia de un tercer competidor con chance de ganar la elección nacional; b) nuevas disposiciones institucionales aprobadas por la reforma constitucional”<sup>110</sup> (2000: 88). El clivaje de competencia ideológico que se imprime con la representación política de los desafiante de exitosa institucionalización, llevó a que la coaliciones también fueran institucionalizando y representando acuerdos destinados a fortalecer y estabilizar las pautas de competencia bipolar, así como sus actores.

Los partidos del statu quo demostraron importantes capacidades de supervivencia en comparación con el caso venezolano o el caso colombiano. El estilo de gobierno de coalición gobernante políticamente coherente, los niveles de disciplina comparativamente altos con otros partidos *tradicionales* del continente, la capacidad de generar, a través del “ciclo político” (Buquet et al, 1999, Chasqueti y Moraes, 2000), una fuerte competencia interpartidaria dentro del subsistema de partidos del statu quo, así como las estructuras de liderazgos fuertes, han sido todos factores que contribuyeron a mantener raíces sociales tradicionales (aún dentro de un electorado en franco decrecimiento), pero sin llegar a des-institucionalizarse durante el período de realineamiento partidista. Hacia la última elección, el Partido Colorado ha mostrado deficiencias importantes en algunos de estos elementos, sobre todo en que la dimensión organizativa del partido estuvo debilitada por una competencia de viejos liderazgos, más que de fracciones partidarias. En síntesis, el caso uruguayo muestra que el partido desafiante se integra con éxito al sistema de partidos preexistente, ocupando un lugar definido, con una oposición fuerte y sin realizar coaliciones de gobierno, con un modelo de representación propio y eficaz, imprimiendo un nuevo clivaje en la competencia interpartidaria y logrando institucionalizarse antes de alcanzar el poder y entablar relaciones más fluidas con los partidos del statu quo. El proceso fue un claro realineamiento partidario y electoral que sufrió el sistema de partidos. Queda por verse, si los partidos tradicionales continuarán un juego cooperativo en su relación con el Frente Amplio, o si por el contrario serán víctimas del dilema del prisionero para enfrentar a la izquierda<sup>111</sup>. De algún modo, las posiciones de *desafiante* y *statu quo* comienzan a diluirse con la rotación de las élites en el poder. Pero lo queda bastante claro es que el sistema de partidos uruguayo logró transformarse a sí mismo para mantener ciertos niveles de institucionalización (o incluso aumentarlos) y su capacidad de representar a la sociedad sobre la cual están erigidos en un contexto histórico sumamente adverso para las democracias de partidos. Resulta sugerente, que a pesar de tantas transformaciones, luego de la reciente victoria electoral del *partido desafiante*, el Uruguay seguirá sin ser gobernado por partidos que no sean *tradicionales*.

<sup>109</sup> Jorge Lanzaro (2000) desarrolla esta idea.

<sup>110</sup> La reforma constitucional de 1996 estableció que el Presidente tiene la facultad de declarar en crisis al Gabinete por falta de apoyo parlamentario y remover a todo el personal político integrante de la coalición. Esto estimuló la acción conjunta de los partidos para instrumentar la salida de la coalición. Así también lo hizo el Partido Nacional en el tercer año de gobierno de Jorge Batlle luego de decidir en el Directorio el retiro de los ministros blancos del gabinete. La otra disposición importante fue el balotaje que estimuló un acuerdo pre-electoral de los partidos del statu quo en las elecciones de 1999.

<sup>111</sup> Hasta ahora, el Frente Amplio ofreció a blancos y colorados participar en el gabinete de gobierno, pero ambos han decidido no tener ministros en el gobierno. De todos modos, sí participarán en los Entes Autónomos, dado que el Frente Amplio no puso como condición la participación en un gobierno de coalición para ocupar cargos en los Entes.

## 5. Sistemas con partidos desafiantes fracasados: Argentina, Colombia y Venezuela.

En este capítulo intentaré desarrollar brevemente las trayectorias que recorrieron los partidos desafiantes en Argentina, Colombia y Venezuela. Adicionalmente, se delimitan los efectos que esas trayectorias tuvieron sobre el sistema de partidos en cada uno de estos tres países. En términos generales, las peripecias políticas de los desafiantes en Argentina, y Colombia contribuyeron a disminuir la institucionalización del sistema de partidos. En Venezuela, en cambio, la crisis de los partidos del *statu quo* y el fracaso de los desafiantes condujeron a algo mucho más grave que la desinstitucionalización, produjeron la destrucción del sistema de partidos.

Los casos analizados en este capítulo habían sido catalogados a inicios de los noventa como “institucionalizados”, o en medio camino hacia la institucionalización para el caso argentino (Mainwaring y Scully, 1996: 1-28). Veremos como el doble juego de partidos del *statu quo* y partidos desafiantes generó condicionantes para la evolución política de estas democracias.

### 5.1. El Frente Grande / Frepaso en Argentina (1993-2001)

La alternancia *entre* partidos y presidentes electos mediante el voto popular en Argentina se dio por primera vez en la historia en 1989, cuando el presidente radical Raúl Alfonsín transfirió el mando al electo por el Partido Justicialista Carlos Saúl Menem<sup>112</sup>. La UCR y el PJ conformaban, hasta la emergencia del Frente País Solidario (Frepaso) en 1995, el núcleo de un sistema bipartidista (Jones, 2002: 218; Abal Medina, 2000)<sup>113</sup>. Este núcleo tradicional vivió durante los años noventa un “franco declive” que pesó sobre todo en la caída de votaciones del radicalismo (Jones, 2002: 218-223), lo que puede observarse en el Gráfico 5.1.1 en forma agregada y en el Cuadro 5.1.1. la evolución por partido (ver en el anexo). Existen un conjunto de factores que indican que la UCR y el PJ representaban desde el inicio de los noventa a los partidos del *statu quo* político dentro del sistema<sup>114</sup>. En primer lugar, ambos son partidos tradicionales de considerable antigüedad con períodos de gobiernos hegemónicos durante el siglo XX. En segundo, lugar cuando empieza la década del noventa ambos partidos ya habían alternado en el gobierno luego de la dictadura militar (1976-1983). En tercer lugar, crearon una dinámica de negociación interpartidaria reconociéndose como gobierno y oposición legítima que los llevó a aprobar juntos transformaciones tan importantes como la reforma constitucional del 1994<sup>115</sup>. En cuarto lugar, la polarización ideológica de ambos partidos se volvió más pequeña, hasta el punto en que la campaña de 1991 se caracterizó por un discurso político similar en materia de políticas económicas donde la UCR y el PJ compitieron por los mismos votos del centro del espectro político (Abal Medina, 2000: 9; McGuire, 1996) y provocaron que los resultados

<sup>112</sup> El radicalismo (1916-1930) y el peronismo (1946-1954 y 1973-1976) fueron movimientos hegemónicos. Sin embargo, Juan Manuel Abal Medina (2000) sostiene la tesis de que sí existió un sistema de partidos estable de tipo “bipartidista, predominante y polarizado” con competencia “cerrada y predecible” durante los períodos de poliarquía. Su posición da vuelta el argumento del movimientismo de carácter hegemónico para tomarlo como un patrón de estabilidad característico de ambos partidos (UCR y Peronismo) que dio forma a la estructura de la competencia, aunque paradójicamente haya conspirado contra la estabilidad poliárquica.

<sup>113</sup> James McGuire (1995: 186) asume que algunas reglas electorales como el sistema proporcional, la elección indirecta de senadores y el federalismo han privilegiado lógicas multipartidistas, que operan en contra del bipartidismo favorecido por la “división clasista” preponderante, el sistema presidencial y las elecciones simultáneas presidenciales y legislativas. Sostiene McGuire que “dado el equilibrio de imperativos, no sorprende que el sistema de partidos argentino se sitúe entre los dos tipos: bipartidario y multipartidario”.

<sup>114</sup> A estos dos partidos se agrega la Unión Centro Democrática (UCeDé) que ocupaba un lugar similar al PJ en la competencia interpartidaria.

<sup>115</sup> La reforma constitucional de 1994 fue el resultado político de un pacto entre los partidos del *statu quo* (UCR y PJ), especialmente entre sus principales líderes, Raúl Alfonsín y Menem. El 14 de noviembre de 1993, luego de una serie de reuniones secretas, Alfonsín y Menem firma un acuerdo que fue bautizado como el “Pacto de Olivos”. Menem recibía la posibilidad de la reelección a cambio de una serie de reformas adicionales “que Alfonsín creía que limitarían el poder del presidente, beneficiarían a la UCR, y devolverían a Alfonsín un rol más prominente en la política argentina”. El líder radical tuvo que enfrentar arduas divisiones dentro de su partido para asegurar el apoyo a Menem en la Asamblea Constituyente, con el objetivo de lograr otras reformas para ser una oposición con más poder en la legislatura siguiente dado que la UCR no tenía chances de ganar la elección. Finalmente el Núcleo de Coincidencias Básicas y otros agregados fue aprobado y puesto en vigencia en la nueva carta el 24 de agosto de 1994. Fue ciertamente una estrategia sumamente conservadora de ambos partidos.



electorales sean más el reflejo del rendimiento económico (McGuire, 1996: 181-182) que la combinación de capacidades representativas definidas de los partidos y sus raíces en la sociedad<sup>116</sup>.

Todas estas características del sistema de partidos argentino modelaron una dinámica de competencia conservadora entre los dos grandes, que luego de la reforma constitucional serán desafiados, aunque sin éxito. Hacia comienzos de la década del noventa la UCR era un partido sumamente deteriorado por su gestión el gobierno y la salida de Raúl Alfonsín en 1989<sup>117</sup>, y el PJ y la UCeDé habían encarnado un discurso encaminado hacia las reformas neoliberales<sup>118</sup>. Según McGuire (1996: 189) “muchas clases sociales argentinas han evitado usar a los partidos como vehículos para la representación de sus intereses” optando por sus organizaciones sectoriales propias para presionar sobre el ejecutivo.

Finalmente, una serie de autores se han referido al caso argentino durante los ochenta y especialmente los noventa, como una democracia que atraviesa una “crisis de representación” (Mocca, 2004; Pousadela, 2004; Cavarozzi y Casullo, 2002) combinada tal vez, con una “metamorfosis” de los formatos representativos clásicos (Pousadela, 2004) mostrando tendencias de “reoligarquización” (Roberts, 2002), o transformaciones hacia los “partidos cartel” (Katz y Mair, 1995). Estos procesos abrieron el espacio para la emergencia de nuevos actores desafiantes que cubrieran espacios de representación política más definidos, pero simplemente abrieron el espacio, no lo aseguraron.

Analizaré en esta sección el caso de la emergencia del Frente Grande/ Frepaso, sus principales características y su fracaso.

Más allá del debate sobre las causas de la emergencia del Frente Grande y luego del Frepaso en Argentina<sup>119</sup>, aquí se circunscribe ese fenómeno del mismo modo que sucedió en muchos países latinoamericanos con partidos desafiantes. El cambio de época caracterizado por las transformaciones sociales, económicas y políticas de los ochenta y noventa obligó a los sistemas de partidos a transformarse para adaptarse a un nuevo medio ambiente. Los partidos argentinos del statu quo perdieron su capacidad de monopolizar la representación política en su afán por conservar el poder del gobierno y del estado, uno, y poder de la oposición, otro, aún pagando costos inesperados.

*Tipo de crecimiento electoral.* Desarrollando un proceso que se repite para otros partidos desafiantes, en abril de 1993 nace el Frente Grande, fue integrado por desprendimientos del peronismo y de partidos tradicionales de izquierda comunista y socialista<sup>120</sup>. Las elecciones de ese año tuvieron dos ganadores y un perdedor: los

<sup>116</sup> McGuire (1996) destaca en la campaña de 1983 ambos partidos subrayaron el papel del estado como defensor de la industria nacional, mientras que en 1989 el peronismo reafirmó los aspectos del viejo modelo de desarrollo nacionalista mientras que el radicalismo que llevó adelante la candidatura de Eduardo Angeloz se volcó algo más hacia el discurso del libre mercado. Menem comenzó a implementar políticas más similares a las que proponía la UCR de Angeloz que las que caracterizaron su propia campaña. En 1991 había cierto consenso de ambos partidos hacia las políticas liberalizadoras, más allá de las críticas de los radicales al estilo “severo” de Carlos Menem. Esto dejó claramente un vacío ideológico y sobre las políticas públicas en la representación del sistema de partidos argentino de cara a la década del noventa.

<sup>117</sup> Según Mark P. Jones (2002: 214) la administración de Alfonsín enfrentó dos desafíos mayores: el crecimiento y la estabilidad económica, y la normalización de las relaciones con los militares. Si bien consiguió éxitos parciales en ambos campos, los últimos dos años de su mandato se caracterizaron por la hiperinflación en el plano económico y los levantamientos militares en 1987 y 1988. El PJ derrotó cómodamente al candidato de la UCR Eduardo Angeloz, y Menem asumió cinco meses antes su mandato a causa de la crisis política y económica que vivía el país.

<sup>118</sup> McGuire sostiene que “no había ningún partido principal que representara a la gente de clase media-baja, los jubilados, la agricultura e industria nacional, los trabajadores industriales del sector privado ni tampoco a los empleados públicos” (1996: 191).

<sup>119</sup> Mientras que Abal Medina interpreta al Pacto de Olivos como un fenómeno que dejó un “espacio vacante” ocupado por el Frente Grande, Marcos Novaro y Vicente Palermo (1998) argumentan que la centroizquierda emergió como producto de la institucionalización que tuvo el peronismo durante el período de la “renovación” llevada adelante por Cafiero (en el sentido de dejar de ser un movimiento de pretensiones hegemónicas), así como la inclusión del aparato partidario durante el gobierno de Menem para sustentar el apoyo a las reformas. Ambos autores discuten que la principal explicación de la emergencia de la centroizquierda sea la crisis de representación de los partidos tradicionales. Sin embargo, McGuire (1996) sostiene que, al menos en su primer mandato, Menem revirtió la tendencia hacia la institucionalización del PJ, marginando la organización del ejercicio del gobierno en la designación de cargos, retomando el “plebiscitismo”, y relegando al partido como un interlocutor válido con sectores sociales organizados como los sindicatos.

<sup>120</sup> Fueron desgajamientos del ala renovadora del PJ: El Movimiento Renovador Peronista (MRP) liderado por Carlos “Chacho” Álvarez que (integraba el “Grupo del Ocho” en el PJ) y que funda el MEDEJUSO, un proto-partido fuera del peronismo. Otro del Grupo de los Ocho fue el diputado Carlos Brunati que constituye el Encuentro Popular. Para las elecciones de renovación de cámaras de 1991 el grupo de Álvarez forma el FREDEJUSO al incluir al Partido Intransigente de donde provienen Carlos Ayuero y Graciela Fernández Meijide. La

primeros son el PJ a nivel nacional y el Frente Grande de Carlos "Chacho" Álvarez y Graciela Fernández Meijide (que mantuvieron sus bancas), mientras que la UCR de De la Rúa había sido desplazada por primera vez desde 1973 del primer lugar en la Capital Federal. Luego, en las elecciones para la Convención Constituyente de 1994 la dinámica de la competencia interpartidaria había llevado a que las dos oposiciones al partido de gobierno (el PJ) se disputaran elecciones a nivel local palmo a palmo en zonas como la Capital Federal. Mientras que una parte de la oposición era un partido del statu quo en plena decadencia, la otra era una desafiante fuerza política con problemas de organización interna y estructura débiles que encarnaba la representación de la política "moral" en contra del "pacto bipartidista" y la corrupción (Abal Medina, 1998: 11). Sin embargo, el discurso contra la política de ajuste desarrollada por el menemismo y la estrategia inicial del "frente social" apuntada a los sectores excluidos del modelo económico (Novaro y Palermo, 1998: 99) fue quedando de lado para comenzar un rápido proceso de moderación política e ideológica<sup>121</sup> que precedieron a acercamientos con líderes de la UCR y del peronismo para la formación del Frente por un País Solidario (Frepaso) en 1994<sup>122</sup>. El ascenso meteórico, lo cual terminó siendo más un problema que una solución, seguiría dando sorpresas. El Frepaso realizó una interna para la designación del candidato presidencial a las elecciones de 1995 y el ganador no fue "Chacho" Álvarez, sino que fue el recién llegado Bordón<sup>123</sup>. Como muestra el Cuadro 5.1.2. (ver anexo) el Frepaso deja en un inédito tercer puesto a la UCR y Carlos Menem es reelecto por cuatro años más.

El fracaso del partido desafiante en Argentina no fue tan vertiginoso como en Colombia, no obstante, muchos han llamado al Frepaso un *flashparty*. En 1996 hay dos sucesos importantes para el nuevo partido: la escisión de Bordón y un nuevo enfrentamiento con la UCR en la elección para la intendencia de la capital, donde Fernando De la Rúa por el radicalismo supera en votos a Fernández Meijide. Al año siguiente se debía competir en la elección de renovación parlamentaria<sup>124</sup>. Nuevamente a pocos meses de una importante competencia electoral el Frepaso entra en negociaciones para agrandar su fuerza electoral. Mediante un acuerdo con uno de los partidos del statu quo, la UCR, se decide la formación de la Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación<sup>125</sup>. Este acuerdo impulsado un por sentimiento anti-menemista y por una apresurada intención de alcanzar el gobierno, significó el comienzo del fin del Frepaso como partido desafiante. En ese momento, como ilustra el modelo que se propone aquí, el nuevo partido aborta el desafío que había encarnado vulnerando las principales características de su representación política así como su identidad —aún en plena construcción—.

También es abortado el proceso de institucionalización del Frepaso, debilitando su etiqueta partidaria, subsumiendo sus liderazgos a una fuerza mucho más grande que los vuelve *confusos* y asimilándolos a las tradiciones radicales aunque en verdad no lo fueran. Incluso, el aparato institucional de la UCR fue era mucho más potente que el que recién había comenzado a desarrollar el Frepaso, lo cuál fue erosionando las capacidades de competencia en la nueva interna aliancista. Por otra parte, la UCR había sido el principal competidor del

---

otra parte del peronismo escindido se presenta como Frente Popular liderado por Brunati y llevando en el primer lugar de la lista al progresista Norman Briski. Paralelamente en la Provincia de Bs. As. se aglutinaron pequeños grupos en torno al hijo de Cafiero (Juan Pablo Cafiero) y Saúl Ubaldini. Los resultados de aquella elección no mostraron cambios en el dominio electoral que tenían la UCR y el PJ, pero establecieron el primer paso para la formación del un nuevo partido desafiante. Chacho Álvarez lideró la unificación de la centroizquierda durante los próximos años. Apoyó al Partido Comunista y al Partido Socialista una candidatura ajena a sus intereses para las elecciones por un senados de la Ciudad de Buenos Aires, de la cuál salió victorioso el candidato de la UCR Fernando de la Rúa. Finalmente, las elecciones de 1993 obligaban a la centroizquierda a unificarse definitivamente. En ese mismo año se formó el Frente Grande que incluyó a los grupos mencionados anteriormente algunos pequeños adicionales (Para una descripción más detallada ver Abal Medina, 1998).

<sup>121</sup> Este proceso comenzó a erosionar el desarrollo del nuevo partido desafiante. Le implicó perder bases sociales organizadas claves para su desarrollo e institucionalización futura, como sindicatos estatales (ATE) que habían llegado a renunciar a llamarse "peronistas" (Abal Medina, 1998: 15).

<sup>122</sup> Además del Frente Grande, se sumó Bordón que había abandonado el PJ ese mismo año, los socialistas que habían desertado un tiempo antes y vuelven a este espacio político, y desprendimientos menores de la UCR como el ex-canciller de Alfonsín Dante Caputo.

<sup>123</sup> La dirigencia del Frente Grande daba una vez más muestras hacer crecer la fuerza al costo de asumir grandes riesgos. La vocación de poder, o más bien, el anti-menemismo fue más importante que conservar el dominio del fortalecimiento de la estructura partidaria y el control sobre las candidaturas.

<sup>124</sup> El Frepaso había decidido impulsar a Fernández Meijide como primera candidata en la Provincia de Buenos Aires, gobernada por el candidato presidencial más fuerte que tenía el PJ: Eduardo Duhalde (Abal Medina, 1998: 20).

<sup>125</sup> Lo más importante del acuerdo fue que "Chacho" sería candidato para la capital bonaerense y Meijide para la provincia de Bs. As., mientras que la fórmula presidencial sería electa mediante una interna abierta entre los dos partidos.

Frepaso en los distritos donde este último se había desarrollado electoralmente. La disputa por un “segundo lugar” luego del peronismo había sido ganada con éxito por el desafiante ya en 1995, e incluso parecía dar muestras de que el sistema de partidos argentino estaba multiplicando sus clivajes tradicionales para presentar nuevos ejes de competencia (Abal Medina, 2000: 12).

El modelo de este trabajo procura destacar que una coalición electoral o gubernamental de un partido desafiante con un partido del statu quo es suficiente *causal de muerte* del desafío y por tanto del partido. Como muestra el Gráfico 5.1.1. (ver anexo) la evolución electoral del Frente País Solidario y luego la Alianza, cae estrechamente en la primera elección para la renovación de las cámaras en el 2001.

Las fracturas interelitistas que dieron lugar a la aparición del Frepaso en 1995 condujeron, luego de la formación de la Alianza, a un fenómeno que no se registra entre los partidos desafiante exitosos: el hecho de que la élite fracturada y fundadora de un nuevo partido opositor retorne a coaligarse con uno de los partidos del statu quo y al espacio político del cuál desertó<sup>126</sup>. Esta peripecia ha herido de muerte al Frente País Solidario mucho tiempo antes del estallido social y la crisis política del 2002 en el gobierno de De la Rúa<sup>127</sup>.

El crecimiento electoral del Frente Grande/ Frepaso fue autónomo en un inicio (aunque continuamente estuvo anexando grupos y líderes políticos) y a partir de 1997 fue claramente un crecimiento por coalición.

*Posición parlamentaria.* El Frepaso se mantuvo siempre en el plano de la oposición hasta que la Alianza ganó las elecciones de 1999 y el nuevo gobierno asumió en el 2000. No obstante, desde la formación de la Alianza para las elecciones de renovación de las cámaras en 1997 el Frepaso estuvo en la oposición pero coaligado con uno de los partidos tradicionales.

*Disciplina de la bancada parlamentaria.* Los estudios sobre la disciplina parlamentaria en el sistema de partidos argentinos centran su atención sobre el PJ y la UCR. En base a estos dos partidos se ha dicho que Argentina es caso de alta disciplina partidaria en términos comparativos (Mustapic y Goretti 1992; Jones: 2002). Para los dos partidos mayores, la disciplina relativa (porcentaje de legisladores que votan con la mayoría su partido) y la disciplina absoluta (porcentaje de miembros del partido presentes en sesión que votan con la mayoría de su partido) es considerablemente alta<sup>128</sup> (Jones, 2002: 155-158). Adicionalmente un estudio sobre coherencia partidista de élites parlamentarias (García Montero y Ruiz Rodríguez, 2001), el Frepaso y la UCR son los partidos que presentan mayores niveles de coherencia (junto con los partidos chilenos) en las tres dimensiones analizadas: “programática-económica”, “programática-actitudinal” e “ideológica”<sup>129</sup> (2001: 28). Es obvio que la coherencia programática e ideológica de las elites partidarias no necesariamente se debe traducir en una disciplina parlamentaria alta. No obstante, podemos suponer razonablemente que en un sistema de los altos niveles de disciplina donde emerge un nuevo partido con altos grados de coherencia programática e ideológica, el nuevo partido también presente una disciplina alta.

*Desarrollo de liderazgos partidarios.* Si bien el FG/ Frepaso tuvo una corta existencia, logró desarrollar liderazgos políticos importantes. Las figuras como Álvarez y Mejjide ya tenían una participación importante en la vida política antes de la formación del Frente Grande. No obstante, ambos se desarrollaron como liderazgos políticos competitivos a primer nivel desde el FG/ Frepaso y no antes.

*Desarrollo territorial nacional del partido.* El Frepaso, como la mayoría de los partidos desafiante, obtuvo sus mayores logros en las ciudades más importantes del país (Buenos Aires y Rosario). Su desarrollo fue inicialmente en la capital del país, allí triunfó en la elección de Convencionales Constituyentes en abril de 1994<sup>130</sup>. Sin embargo y a contrapelo de lo que sucedió con el Frente Amplio, el PT o el PRD, el Frepaso no logró el control

<sup>126</sup> Si bien la mayoría de los componentes importantes del Frente Grande y luego del Frepaso fueron ex-peronistas, también existieron desprendimientos desde la UCR.

<sup>127</sup> La UCR y el Frepaso dieron muestras de no tener un verdadero “programa de gobierno”. En algún sentido fueron mucho más una coalición electoral que una coalición de gobierno (Sobre este punto ver: García Cassatti, 2001). Para una crónica del proceso de la caída del gobierno de la Alianza puede verse Pousadela (2003).

<sup>128</sup> El PJ presenta promedios cercanos al 97% de disciplina relativa y del 72% en disciplina absoluta entre 1989 y 1997. La UCR presenta promedios del 97% de disciplina relativa y de 70% de disciplina absoluta en el mismo período. Ambos partidos se acercan a una mediana del 100% de disciplina relativa.

<sup>129</sup> El Frepaso y la UCR ocupan el 4° y 5° puesto de “coherencia total” en un total de 25 partidos de 10 países latinoamericanos.

<sup>130</sup> Este hecho se dio por los efectos del Pacto de Olivos, el cuál obligó a las elecciones para la Constituyente.

del gobierno de la capital del país<sup>131</sup>. En la elección de 1996 para el Jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires perdió por un importante margen contra la UCR. La comparación con otros partidos desafiantes nos dice que aquella elección era sumamente estratégica para el desarrollo del partido y su devenir. Según Novaro (s/f) la cuestión de la candidatura para competir contra De La Rúa en 1996 no habría afectado las posibilidades máximas del Frepaso en aquel momento.

No obstante, el hecho de que el Frepaso haya conseguido saltar a la política nacional fue gracias a la concentración de electores de al capital del país más alguna otra ciudad importante. Por lo tanto, y afecto de su clasificación, es un partido que alcanzó su desarrollo a nivel *capitalino*.

*Raíces en la sociedad y bases sociales.* De algún modo, el Frepaso contenía algunas de las características fundamentales para desarrollarse con éxito dentro de sistema de partidos, pero esa oportunidad fue desaprovechada<sup>132</sup>. No obstante, el carácter mediático de su gestación política y el rápido crecimiento estimularon bases sociales poco definidas. Los votantes frepasistas se concentraban en zonas urbanas y su arraigo al partido era, lógicamente, débil.

*Instaura un nuevo clivaje de competencia interpartidaria.* Si bien se sucedieron dos elecciones victoriosas de la Alianza frente al justicialismo en 1997 y 1999 (Cuadro 5.1.1. en anexo) el desafío partidario del Frepaso pasó a ser visto cada vez más empañado de una representación política que reflatava el viejo clivaje del sistema de partidos argentino: peronismo/ antiperonismo. Este proceso enterró las posibilidades de renovar la competencia interpartidaria mediante nuevos sustentos de representación política que se habían comenzado a entrever con los desalineamientos electorales tradicionales y un realineamiento hacia las posturas más progresistas del partido desafiante. Además la democracia Argentina se vio sumamente debilitada dado que De La Rúa es el primer presidente que logra culminar su mandato desde 1983, y el sentido de la competencia interpartidaria se difumó para la elección de 2003 (Cuadro 5.1.2. en anexo).

*Inclusión en la dinámica del sistema de partidos.* La inclusión del partido desafiante en la dinámica de negociación y relacionamiento fluido con el resto del sistema de partidos, en el caso argentino, fue claramente mucho tiempo antes de la consolidación o institucionalización del mismo, lo cuál influyó en sus capacidades para desarrollarse *adentro* de la Alianza y para definir un perfil propio.

En síntesis, mientras que el Frepaso se perdió la oportunidad de competir de igual a igual con los partidos del statu quo —e incluso arrebatarles el poder—, el sistema de partidos políticos argentino se perdió una oportunidad histórica para su institucionalización. Las etiquetas partidarias perdieron sus significados políticos (excepto el PJ<sup>133</sup>), los “espacios” ocupados por la UCR y el Frepaso pasaron a ser dominados por proto-partidos o partidos personales (Mocca, 2004)<sup>134</sup>, el pluralismo político volvió a ser una cuestión de la interna peronista<sup>135</sup> y el problema de la representación política quedó sin resolverse incluso después de la tormenta.

## 5.2. La Alianza Democrática-M-19 en Colombia (1989-1994).

La consolidación de un partido desafiante en Colombia también fue un proceso frustrado. Los gobiernos liberales de Virgilio Barco (1986-1990) y César Gaviria (1990-1994) llevaron adelante procesos de negociación con los grupos armados y lograron a fines de los ochenta la desmovilización varias guerrillas, entre ellas el M-19, que abrió el paso a la construcción de un partido de oposición legal de izquierda.

<sup>131</sup> Lo hizo luego de que se formó la Alianza y ganó las elecciones nacionales.

<sup>132</sup> Abal Medina (1997) desataca que los frepasistas habían actuado varias veces por un interés general en lugar del suyo propio *invitando* a forasteros de su partido a integrarlo a bajo costo. Esta interpretación algo idealista, no deja de consistente con la idea de que los líderes del Frepaso no vieron en el desarrollo autónomo de su propio partido lo que el interés general necesitaba de la política argentina en aquel momento.

<sup>133</sup> Sobre la fortaleza y la capacidad que tuvo el Partido Justicialista para enfrentar los “cambios de época” y mostrar fuerte capacidad adaptativa puede verse: Ana María Mustapic (2002); Palermo y Novaro (1996).

<sup>134</sup> Entiéndase por esto el ARI de Elisa Carrió y el grupo de López Murphy, por ejemplo.

<sup>135</sup> Las candidaturas en la elección presidencial de 2003 que presentó el PJ arrastraron el 61% de los votos emitidos con una abstención del 22%. Para aquella elección en “ninguno de los cinco [candidatos] se puede hablar de una estructura partidaria como sostén de las candidaturas” (Mocca, 2004: 92).

Durante el Frente Nacional<sup>136</sup> los partidos tradicionales en Colombia (Partido Liberal, PL; Partido Conservador, PC) fueron apoderándose del estado y comenzando a competir electoralmente desde su dominio de recursos públicos, cerrando la entrada y emergencia de terceros partidos expresivos del conflicto político y social<sup>137</sup>. Si bien Colombia ya tenía una historia de movimientos guerrilleros, en 1965 se fundaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia que “cambiaron la naturaleza de la violencia” en la medida que “la violencia de los años treinta, cuarenta y cincuenta fue iniciada desde adentro del Estado, pero (...) después de los años sesenta ha sido dirigida contra el Estado como parte de la estrategia de la izquierda” (Archer, 1996: 135). La administración del disenso y la canalización del conflicto político no es un monopolio del sistema de partidos desde hace varias décadas en el país, dado que no han sido capaces de solucionar el problema guerrillero. No obstante, sí han dominado por completo la administración de los recursos y toma de decisiones estatales, dado que hasta inicios de la década de 1990, en Colombia se mantuvo un bipartidismo fuertemente consolidado en términos electorales y representación institucional en las instituciones democráticas. A partir de la Asamblea Nacional Constituyente<sup>138</sup> ese predominio comenzó a declinar<sup>139</sup> (ver Gráfico 5.2.1.).

Por otra parte, si bien los partidos tradicionales han sido fuertes por la capacidad de crear y mantener sus propias “subculturas”, también presentan signos de debilidad en sus organizaciones y disciplina partidaria (Archer, 1996: 133). El sistema electoral y la falta de control de los partidos sobre sus propias etiquetas para seleccionar y excluir candidaturas han incentivado la competencia interna, así como las políticas de patronazgo local realizadas por los legisladores (Archer y Shugart, 2002: 122).

*Tipo de crecimiento electoral.* El Movimiento 19 de Abril (M-19)<sup>140</sup> logró un crecimiento electoral muy importante durante 1990. Con la candidatura de Antonio Navarro Wolf en las elecciones presidenciales de abril obtuvo el 12.5% de los votos, “casi triplicando el voto histórico de una candidatura de izquierda” (Archer, 1996: 160). En las elecciones de diciembre para la conformación de la Asamblea Nacional Constituyente obtuvo el 26.8% de los votos, lo que le dio un segundo lugar desplazando a los conservadores a un tercer puesto. De ese modo se convirtió en un tercer partido que podía llegar a quebrar el bipartidismo tradicional<sup>141</sup>. Al año siguiente obtuvo el 10.5% para en elección de Senadores y el 10.1% en la de Diputados<sup>142</sup>. El crecimiento electoral de AD-M19 puede observarse en el Cuadro 5.2.1. y el Gráfico 5.2.1. (en anexo).

<sup>136</sup> El Frente Nacional (FN) instalado en 1958 fue un gran acuerdo de los partidos tradicionales colombianos para compartir la presidencia en forma alternada durante 16 años. El procedimiento se basaba en el control de las candidaturas presidenciales para asegurar el cargo al partido que le correspondía en cada turno electoral. Esta es una práctica enigmática de conservadurismo político, que cerró las puertas a la competencia de terceros actores y aceleró un proceso de “reoligarquización” de los partidos (Roberts, 2003) o una suerte de pacto fundacional del “cartel” (Katz y Mair, 1995) Liberal-Conservador. Hay quienes sostienen que el Frente Nacional despoliticizó el sistema político y partidizó las instituciones mediante el reparto de cargos, y que fue este precisamente el comienzo de una prolongada crisis del bipartidismo (Basset, 2004: 257). En fin oficial del FN fue en 1974.

<sup>137</sup> En este sentido, el Frente Nacional puede ser entendido como uno de los “riesgos por exceso” de determinadas dimensiones de la institucionalización del sistema de partidos (Cavarozzi y Casullo, 2002).

<sup>138</sup> Para la reforma de la Constitución se llamó a elecciones para integrar la Asamblea Nacional Constituyente (ANC), las cuáles fueron realizadas en 1990. Para una descripción del proceso ver Febres-Cordero (1997).

<sup>139</sup> El desalineamiento electoral de los partidos es precedido en el tiempo por desalineamientos de identificación partidaria. Por ejemplo, Hartlyn y Dugas (1999: 274) destacan que durante el Frente Nacional la emigración desde zonas rurales a las urbanas influyó en el declive de la identificación partidaria. En la ciudad de Bogotá, entre 1970 y 1982, la identificación hacia el partido Liberal decayó del 50% al 36%, mientras que los conservadores decayeron del 21% al 19% en el mismo período.

<sup>140</sup> Inicialmente fue un movimiento guerrillero que tomó las armas a partir de que el 19 de Abril de 1970 le fue denegada la presidencia al General Gustavo Rojas mediante un fraude electoral. Rojas era un líder populista de la Alianza Nacional Popular (ANAPO), que se encontraba en una posición ambigua entre la oposición al Frente Nacional y formar parte del Partido Conservador.

<sup>141</sup> El movimiento electoral que había antecedido al AD-M19 en una situación similar de “tercería” luego del PC y el PL fue la Unión Patriótica (UP) que en la elección presidencial de 1986 obtuvo un inédito 5% de votos para ser un partido de izquierda. De haberse desarrollado exclusivamente como una alternativa política legal, la UP pudo haberse transformado en un partido desafiante con chances de éxito. La UP, al ser apoyada por el Partido Comunista Colombiano (PCC) y la por la guerrilla, quedó presa de las represalias contra la lucha armada. Entre 1986 y 1991 más de mil militantes de la UP fueron asesinados por grupos de “autodefensa” y paramilitares privados. Entre ellos, en 1990 murió Bernardo Jaramillo Ossa, su candidato presidencial. Eso le impidió desarrollarse como una oposición eficaz durante el gobierno de Barco (1998-1990) quien había dado paso importantes para la apertura del juego “gobierno-oposición” (Archer y Dugas, 1999: 278-279).

<sup>142</sup> “En sus preparaciones para la elección de 1991, el AD-M19 recurrió más y más a la estrategia de las coaliciones, iniciada por la UP y luego adaptada por los jefes regionales en las primeras elecciones de alcaldes en 1998 y en las elecciones del Congreso en 1990” (Archer, 1996: 160).

El partido desafiante (AD-M19) no realizó coaliciones o acuerdos pre-electorales con ninguno de los partidos del statu quo (PC y PL). Su fugaz crecimiento electoral es clasificado aquí como *autónomo*. Sin embargo, la caída electoral de AD-M19 fue terriblemente abrupta. En las elecciones de 1994 AD-M19 obtuvo el 3.8% de los votos y no llegó al 3% en las elecciones de senadores y diputados. Luego no volvió siquiera a repetir esas cifras.

*Posición parlamentaria.* Si bien mantuvo una independencia de propuestas y ofertas electorales, el M-19 no fue una oposición real durante el proceso de la Asamblea Nacional Constituyente. Compartió una coalición con el Movimiento de Salvación Nacional (MSN) que no funcionó para temas constitucionales de peso y estuvo aliado en temas ideológicos significativos con el Partido Liberal para enfrentar con éxito a los conservadores<sup>143</sup>. Adicionalmente, el *Frente Nacional* no operó como Alianza en la Constituyente (Febres-Cordero, 1997: 40-41), que incluso fue presidida por un colegiado que lo integraba Álvaro Gómez, Horacio Serpa por el Partido Liberal y el propio Navarro Wolf del AD-M19 (1997: 33)<sup>144</sup>.

Por otra parte, Navarro Wolf aceptó entrar al gobierno del liberal Gaviria desde el inicio, ocupando un cargo ministerial. El protagonismo del líder de AD-M19 se vio mucho más ligado al ejercicio de cargos y lugares de poder en la ANC que a una oposición desde afuera del poder estatal. Esto impidió que se desarrollara una bancada parlamentaria de oposición desafiante<sup>145</sup>. En síntesis, entre 1991 y 1994 AD-M19 se encontró más bien compartiendo poder *en* el gobierno que *en* la oposición.

*Disciplina de la bancada parlamentaria.* Durante la Asamblea Nacional Constituyente el grupo "más unido y cohesionado" fue la Alianza Democrática-M19, seguido del Partido Liberal, el Movimiento de Salvación Nacional y el Partido Social Conservador (Cepeda, 1993 citado en Febres-Cordero, 1997: 41). La disciplina del AD-M19 durante la constituyente es un elemento considerable si se tiene en cuenta que el grupo constituía la segunda bancada más grande (19 bancas luego de las 25 del Partido Liberal en un total de 74). No obstante, la falta de información sobre las votaciones parlamentarias de la bancada de AD-M19 durante el gobierno de Gaviria se presenta como un problema para llegar a una conclusión fuerte sobre este punto. Se optará, por definir una disciplina partidaria *media*, dado que es probable que los incentivos a *votar juntos* hayan sido algo menores que en la ANC, en la medida que existieron tensiones entre la participación en el gobierno y posturas de oposición dentro de la bancada, e incluso incentivos a responder a electorados locales de los diputados al estilo de los partidos tradicionales.

*Desarrollo de liderazgos partidarios.* El liderazgo más fuerte que presentaba AD-M19 como candidato para las elecciones presidenciales de 1990 era el de Carlos Pizarro Leongómez. El asesinato del candidato dio lugar a una nueva candidatura que también representó un liderazgo fuerte: Navarro Wolf<sup>146</sup>. De hecho las debilidades de la estructura del M19 llevaron al partido a depender en exceso del liderazgo de Navarro Wolf

<sup>143</sup> Estos son escisiones del Partido Conservador; el Partido Social Conservador, el Movimiento de Salvación Nacional y el Conservatismo Independiente. Para la elección de 1991, la reforma electoral que convirtió la elección al senado en un distrito único nacional hizo que dos listas conservadoras se presentaran bajo nuevas denominaciones: el MSN y la Nueva Democrática de Andrés Pastrana.

<sup>144</sup> Debe anotarse que la mayor parte de la nueva carta fue aprobada por consenso, y lo que no, por coaliciones transitorias (Febres-Cordero, 1997: 42). Básicamente el no existieron mayorías y minorías sistemáticamente enfrentadas, y cuando las hubieron, el AD-M19 estuvo más bien de lado de las primeras.

<sup>145</sup> Según la interpretación de Febres-Cordero (1997: 355) "la principal causa de la debacle, se encuentra en la actitud política del movimiento, como quiera que lejos de asumir una actitud opositora y contestataria frente al gobierno, terminó adoptando los métodos y procedimientos políticos de los partidos tradicionales", y continúa, "la organización Alianza Democrática - M19 fue rápidamente clientelizada y aburguesada (...) ya nadie quería estar en la Cámara (...) todos aspiraban al Senado de la República". Ello se combinaba con la "falta de reglas para dirimir conflictos internos" y el olvido de los electos congresistas de que el "voto de opinión radicaba en la fortaleza política del movimiento". Acorde a lo que aquí se plantea, Febres-Cordero sentencia que "no tenía sentido formar parte del Gobierno si pretendía convertirse en un movimiento verdaderamente alternativo. Ingresar era tanto como dejar en la espiral y retórica populista la razón de su lucha". Así el accionar de la bancada terminó desfigurando a AD-M19: "toda vez que lejos de adelantar tareas propiamente fiscalizadoras o de asumir actitudes contestatarias frente a las políticas gubernamentales, de acuerdo a las expectativas generadas, tuvo que contentarse con la enfermiza neutralidad que deja el silencio. Sus congresistas terminaron asimilando las prebendas del poder".

<sup>146</sup> "... resultó ser un político de excepción que congraciaba a sus críticos repudiando enfoques doctrinarios de la política y apoyando una agenda socialdemócrata moderada" (Archer, 1996: 160).

(Archer, 1996: 161). No obstante, el M-19 y luego la Alianza Democrática M-19 se destacó por ser un movimiento político con capacidad para generar liderazgos en forma relativamente fluida<sup>147</sup>.

*Desarrollo territorial nacional del partido.* El M-19 durante los años setenta y ochenta se había caracterizado por ser el movimiento guerrillero con mayor presencia en el accionar urbano<sup>148</sup>. A pesar de ello, Ronald Archer (2002) presenta información para la elección de 1991 donde la lista a senadores de la Alianza Democrática-M19 no obtuvo más del 15.2% del total de los votos del partido en ningún departamento (ver Cuadro 5.2.2. en anexo). A pesar de los magros resultados electorales de la Alianza Democrática-M19 en 1994, los mismos mostraron una dispersión importante de sus votos en los departamentos del país (ver Cuadro 5.2.3. en anexo). La evidencia sugiere una cierta dispersión territorial del apoyo a AD-M19. El partido no se desarrolló en una capital o centro urbano concentrando allí una proporción abrumadora de sus votos, para luego emprender un crecimiento nacional o regional como fue el caso de otros partidos desafiantes. No obstante, esta situación representó una oportunidad para desarrollar proyectos legislativos y oposiciones parlamentarias en temas de alcance nacional, lo cuál significaba en aquel entonces, desarrollar una forma de representación menos tradicional (Archer, 2002: 169).

*Raíces en la sociedad y bases sociales.* El M-19 se volvió popular como un movimiento guerrillero no tan extremadamente violento, como lo pueden ser las FARC o el ELN. El accionar del M-19 tuvo origen en una reacción hacia el fraude electoral, lo que era trasladable a una oposición mucho más extensa al modo de hacer política y de representar de los cuestionados partidos tradicionales. No obstante, en las elecciones de 1990 captó votos del *descontento* más que de una tradición en la sociedad como partido político. Pro lo tanto, resulta razonable pensar que sus raíces eran bastante débiles o inexistentes (sobre todo en comparación con las que mostraron históricamente el PL y el PC).

*Instaura un nuevo clivaje de competencia interpartidaria.* Uno de los ejes importantes de competencia interpartidaria en Colombia había sido el binomio Iglesia-Estado, entre otros. El Partido Conservador tendió a alimentar la estrecha cooperación entre la Iglesia y el Estado, impulsaron el proteccionismo y una administración central fuerte, mientras que el Partido Liberal tendió a la separar la Iglesia del Estado, defender el federalismo (o descentralización) e incentivar las políticas económicas librecambistas (Hartlyn, 1998: 198). No obstante, el clivaje izquierda-derecha no había sido tradicionalmente fuerte en la competencia dentro del sistema de partidos, aunque sí en el sistema político<sup>149</sup>. Cuando el AD-M19 irrumpe en la vida electoral colombiana constituye, en forma inédita, el desafío de izquierda socialdemócrata cuya expresión electoral fue la más importante en la historia del país. El temprano fracaso del AD-M19 y su accionar en el gabinete de Gaviria, llevó a que nunca llegue a consolidarse un clivaje de este tipo en la política de partidos de Colombia.

*Inclusión en la dinámica del sistema de partidos.* Como sucede con los partidos desafiantes fracasados por abortar su identidad opositora, la Alianza Democrática - M19 persiguió una integración demasiado temprana en con los demás partidos del statu quo para compartir el Estado y el Gobierno. Si bien su origen fue el de una oposición antisistema, estuvo muy ligado a la cuestión electoral y la reacción contra el fraude. Cuando regresó a la competencia "legal" capitalizó en las elecciones de 1990 su popularidad y su identidad política creada desde la

<sup>147</sup> Debe tenerse en cuenta que las matanzas que sufrieron los cuadros del M-19 fueron más que importantes, lo cual pudo haber erosionado las bases de generación de liderazgos, sin embargo no fue así. Por ejemplo, en 1985 el M-19 tomó el Palacio de Justicia en el marco de una operación de guerrilla urbana. El rescate de los rehenes de la Suprema Corte significó la matanza de todos los integrantes del M-19 en esa operación (Hartlyn y Dugas, 1999: 277).

<sup>148</sup> Alfonso Lessa (2002) enfatiza en que en el caso colombiano, las guerrillas "persistentes (...) lograron su desarrollo en base a una actuación esencialmente rural" mientras que el medio urbano les sirvió "como apoyo y eventual escenario de acciones concretas, espectaculares, destinadas sobre todo a la propaganda política". Sin embargo, el M-19 fue la más urbana de las guerrillas colombianas relevantes, dado que en el momento de toma de las armas del M-19 y "con el campo ya ocupado por previos profesionales de la violencia (...) las operaciones rurales eran menos atractivas que las urbanas" (Malcom Deas, 1999, citado en Lessa, 2002: 40).

<sup>149</sup> La expresión política de la izquierda se desarrolló con más fuerza fuera del sistema de partidos. Jonathan Hartlyn afirma que, con cierta ironía, luego del Frente Nacional y "con la vuelta de elecciones competitivas, los movimientos de oposición encontraban más difícil ganar representación electoral, del mismo modo que los partidos tradicionales eran cada vez menos capaces de canalizar la disidencia. La ausencia de una oposición electoral efectiva condujo al crecimiento de una oposición no electoral: las organizaciones sindicales más militantes, huelgas y movimientos ciudadanos en relación con problemas como la escasa dotación de servicios públicos, y violencia guerrillera" (1998: 213).

guerrilla en votos. Pero su actuación demasiado ligada a los acuerdos consensuales con los demás partidos del statu quo, así como Alianzas con el Partido Liberal en determinados momentos de la constituyente, dejaron entrever que AD-M19 podría ser “más de lo mismo”. Seguidamente, formó parte del gobierno, lo que hace pensar que a lo sumo pudo haber sido una oposición *leal*. No cabe duda que AD-M19 se integró a la dinámica del sistema de partidos. Pero lo hizo sin haberse consolidado como un partido medianamente institucionalizado, sin raíces fuertes en la sociedad y renunciando a ejercer una representación política relativamente definida. El resultado fue que en las elecciones presidenciales de 1994 AD-M19 se redujo a una mínima expresión por luego virtualmente desaparecer<sup>150</sup>. Resulta muy difícil consolidar un tipo de representación política definido pegando un salto tan brusco desde la oposición antisistema, a formar parte de un gobierno con uno de los partidos contra los cuáles se dirigían aquellas acciones<sup>151</sup>.

El descalabro de la AD-M19 en Colombia y el declive electoral del Partido Conservador dejó un espacio vacío para la proliferación de listas sin partidos, lo que denotan una clara *des*-institucionalización del sistema de partidos colombiano. De haberse desarrollado lo suficiente la Alianza Democrática el bipartidismo colombiano pudo haberse renovado manteniendo al Partido Liberal pero con otro contendor mucho más competitivo que otorgue al sistema una pauta de competencia ideológica más fuerte capaz de incluir en modo más eficaz el conflicto social y político.

### 5.3. El Movimiento Al Socialismo y La Causa R en Venezuela (1973-2000).

Venezuela representa un caso de colapso del sistema de partidos establecido (Dietz y Myers, 2003). Los procesos de desalineamiento partidario y electoral no fueron seguidos de proceso de realineamiento fuerte y sostenido hacia otros partidos. Luego de la hora fugaz de los partidos desafiantes, el realineamiento electoral se ha significado un enorme trasiego de votos hacia un actor que desafió a todo el establishment político “desde afuera” del sistema de partidos y sin conformar un partido más propiamente dicho<sup>152</sup>: el Movimiento Quinta República (MVR) de Hugo Chávez Frías. Como enfatizan Henry Dietz y David Myers (2003: 18) los cambios que proliferaron en Venezuela en las décadas de los ochenta y noventa fueron masivos, rápidos e irreversibles.

La democracia venezolana se había instalado sobre la base de un sistema de partidos institucionalizado (Mainwaring y Scully, 1996), y fue considerada como uno de los casos más ejemplares de América Latina hasta fines de la década de 1980. Sin embargo desde 1989 el país entró en crisis y tuvo que despedirse a la llamada “excepcionalidad”<sup>153</sup> apuntada en los análisis de política comparada.

---

<sup>150</sup> Antonio Navarro fue electo alcalde en la Ciudad de Pasto entre los tres alcaldes del AD-M19. Adicionalmente solo 7 diputados fueron electos por AD-M19 en un total de 502.

<sup>151</sup> El problema de la consolidación de una oposición definida y estable en Colombia ha sido recalado por Fernando Cepeda Ulloa (diplomático colombiano y director del de Ciencia Política de la Universidad de los Andes, Bogotá). Cepeda llegó a afirmar que “en Colombia la convivencia fue peor porque no había oposición. (...) A tal punto ha llegado la deformación, que cuando el M-19, como movimiento guerrillero, se reincorporó a la vida civil, dio el salto del monte y el terrorismo directamente al gabinete. No hizo un día de oposición, no hizo un día de crítica. Y en el gobierno hizo exactamente lo mismo que los partidos tradicionales contra los cuales había montado una guerrilla. Eso explica la formidable desilusión de gente con el M-19”. Como “nadie quiere perder”, dice Cepeda, “las elecciones no pueden definir un perdedor” sino que “definen una cuota”. “Entonces el M-19 ¿qué hace? Se mete al gobierno. ¿Y que le pasa al M-19? Para mí es el síntoma revelador. La gente dice: ‘Mire, que yo no lo quería a usted para eso, porque para eso mejor lo hace la gente del liberalismo y del conservatismo. Yo lo quería a usted para otra cosa, señor’ (entrevista realizada en agosto de 1995 y publicada en Achard y Flores, 1997: 269-280).

<sup>152</sup> Tal vez esté en proceso de formación de estructuras y se asemeje a un partido político con el tiempo. Pero los votos que le dieron el poder estuvieron dirigidos, en parte, a un *movimiento* contra los partidos políticos. En el año 2000 (p. 20) Lander y López Maya afirmaban que el MVR todavía no se había consolidado como una agrupación política y continuaba siendo una estructura principalmente electoral. Más allá del debate que puede suscitar si hoy es o no un partido político, parece bastante claro que aquello que ganó las elecciones en 1988 no era un partido.

<sup>153</sup> Según Michael Coppedge (1998: 336) aquella excepcionalidad radica en que el régimen sobrevivió a “la insurrección de la guerrilla de los años sesenta, a la oleada de los regímenes autoritarios que sacudió el continente en los sesenta y los setenta, y al menos hasta el momento, a la crisis de la deuda de los ochenta”. El hecho de que Venezuela no haya sido arrasada por los golpes de estado latinoamericanos de los sesenta y setenta agrega un elemento importante para el análisis del caso, y es que los países que vivieron las transiciones a la democracia durante los ochenta contaban con un fuerte respaldo a la democracia como “ideal” para sustentar su legitimidad. Luego, en las post-transiciones la democracia empezó a ser evaluada en su otra dimensión de legitimidad: el “funcionamiento”



Los partidos del statu quo en Venezuela son, desde el Pacto del Punto Fijo en 1958, Acción Democrática (AD) y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (Copei)<sup>154</sup>. Culminado el proceso de consolidación democrática en 1968, la izquierda quedó excluida en varios sentidos: los partidos de izquierda quedaron deliberadamente fuera de los pactos políticos y las coaliciones, los partidos mayoritarios realizaron tal exclusión para dar seguridad al capital, a la iglesia, a los militares, y reconciliar a estos grupos de interés con la nueva democracia (Levine y Crisp, 1999: 382). Aquel proceso llevó a una “presencia hegemónica de AD y Copei y la reproducción en todas las instancias de gobierno del esquema dominante en el ámbito nacional” (Kornblith, 1998: 200). La fortaleza electoral del bipartidismo puede observarse en el Cuadro 5.3.1.. Durante los cuatro periodos electorales entre 1973 hasta 1988 el bipartidismo en Venezuela sobrepasó el 90% de los votos válidos. Luego de 1993 nunca pudieron superar la barrera del 50%, incluso en 1998 no presentaron candidaturas propias sino que apoyaron al candidato de Proyecto Venezuela, Salas Römer. Los hechos políticos desarrollados en los años 1989, 1992 y siguientes<sup>155</sup> emblemataron el deterioro de los partidos del statu quo y la democracia que ellos habían construido<sup>156</sup>. Las políticas neoliberales presidente “adeco” Carlos Andrés Pérez contradecían su propia campaña electoral<sup>157</sup> y se sumaron a la crisis desatada en el plano económico llevaron a una protesta masiva en las calles de casi todas las ciudades del país el 27 de febrero de 1989, lo que fue recordado como el *caracazo* (Hellinger, 2003: 34). En 1992 se sucedieron dos intentos golpistas llevados adelante por el Movimiento Bolivariano Revolucionario (MBR-200) formado por grupos militares en cuya dirigencia se encontraba Hugo Chávez. Aquellos sucesos no contaron con el repudio de la sociedad civil, sino lo contrario. Así, la democracia en Venezuela pasó a ser una peyorativa expresión, “el sistema”, “el establishment” (Levine y Crisp, 1999: 367).

La caída del bipartidismo fue notoria en un primer momento en las elecciones a gobernaciones y alcaldías. Tal como muestra el Cuadro 5.3.2., el MAS, obtuvo cuatro gobernadores en 1992 y 1995 en comparación con el único gobernador de 1989. La Causa R mejoró el número de alcaldías ganadas en 1992 y 1995. Estos avances locales permitieron la administración directa de recursos estatales por parte de los partidos menores, así como el desarrollo de liderazgos con una posible proyección nacional. Por otra parte, aumentó sensiblemente la abstención electoral como puede observarse en el Cuadro 5.3.5., lo que representa un indicador adicional del fuerte desalineamiento partidario que vivió la democracia en Venezuela en la última parte de del siglo XX<sup>158</sup>.

---

o sus “resultados”. El caso de Venezuela no contó con aquella “ventaja” de la legitimidad democrática como “ideal” para enfrentar la crisis política de los ochenta y noventa. En mi opinión, ello dejó a los partidos tradicionales sin demasiadas posibilidades de atrincherarse en la defensa y sus logros sobre la democracia. Sobre las “fuentes valorativas y evaluativas de la legitimidad” en Venezuela ver Welsch y Charrasquero (1999).

<sup>154</sup> Luego de derrocar al dictador Pérez Jiménez en 1958, “el líder de AD, Rómulo Bentancourt, y el del COPEI, Rafael Caldera, condujeron a sus partidos hacia el centro del espectro político” (Coppedge, 1998: 341) y para evitar la polarización del Trienio los líderes de los partidos mayoritarios (incluida la Unión Republicana Democrática, URD) realizaron el “Pacto del Punto Fijo”. En ese acuerdo de élites, se estableció que los tres candidatos presidenciales de las elecciones de 1958 respetarían los resultados de las elecciones siguientes y el vencedor formaría un gobierno de Unidad Nacional. También establecieron en forma predeterminada el reparto de cargos de responsabilidad en el Congreso y los cargos de libre designación (ministros y gobernadores), los cuáles se dividirían entre los tres partidos firmantes del Pacto: AD, Copei y la URD. Adicionalmente se realizaron acuerdos programáticos para el primer gobierno, así como una tregua explícita de la moderación de la retórica política para evitar altos niveles de conflictividad entre las bases militantes (Coppedge, 1998: 341-342).

<sup>155</sup> En una breve enumeración de sucesos propios de la crisis o de las transformaciones de la democracia venezolana Kornblith (1996: 1-2) destaca: durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez, el ajuste económico de 1989, el estallido social del 27-28 de febrero de 1989, las primeras elecciones directas de gobernadores y alcaldes en 1989 y 1992, el cambio en las reglas electorales, los intentos frustrados de golpe de Estado en febrero y diciembre de 1992, el fracaso de una reforma constitucional en 1992, la decisión de la CSJ de suspender las funciones de Carlos Andrés Pérez en 1993, la presidencia provisional de Ramón José Velásquez, la ruptura de la dinámica bipartidista el aumento de la abstención electoral en diciembre de 1993. Durante el gobierno de Rafael Caldera, la crisis financiera caracterizada por sucesivas quiebras e intervenciones y estatizaciones bancarias en 1994 y 1995, la suspensión de garantías constitucionales y las divisiones dentro del Congreso que ello generó y la aplicación de nuevos planes económicos negociados con el FMI.

<sup>156</sup> La década de los ochenta evidenció la crisis de las capacidades representativas de lo que Rey llamó “sistema populista de conciliación de élites” (1991; citado en Kornblith, 1996, 1998). Los actores centrales de la democracia de partidos venezolana, AD y Copei, así como instituciones corporativas como FEDECAMARAS (empresarios) y la CTV (Confederación de Trabajadores de Venezuela) “han perdido gran parte de su capacidad para agregar, canalizar y manejar las demandas de los sectores a los que supuestamente representan” (Kornblith, 1998:186).

<sup>157</sup> Este uno de los ejemplos de “policy switches” a los que alude Susan Stokes (1999)

<sup>158</sup> Molina (1995; citada en Kornblith, 1998: 199) destaca tres elementos combinados para explicar la abstención creciente: “debilitamiento del voto obligatorio; desalineación partidista causada por el desprestigio de los partidos políticos, especialmente de los tradicionales;

El conjunto de elementos que componen aquella crítica situación política, dan la pauta de la caída de los niveles de representación en los partidos fundadores de la democracia en Venezuela, los cuáles no permitieron durante mucho tiempo un espacio para la autotransformación del sistema de partidos mientras la democracia enfrentaba la crisis de los ochenta y noventa<sup>159</sup>. Sintéticamente, el resultado fue que los pequeños desafiantes, crecieron algo, pero siguieron siendo pequeños siempre, el sistema de partidos no logró solucionar sus problemas de legitimidad y representación, y luego colapsó.

*Tipo de crecimiento electoral.* El Partido Comunista Venezolano (PCV), el único partido importante excluido del Pacto del Punto Fijo, emprendió la insurgencia armada. Luego de la invasión de la Unión Soviética sobre Checoslovaquia se produjeron divisiones internas a partir de las cuales se formó el MAS, cuya performance electoral luego de 1958 lo convirtió en el tercer partido luego de AD y COPEI. Desde 1973 en adelante, el MAS ha participado en todas las contiendas electorales. En las elecciones presidenciales no lograron obtener sino poco más de 5% (José Vicente Rangel, como candidato en 1973: 4,26%; 1978: 5,2%; Teodoro Petkoff, candidato en 1983: 4,17% y en 1988: 2,7%). El candidato presidencial del MAS no se ha destacado por tener más votos que su partido en las elecciones (Venezuela, Analítica, N° 9 Noviembre 1996<sup>160</sup>). Por su parte, La Causa R también surgió la escisión del viejo Partido Comunista de Venezuela que dio origen al MAS<sup>161</sup>.

En las elecciones de 1993 fue electo el ex-presidente Rafael Caldera<sup>162</sup> apoyado por una colación de partidos (Convergencia, MAS, URD, MEP, PCV y doce partidos más) que alcanzó el 30.5% de los votos<sup>163</sup>. Luego de 1993, el crecimiento electoral del MAS no puede ser considerado como *autónomo*, en la medida que fue parte de coaliciones electorales con otros partidos y apoyó candidatos presidenciales populares (Caldera en 1993, Chávez en 1998) que no eran de su propio partido con el objetivo de lograr mejores réditos a nivel parlamentario. Mientras que el candidato que apoyó en 1993 pertenecía a la clase política del viejo bipartidismo (Caldera) el candidato que el MAS respaldó en 1998 se era un ex-golpista con un fuerte discurso antipartidos y dirigente de una coalición puramente electoral (el Polo Patriótico)<sup>164</sup> que combinaba fuerzas civiles con fuerzas militares<sup>165</sup> cuyos roles no estaban del todo claros. La decisión del MAS de apoyar la candidatura de Hugo Chávez llevó al

---

insatisfacción con el sistema político; y previsibilidad del resultado electoral". Los niveles de abstención se presentan una muy alta relación con los porcentajes de votos de los partidos del statu quo sobre el total de votos válidos ( $R^2 = 0.91$ ). Mientras que no presentan una relación significativa con los votos de los partidos desafiantes a partir del asenso del MVR.

<sup>159</sup> No debe olvidarse la dimensión del impacto social de la crisis económica venezolana hacia fines de los ochenta y los años siguientes. Levine y Crisp (1999: 387) destacan que muchos países latinoamericanos experimentaron crisis iguales o más grandes que la venezolana en esos años, pero no tuvieron un aumento tan grande de la pobreza. Adicionalmente, Steve Ellner (2003: 27) alienta la idea de que "la incapacidad de los partidos tradicionales para identificarse efectivamente con las calases bajas [en aumento] contribuyó sin duda a la erosión de credibilidad del sistema".

<sup>160</sup> (<http://www.analitica.com/archivo/vam1996.11/pint1.htm>).

<sup>161</sup> El fundador de La Causa R fue Alfredo Maneiro, un líder guerrillero que con su pensamiento imprimió la estrategia que seguiría el partido durante su desarrollo. La organización de LCR difería de los estilos clásicos de partidos centralizados que siguieron el modelo de AD (incluido el MAS). Los liderazgos deberían surgir orgánicamente de los movimientos sociales y laborales y la estrategia no se centraba en apoderarse del estado y de las organizaciones sindicales (Hellinger, 2003: 53).

<sup>162</sup> Caldera fue fundador de COPEI, partido con el cuál logró la presidencia en 1968. Durante el Gobierno "adeco" de Carlos Andrés Pérez se dieron dos intentos de golpe de estado por militares insurgentes y grupos políticos civiles. Mientras que los partidos tradicionales repudiaron fuertemente el hecho, el discurso de Rafael Caldera se estuvo dirigido a una autocrítica de los partidos políticos. Ello lo posicionó de muy buena forma para su candidatura de 1993 apoyada por partidos que no fueran AD y COPEI.

<sup>163</sup> Fue la primera vez desde 1958 que un candidato no apoyado por los partidos AD o Copei gana las elecciones presidenciales. Aquella elección tuvo otra excepcionalidad, fue la primera vez desde 1973 que un candidato "de izquierda o anti-status" obtiene más del 20% de los votos. Ése fue el caso de Andrés Velázquez, líder de la Causa R, que logró el 22% de los votos válidos.

<sup>164</sup> El núcleo más duro del Polo Patriótico los constituyeron el PPT y el MVR. Dentro del MVR se encontraban las fuerzas militares que respaldaban el movimiento. En 1998 se fueron sumando otras organizaciones. En el MAS hasta ese año se discutían entre varias opciones para apoyar candidaturas en las elecciones: las principales inclinaciones estaban hacia la candidaturas de Irene Sáez y Enrique Salas Römer (dos figuras independientes); en menor medida existían apoyos para Claudio Fermín (un ex-dirigente de AD); y un grupo muy minoritario dentro el MAS apoyaba a Chávez. Lander y López Maya (1999: 11) dicen que la candidatura de Chávez gozaba de apoyo en las bases del MAS. Además en las elecciones anticipadas de gobernadores era beneficioso para el PP hacer una alianza con el MAS (que era un partido con importantes apoyos regionales). Por último, en el momento que se realiza la alianza y el ingreso del MAS al PP, Chávez gozaba desde hacía meses de una amplia ventaja en todas las encuestas de opinión pública. También se sumaron los pequeños partidos que apoyaron la candidatura de Rafael Caldera en las elecciones de 1993, llamadas peyorativamente como el "chiripeo" por inmensa cantidad de minúsculas fuerzas.

<sup>165</sup> Sobre la relación del MVR con las Fuerzas Armadas ver Deborah L. Norden (2003).

alejamiento de importantes dirigentes del partido, y durante la experiencia del primer año de gobierno dentro del PP “el papel del MAS (...) ha sido el más frágil” en la alianza, tanto que “el mismo Chávez ha catalogado esta unión como ‘táctica’, a diferencia de otras caracterizadas como ‘estratégicas’”, por ejemplo la de Patria Para Todos (Lander y López Maya, 2000: 21). En el caso de La Causa R, la primera elección que disputara fue en 1983, pero en 1989 irrumpió con fuerza en la política del país<sup>166</sup>. Su ascenso electoral se dio gracias a su política de camino solitario y evitando alianzas con el resto de los desprestigiados partidos políticos, incluso la izquierda (Ellner, 2003: 24). En aquella elección Andrés Velázquez (ex-jefe insurgente de los trabajadores de acero) logró la gobernación de Bolívar en las inaugurales elecciones directas a gobernador, también el partido obtuvo representación en el Congreso y alcanzó a conquistar la alcaldía de Caracas<sup>167</sup>. En 1993 Velázquez, estuvo a pocos puntos de ganar las elecciones y su potencial como futuro presidente quedó fortalecido. Las victorias en el estado de Bolívar y la alcaldía en Caracas fueron importantes momentos del desarrollo electoral del LCR. No obstante, en 1995 el partido sufre su primer revés perdiendo tanto la gobernación como la alcaldía..

Luego, en el desenlace del gobierno de Caldera perdió la fuerza política que había conseguido y se dividió en 1997 abortando el desafío que había encarnado. Como producto de la escisión se conformó un nuevo partido: Patria Para Todos<sup>168</sup>. La estrategia electoral del LCR se desdibujó por completo, dejando de apostar a la autonomía y siendo incapaz de mantener cohesionado al partido con cierta disciplina. Mientras tanto, el PPT pasó a apoyar la candidatura de Chávez, para luego abandonar el Polo Patriótico antes de las “mega-elecciones” del 2000. En el 2001 el PPT vuelve a ingresar la alianza del PP en 2001<sup>169</sup>.

*Posición parlamentaria.* El acuerdo electoral del MAS para apoyar la candidatura de Caldera lo llevó a ser parte del soporte parlamentario del gobierno. Las políticas de Rafael Caldera se acercaron a una continuidad del camino que había abierto Carlos Andrés Pérez con un gobierno neoliberal. Ello dividió al MAS, con algunos parlamentarios que mantuvieron el apoyo al gobierno, y otros que cargaron contra Caldera como un traidor la fuerza política que lo puso en el gobierno. Luego la desilusión con el Gobierno de Caldera aumentó cuando necesitó de AD para aprobar más leyes. La política en el gobierno fue visualizada como oportunista y surgió una suerte de consenso sobre que “no solo AD y Copei, sino el establishment del Punto Fijo entero ha traicionado la confianza del pueblo y debía ser castigado” (Dietz y Myers, 2003: 9). La posición parlamentaria del MAS no se correspondía con la de un proyecto de desafío a los partidos del statu quo. Eso significó el fracaso del MAS como una alternativa política viable<sup>170</sup>. Luego Petkoff ocupó el cargo de Ministro de Estado Jefe de “Cordiplan” en el gobierno de Caldera, y fue también uno de los principales arquitectos de la “Agenda Venezuela” (Romero, 1996; Ellner, 2003: 31). El MAS quedó preso de la imagen del gobierno porque de hecho, era parte del él.

A este problema tampoco escapó La Causa R. En 1996 LCR entra en alianza en el Congreso con el Copei y el MAS para apoyar el gobierno de Caldera, lo cual constituyó un ingrediente más para precipitar la división del partido al año siguiente<sup>171</sup>. El abandono de la “intransigencia” que había mostrado LCR hasta el momento, hizo notar como su popularidad se desplomó de repente (Ellner, 2003: 24)<sup>172</sup>. El apoyo a las políticas neoliberales por parte de algunos legisladores causaeristas es destacado pro Margarita López Maya (2003: 111) como el motivo

<sup>166</sup> Hay quienes le adjudican el valor de ser “el primer partido político en retar a la hegemonía de los partidos puntofijistas” (Hellinger, 2003: 42).

<sup>167</sup> Las características orgánicas de combinación de “obreros y “partido” del LCR han llevado a Hellinger (2003, 54) a compararlo con el PT de Brasil y con el PRD mexicano.

<sup>168</sup> La bifurcación dejó a Velázquez con el nombre de LCR, que mantuvo algún control sobre el Nuevo Sindicalismo y apoyó a la candidata Irene Sáenz en 1998 para enfrentar a Chávez. Inicialmente la candidatura de Sáenz iba a ser apoyada por el Copei, hasta una semana antes de las elecciones.

<sup>169</sup> Durante el los primeros años de gobierno de Chávez el PPT logró controlar el Ministerio de Energía y Minas.

<sup>170</sup> En 1991, había sido el propio Teodoro Petkoff “el primero que asomó la posibilidad que Caldera fuera el candidato del MAS, aun antes del golpe de febrero que apuntaló al ex-Presidente y se convirtió en el principal dirigente del MAS en apoyar esa opción” (Romero, en revista *Venezuela Analítica*, 1996).

<sup>171</sup> Adicionalmente las luchas por la democratización sindical y las reformas en materia laboral en general nunca fueron tratadas con intensidad por parte de LCR en el Congreso (López Maya, 1996: 144).

<sup>172</sup> Steve Ellner va más allá y afirma que “los dos opositores de Chávez [Andrés Velázquez y Salas Römer] mejor ubicados en las elecciones de 1988 vieron derrumbarse sus aspiraciones presidenciales a partir del momento en el cual aceptaron el apoyo de AD y Copei” (2003: 24).

de al fractura del LCR. A partir de entonces los partidos desafiantes en Venezuela no van a lograr ocupar con éxito el espacio político de representación vacante. Ambos desafíos fracasaron.

*Disciplina de la bancada parlamentaria.* En principio, no existen trabajos que abunden en el estudio de la disciplina partidaria del MAS y la Causa R. Pero sí podemos saber que ambos partidos tuvieron problemas de disciplina interna durante el gobierno de Rafael Caldera, los cuales llevarían a la formación de nuevos grupos para la elección de 1998. Por lo tanto, se asumirá que el MAS y la LCR mostraron una disciplina *baja*.

*Desarrollo de liderazgos partidarios.* El liderazgo más prominente del Movimiento Al Socialismo es la figura de Teodoro Petkoff. En la formación del Movimiento Al Socialismo la posición de Teodoro Petkoff fue determinante para la división interna del PCV<sup>173</sup> y encarnó la figura más importante del MAS en el gobierno de Caldera. No obstante, no llegó a ser un candidato con chances reales de ganar una elección, ni siquiera de ser un competidor fuerte. En el caso de LCR lo fue su figura fundadora y alimentadora de ideología y estrategia política para el devenir del partido, Alfredo Maneiro. Sin embargo el candidato presidencial de LCR que logró desbancar por primera vez al MAS del tercer lugar en las elecciones presidenciales, fue Andrés Velázquez. Lo que debe notarse, es que si bien ambos partidos produjeron liderazgos, los mismos no fueron aceptados siempre como los candidatos naturales a la presidencia, sino que muchas veces fueron tomadas como mejores opciones candidatos de otros partidos, e incluso personajes públicos sin partidos y con buena reputación.

*Desarrollo territorial electoral.* El caso de LCR comienza con un dominio regional desde el estado de Guayana, el importante estado de Bolívar en 1989 y luego la alcaldía de Caracas en 1992<sup>174</sup>. En 1993 la campaña presidencial logró ampliarse aún más cuando obtuvo el 22% de los votos. No obstante, lo clasificaremos como un partido típicamente *regional*. El MAS, por su parte, compartió características similares en el desarrollo territorial al las de La Causa R.

*Raíces en la sociedad y bases sociales.* Los sindicatos formaron parte de las bases sociales de AD desde antes del Trienio, el partido tenía control sobre el movimiento sindical (Coppedge, 1998: 339). Los viejos partidos multclasistas perdieron sus bases sociales provenientes de los sectores bajos, en especial AD, que abandonó las políticas redistributivas que lo habían caracterizado (Ellner, 2003: 27). Entrada la década de 1980 la insurgencia armada tuvo un importante predicamento entre el movimiento de los trabajadores del acero en el estado de Guayana. Como señalan Levine y Crisp (1999: 406-407) aquel fue el origen de uno de los mayores nuevos movimientos políticos de izquierda, La Causa R<sup>175</sup>. La relación de LCR con la sociedad civil fue algo más cercana que la que tuvo el MAS. La Causa R promovió la vida política participativa en los barrios de Caracas como lo fue la experiencia de los *vecinos*<sup>176</sup>. La LCR se desarrolló en sectores de la población urbana donde el rechazo a los partidos tradicionales era mayor y existían posibilidades de generar movimientos populares con vitalidad al estilo de la prédica política de Alfredo Maneiro (López Maya, 199: 140).

*Instaura un nuevo clivaje de competencia interpartidaria.* Resulta paradójico, pero los dos partidos desafiantes analizados son partidos de izquierda, que presentaron mayores capacidades para realizar alianzas con partidos del statu quo volcados hacia el centro y la derecha del espectro político, y con candidatos independientes o sin partidos, que encarnaban la continuidad de establishment de puntofijismo, pero que nunca lograron coordinar el desafío político en una coalición coherente (tanto en términos ideológicos como en la división

---

<sup>173</sup> “En los años 1965 y 1966, Teodoro Petkoff junto con otros compañeros de dirección del Partido Comunista de Venezuela, PCV, (al cual perteneció desde 1949 a 1970) planteó la necesidad de que el partido dejara la vía armada y se preparara para volver a la vida política legal a través de la llamada tesis del repliegue y de la política de la paz democrática. Plantear ese cambio en la política del PCV en esos meses significó el riesgo de perder el apoyo interno de una mayoría que planteaba seguir con el movimiento armado. Sin embargo, el tiempo le dio la razón a Petkoff quién se convirtió en el principal vocero de esa línea de retorno a la legalidad dado que la lucha armada ya no tenía sentido. La posición de Petkoff lo llevó a disgustarse con Fidel Castro quién siguió prestando ayuda a los disidentes del PCV” (Romero, 1996, en revista electrónica Analítica). Luego fue expulsado con aliados suyos del PCV, a causa de la crisis política por las invasiones a Checoslovaquia.

<sup>174</sup> Entre 1989 y 1993 LCR creció en zonas muy pobladas como Aragua, Bolívar, Carabobo, Distrito Federal, y Miranda (Kornblith, 1996:21).

<sup>175</sup> Aunque ya existía desde los setenta, su aparición en la escena electoral fue en los años ochenta.

<sup>176</sup> A juicio de Levine y Crisp (1999: 410) aquellas organizaciones barriales demostraron que es posible el desarrollo de la actividad política mediante caminos distintos de los que se basan en el control de recursos del aparato estatal. No obstante, las organizaciones barriales también eran vulnerables a la penetración de partidos distintos de LCR.

desafiantes/ statu quo). Esto da la pauta de la debilidad del clivaje izquierda-derecha en la política de partidos en Venezuela.

Ninguno de los dos partidos logró instaurar un nuevo eje de competencia interpartidaria, tal vez a causa de que no lograron escapar a la pautas y reglas desarrolladas por el puntofijismo, las se extendieron hasta cooptar las estrategias de políticas del MAS y de LCR. Luego fueron presas del eje Chávez/ anti-Chávez que ha dominado la política Venezolana hasta hoy.

*Inclusión en la dinámica del sistema de partidos.* Los partidos desafiantes entraron en la dinámica de funcionamiento de los partidos del statu quo antes de lograr institucionalizarse, y por si fuera poco, fueron simultáneamente quebrados por la polarización entre chavistas y anti-chavistas.

El fracaso de los partidos desafiantes en Venezuela estuvo acompañado del colapso del sistema de partidos<sup>177</sup>. Sería muy aventurado afirmar que hoy existe un sistema de partidos en Venezuela. Si se aceptara esta hipótesis, debe anotarse que es absolutamente *incipiente* (en términos de Mainwaring y Scully, 1996), con reglas que no son estables, con etiquetas pautas de competencia también inestables y volátiles, partidos que tienen raíces débiles en la sociedad por más que algunos presentan capacidad de movilización política, y con dificultades para aceptar a los partidos y a las elecciones como los medios legítimos para conseguir el poder<sup>178</sup>. Desde el punto de vista de Dietz y Myers, se cumplen los dos componentes básicos del colapso del sistema de partidos: primero, un fatal declive electoral de los partidos históricamente dominantes y del sistema de partidos en sí mismo, y frecuentemente un neo-populismo que utiliza el control del estado para enterrar a los históricos partidos dominantes que ha derrotado (1996: 16)<sup>179</sup>.

En el modelo de trayectorias de los sistemas de partidos que (ver Figura 3.1.) podemos identificar que el sistema de partidos entró en *declive* cuando los desafiantes fracasan. Esto es básicamente durante el gobierno de Rafael Caldera. Allí se abre la posibilidad para la irrupción de otro desafío, pero esta vez de un *movimiento de liderazgo*, que en el caso del MVR tuvo éxito, representado nítidamente a las clases bajas y más golpeadas por la crisis económica, e instaurando un nuevo clivaje en la competencia política de tipo plebiscitario en torno a la figura de Hugo Chávez Frías. Es bastante elocuente que hay partidos políticos que apoyan a Chávez y otros que son detractores del movimiento, pero no son actores que formen parte del centro de la competencia política, ni son considerados como vehículos legítimos para representar y conseguir el poder. El éxito del *movimiento de liderazgo* desnudó la destrucción del sistema de partidos. Por último, debe tenerse en cuenta que la suerte de los partidos desafiantes tiene mucho que ver con el "resto" de vitalidad que queda en los partidos del statu quo. El camino político de Rafael Caldera fue nefasto para Copei, y AD no tuvo capacidad de hacer valer sus raíces sociales en los actos electorales. Por lo tanto, el espacio para el desarrollo del MBR-200 fue muy grande, y violencia política reinante no permitió a los partidos desafiantes generar una competencia con suficiente vitalidad con los partidos del statu quo. Esto puede apreciarse en el Cuadro 5.3.5. que presenta la cantidad decreciente de votos en las elecciones legislativas a partidos desafiantes y del statu quo, sin contar al movimiento de liderazgo MVR y otros personalistas o movimientos incipientes. Entre 1998 y 2000 los partidos desafiantes fracasan rotundamente, pero con ellos los partidos preexistentes. Si bien Venezuela vivió en democracia, a pesar del golpe de 2002, no es una democracia de partidos.

<sup>177</sup> En la elección presidencial de 1998 AD y Copei, declinaron sus propias candidaturas para apoyar a un candidato común (Salas Römer, un outsider gobernador de Carabobo) con el objetivo de evitar la victoria de Hugo Chávez. AD suspendió el apoyo a la candidatura de Luis Alfaro Lucero, mientras que Copei renunció a apoyar a la ex-miss universo Irene Sáez. Posteriormente, en las "mega-elecciones" de 2000 donde se elegían presidente, gobernadores y miembros de la Asamblea Nacional, AD y Copei no presentaron candidaturas presidenciales. En 1998 y en el 2000 Chávez ganó las elecciones aglutinando a la izquierda política venezolana dividida y hasta fosilizada (Dietz y Myers, 2003: 17).

<sup>178</sup> Prueba de esto es el golpe de estado que llevó adelante la oposición al gobierno electo de Chávez en abril de 2002.

<sup>179</sup> La polarización política aumentó por canales de violencia y no constituyó un activo del sistema de partidos como en el caso de Brasil o Uruguay. Antes del golpe de 2002 "los líderes del MVR, incluyendo a Chávez, manifestaron agresividad considerable a sus adversarios" e incluso las relaciones con sus aliados (PPT y el MAS) se volvieron cada vez más "tormentosas" (Ellner, 2003: 38). Por otra parte, la calidad institucional y política de la oposición decreció enormemente después del colapso del sistema de partidos. La oposición es liderada por militares, empresarios y otros outsiders sin partidos que monopolicen la canalización del conflicto político.

## 6. Conclusiones

Hasta aquí quedó presentado el modelo de trayectorias de los sistemas de partidos y el papel que en él cumplen los partidos desafiantes. Luego fueron revisadas algunas características importantes de los partidos desafiantes para intentar determinar en cada caso por qué motivos fracasaron o tuvieron éxito. Aquí se concluirá, primero, en base a la comparación de cada partido desafiante, y segundo, delineando las importancias teóricas que tienen estos partidos en el marco de desarrollos actuales de la ciencia política.

### 6.1. Comparando éxitos y fracasos.

En el cuadro 6.1. se resume información y análisis presentados en los capítulos de los casos estudiados. Para simplificar, se han operacionalizado los criterios (o variables) explorados para cada uno de los partidos desafiantes estudiados. También se han ordenado en función del resultado político de estos partidos, por su éxito o su fracaso. Para la comprensión del cuadro debe tenerse en cuenta que los criterios utilizados para caracterizar a los partidos desafiantes pueden cambiar de "valor" a lo largo de los años de su desarrollo. Es por eso que algunos partidos presentan más de un valor para determinado criterio. En esos casos, los valores se presentan ordenados en forma cronológica.

**Cuadro: 6.1.**  
**Principales características de los partidos desafiantes (1973-2000).**

Pais / Partido	Período	Criterio a	Criterio b	Criterio c	Criterio d	Criterio e	Criterio f	Criterio g	Criterio h	Tipo de desafío
Brasil - PT	1982-2002	A	OS	alta	si	C - N	fuertes	si	si	Exitoso
México - PAN	1983-2000	A	OS	media	no-sí	R - N	intermedias	si	si	Exitoso
México - PRD	1989-2000	A	OS	media	si	C - N	intermedias	si	si	Exitoso
Uruguay - EP-FA	1971-2004	A	OS	alta	si	C - N	fuertes	si	si	Exitoso
Argentina - FG / Frepaso	1993-2001	A - C	OS - OC - CG	alta	si	C	débiles	no	no	Fracasado
Colombia - M19	1989-1994	A	CG	media	si	N	débiles	no	no	Fracasado
Venezuela - LCR	1973-2000	A - C	OS-CG	baja	si	s/d	intermedias	no	no	Fracasado
Venezuela - MAS	1983-2000	A - C	OS-CG	baja	si	s/d	intermedias	no	no	Fracasado

a) Crecimiento electoral: autónomo (A) - por coalición (C).

b) Posición parlamentaria: oposición solitaria (OS) - oposición en coalición (OC) - coalición de gobierno (CG).

c) Disciplina de la bancada parlamentaria: alta - media - baja.

d) Desarrollo de liderazgos partidarios: si - no

e) Desarrollo territorial electoral: nacional (N) - regional (R) - capitalino (C)

f) Raíces en la sociedad y bases sociales: fuertes - intermedias - débiles

g) Instaura un nuevo clivaje de competencia interpartidaria: si - no

h) Inclusión en la dinámica del sistema de partidos: si - no

En primer lugar, evaluamos el *crecimiento electoral autónomo* (criterio a). Este criterio obedece a evaluar la forma en que se da la competencia electoral entre partidos desafiantes y partidos del statu quo. Los valores de crecimiento autónomo, o por coalición, se refieren a la existencia de alianzas electorales de los primeros con los segundos.

Como puede observarse, todos los casos exitosos no realizaron coaliciones electorales o pre-electorales formando nuevas etiquetas para competir con más posibilidades de llegar al gobierno, sino que optaron por una estrategia «autónoma». De modo contrario, los partidos desafiantes que realizaron alianzas electorales son mayoritariamente fracasados. A excepción del M-19 que compitió sin aliarse para la elección de la ANC en 1989, y para las elecciones presidenciales y legislativas siguientes.

En segundo lugar, evaluamos la *posición parlamentaria* de los partidos desafiantes durante su proceso de desarrollo (criterio b). Todos los desafíos exitosos han realizado «oposiciones solitarias» a lo largo del tiempo de desarrollo del partido. Mientras que los partidos desafiantes que participaron de «coaliciones de gobierno» brindando apoyo parlamentario a presidentes de partidos del statu quo, terminaron fracasando. El caso más extremo es el del M-19, que no llegó a ejercer una oposición solitaria a los partidos del statu quo, desde el parlamento. En los casos del MAS y La Causa R, ambos brindaron apoyo al gobierno de Rafael Caldera, quien no

había sido electo por uno de los partidos tradicionales pero era un líder sin partido que representaba la continuidad de la elite gobernante del Punto Fijo. El Frepaso (inicialmente el Frente Grande) fue una «oposición solitaria», luego de la formación de la Alianza y las elecciones de 1997, pasó a formar una «oposición en coalición» con uno de los partidos del statu quo (UCR), y luego de las elecciones en que la Alianza triunfa, conforma un «coalición de gobierno» cuyo acuerdo había sido pre-electoral mediante la creación de una nueva etiqueta<sup>180</sup>. Los efectos de seguir el camino *corto* de las coaliciones han sido, ciertamente, devastadores para los nuevos partidos. Ello se debe a que la representación política que ejercen estos partidos está fundada esencialmente en una actitud contestataria a los modos establecidos de hacer política. Si bien entrar en coaliciones significa un riesgo de pagar altos costos para cualquier tipo de partido, para los partidos desafiantes es especialmente mayor. El problema central está en que vulnera las bases y fundamentos de su representación política: desafiar al statu quo. Y en segundo lugar, aquella capacidad de representar es, durante la formación de un partido, el principal activo político que el mismo posee. Por estos motivos, a mi criterio, la condición más importante para el éxito de los partidos desafiantes es lograr cumplir su *función*, lo cual ofrece las oportunidades para establecerse en el sistema de partidos con el paso del tiempo.

En el caso de la *disciplina parlamentaria* (criterio c) puede notarse que no es un requisito tan contundente para el éxito, dado que existen partidos desafiantes exitosos que carecen de una disciplina parlamentaria perfecta. No obstante, no existen casos de desafiantes exitosos con baja disciplina. En el caso de los partidos que presentan niveles intermedios y bajos de disciplina, la relación del partido y su bancada parlamentaria con el poder ejecutivo fue un elemento determinante para la formación de disidencias internas<sup>181</sup>.

El *desarrollo de liderazgos* partidarios refiere a la capacidad del partido político de generar y sustentar nuevos liderazgos importantes. Esto no ha significado un mayor problema para los partidos desafiantes. En el caso de México la competencia a nivel local o estatal impidió inicialmente la emergencia de figuras de gran alcance nacional. En el caso de Venezuela, el liderazgo de Petkoff es indiscutido, aunque genera dudas por la incapacidad del mismo para concitar apoyos populares masivos en elecciones presidenciales. De todos modos, los liderazgos fuertes han sido característicos de los partidos desafiantes.

El *desarrollo territorial* de los partidos desafiantes (criterio d) colabora con la comprensión del grado de *nacionalización* de estos partidos. Los partidos desafiantes tienen en común que se desarrollan en centros urbanos cuando se están gestando, para luego comenzar un proceso de extensión territorial y de nacionalización en relación a la lucha sobre políticas. De este modo el Distrito Federal en México, San Pablo en Brasil, la ciudad de Buenos Aires en Argentina, Montevideo en Uruguay, y, en menor medida, centros urbanos de Colombia y Venezuela han constituido bastiones de apoyo y gestación de partidos desafiantes. Para los nuevos partidos, ha sido muy importante lograr victorias electorales y gobiernos locales sobre alcaldías, prefecturas, departamentos, estados o provincias, que les proveyeran de recursos y capacidad de ejercer funciones gubernativas sumamente auspiciosas para el desarrollo e institucionalización de los mismos<sup>182</sup>. Por lo general los partidos desafiantes exitosos logran nacionalizar sus votaciones, sin embargo, esta característica la comparten algunos partidos desafiantes fracasados.

---

<sup>180</sup> Podría contra-argumentarse que el Frepaso ganó las elecciones y que por lo tanto no debería ser igualado a otros partidos que no las ganaron y luego apoyaron a un gobierno del statu quo. Si bien esto es cierto, lo es en parte, porque el Frepaso llegó al gobierno gracias al acuerdo con la UCR y después se vio obligado a apoyar políticas que no necesariamente eran propias, sino las de un partido del statu quo que controlaba el cargo presidencial. Lo que resulta una diferencia significativa es cuando los partidos desafiantes ganan elecciones en forma solitaria y realizan coaliciones para obtener apoyos parlamentarios con otros partidos. En este caso, como el del PT en Brasil, el gobierno lo controla el partido desafiante y su debilidad surge del respaldo parlamentario que posee.

<sup>181</sup> Los casos del MAS y de LCR resultaron fracturados internamente a causa de la relación con el poder Ejecutivo, es decir, por el apoyo a Rafael Caldera o la participación directa en el gobierno. El caso de los partidos mexicanos es menos fuerte, en la ausencia de las mayorías parlamentarias dio una oportunidad para realizar provechosas negociaciones con el PRI (en especial el PAN utilizó este mecanismo). La dirección del M-19 puso en una incómoda posición a sus propios legisladores, al ocupar directamente un cargo en el ejecutivo. No es posible saber si las estrategias de los partidos desafiantes impactan en las características orgánicas de los mismos o si sucede a la inversa. Lo cierto es que ambas variables (participación en coaliciones y disciplina parlamentaria) parecen estar asociadas.

<sup>182</sup> El Frepaso perdió la elección para gobernar Buenos Aires contra el radicalismo antes de la formación de la alianza. Esto dejó al partido sin gobiernos propios hasta las elecciones que alcanzó el gobierno con la Alianza.

Estrictamente, *las raíces en la sociedad y las bases sociales* son elementos relacionados pero diferentes, aunque aquí se los ha analizado en forma conjunta y resumida<sup>183</sup>. Los partidos desafiantes con raíces y bases fuertes son aquellos que establecieron vínculos fuertes con intereses organizados o nacieron gracias a ellos (sindicatos, empresarios, movimientos sociales). Estos casos son notorios entre algunos partidos desafiantes exitosos (FA, PAN<sup>184</sup> y PT). En cuanto a la capacidad de echar raíces en la sociedad, el caso del Frente Amplio en Uruguay parece ser el más destacado. No obstante, el PRD y el PT también lo han logrado. Según la clasificación realizada a partir de la inducción sobre el estudio de casos nacionales, los partidos que mejor se desempeñan en este sentido son el Frente Amplio y el Partido de los Trabajadores. En los demás casos, el reclutamiento de bases sociales y organizaciones civiles ha sido más complejo gracias al poder que conservaron algunos partidos del statu quo sobre determinadas corporaciones<sup>185</sup>.

La instauración de un *nuevo eje de competencia* interpartidaria, es un elemento central para determinar el éxito o el fracaso de los partidos desafiantes. La forma en que los sistemas de partidos compiten es un modo de representación política. Por lo general los partidos que lograron hacer coherente su representación política e ideológica, sus bases sociales y sus estrategias de competencia, han sido capaces de generar un nuevo escenario en el sistema de partidos que cambió los cortes y las divergencias tradicionales, o que impuso ejes de competencia donde estos no existían o estaban difusos. En casi todos los casos, el eje izquierda-derecha (que ha prevalecido sobre muchos otros) ha sido el producto de la aparición de partidos desafiantes. En algunos casos, el aborto del desafío partidario debilitó el propio clivaje, así como la capacidad de representación por el nuevo partido. En los casos exitosos, como en Brasil y Uruguay, la dimensión izquierda-derecha tuvo un efecto ordenador de la competencia y sumamente simplificador de la política para los ciudadanos, lo cual hizo a los partidos actores más predecibles y estables. Esto ha impactado en la institucionalización de ambos sistemas a pesar de que los mismos se encontraran en *tránsito*. En México, los ejes se han multiplicado gracias a que los partidos desafiantes fueron, en primer lugar, agentes centrales en la transición hacia una democracia verdaderamente competitiva, y en segundo lugar, debieron dar forma a la competencia interpartidaria sobre la orientación de las políticas y las identidades, más allá de los valores pluralistas. De ese modo, el eje izquierda-derecha se ha cruzado con el hegemónico-democrático. En el caso de los partidos desafiantes fracasados, el eje principal de competencia sobre el cual aquellos partidos se habían sustentado fue olvidado y dejado de lado por el dominio de las estrategias políticas de más corto plazo, o fue quebrado por la emergencia de populismos mucho más fuertes en ese sentido.

El criterio sobre la *inclusión del partido desafiante* es el producto de un resumen de las dimensiones vistas anteriormente. Pero también es un criterio en sí mismo en la medida que permite discernir claramente qué partidos desafiantes quedaron *establecidos* en el sistema de partidos donde emergieron. Lo que resulta una característica compartida para todos los desafíos analizados, es que en algún momento llegan a finalizar. En el caso de los partidos fracasados, el desafío sufre un «aborto» y el nuevo partido tiende a desaparecer. En el caso de los desafíos exitosos, el partido desafiante se integra al sistema en forma estable.

A pesar del desarrollo anterior centrado en los actores desafiantes del sistema de partidos, también debe tenerse en cuenta que la inclusión exitosa de una fuerza política emergente no es un efecto cuyas causas se encuentren exclusivas en el partido emergente. Por el contrario, el éxito de los partidos desafiantes se debe a la resultante del tipo de competencia e interacción que se genera con los partidos del statu quo. Cuando éstos, y en general un sistema de partidos, transitan desde una exclusión fuerte a la integración absoluta de los nuevos actores, atentan contra el desarrollo natural de las oposiciones en formación. Esto no solamente depende de los partidos desafiantes. Barreras de entrada muy fuertes como fueron el Frente Nacional (en Colombia) y el Pacto del Punto Fijo (Venezuela) atentan contra el desarrollo de los partidos desafiantes, aun cuando las condiciones sociales y de representación política los fomenten. Así mismo, la temprana inclusión de estos partidos en arreglos

<sup>183</sup> Mientras que las bases sociales refieren más a la relación con grupos organizados y muchas veces corporativos, las raíces en la sociedad tiene que ver con la penetración del partido político como identidad en la sociedad civil, organizada y no organizada.

<sup>184</sup> Los grupos empresariales que se movilizaron en México durante los años ochenta constituyen un ejemplo.

<sup>185</sup> Por ejemplo, el PRI ha sido una máquina de aglutinar las expresiones sociales en forma corporativa dentro del partido y mantuvo ciertas capacidades de ese tipo luego de la apertura en la competencia política. El PJ ha mantenido una relación que proviene de su génesis con los sindicatos de trabajadores, la cual no pudo ser quebrada por el Frepaso.



coalicional genera mensajes contradictorios al electorado, y desdibuja rápidamente los contenidos de su representación.

Los partidos desafiantes han sido la mejor oposición para la supervivencia de los partidos del statu quo. Cuando los desafiantes fueron exitosos, fueron variables independientes de la institucionalización de los sistemas, en la medida en que significaron salvatajes sistémicos para muchos partidos tradicionales que, de no haber competido con ellos, pudieron haberse enfrentado ante populismos o *movimientos* que los condujeran al colapso.

## 6.2. Volver a la teoría.

Siguiendo el modelo de incentivos para los comportamientos de los partidos políticos elaborado por Strom (1990) y las algunas utilidades posteriores que de ese modelo (Chasquetti y Moraes, 2000; Wolinetz, 2002), haré algunas consideraciones finales para relacionar y ubicar a los partidos desafiantes en un lugar comprensible dentro de las construcciones teóricas y topológicas de la ciencia política.

Kaare Strom propuso que se puede clasificar a los partidos según tres tipos ideales de comportamientos en base a un modelo espacial: buscadores de políticas (policy seekers), buscadores de votos (vote seekers) y buscadores de cargos (office seekers)<sup>186</sup>. Wolinetz (2002) ha utilizado ese modelo espacial como marco para ubicar a los grandes conceptos y *tipos* de partidos políticos que la ciencia política ha elaborado. De ese modo Wolinetz (2002) estima una resultante de los estímulos que tiene cada tipo de partido para acercarse o alejarse de los vértices (policy, vote y office seeking). Entre varios tipos de partidos, los *partidos de masas* tienen más estímulos para «buscar políticas», los *partidos catch-all* son más cercanos a «buscar votos» y los *partidos cartel* tienen sus estímulos dirigidos a la búsqueda de cargos (2002: 153-164). Esta clasificación ideal está planteada por Wolinetz de manera relativamente estática, lo que no permite comprender a los partidos como actores con incentivos y comportamientos oscilantes. Esa es, justamente, la crítica que formularon Chasquetti y Moraes (2000) al modelo de Strom, cuando detectaron el “ciclo político” existente en los presidencialismos de coalición, mediante un estudio empírico sobre el caso uruguayo. Los partidos que forman parte de coaliciones de gobierno, en los primeros años de la legislatura dan importancia a la aprobación de leyes<sup>187</sup>, mientras que cuando se acerca el período electoral “se orientan casi estrictamente hacia los cargos que ya poseían, y los votos que deben buscar en el proceso electoral, abandonando progresivamente las políticas” (2000: 320). Los partidos analizados por Chasquetti et al, son sin lugar a duda, partidos catch all en todos los momentos del “ciclo”. Si bien esta evidencia no implica una invalidez de la aplicación de Wolinetz, permite suponer que los partidos tienden a dirigirse en mayor medida hacia uno de los vértices, experimentando simultáneamente ciclos de variación de más corto plazo.

Los *partidos desafiantes* son todos partidos emergentes que viven procesos más o menos exitosos en su institucionalización. Estos procesos de transformación los llevan a cambiar de *tipo*, mutando desde partidos *programáticos* o de *masas* a partidos *catch all* o partidos *profesional electorales*, o incluso a formar parte de un *cartel* existente en el sistema de partidos establecido. En la figura 6.1. se sitúan los partidos desafiantes exitosos y fracasados, en función de sus incentivos para el comportamiento según el modelo de Strom. Los partidos desafiantes que oscilaron entre los vértices «policy seeking» y «vote seeking», se caracterizan por ser de tipo programáticos, que derivan en partidos de masas y luego apuntan a estrategias y modelos de tipo catch all-party, pero nunca dejan por completo la búsqueda de políticas. Estas situaciones describen bastante bien a los partidos desafiantes exitosos, los cuales crecen electoralmente sin realizar acuerdos por cargos con partidos del statu quo, y en virtud de ello, no se ven obligados a debilitar sustantivamente sus principios programáticos y sus contenidos de representación.

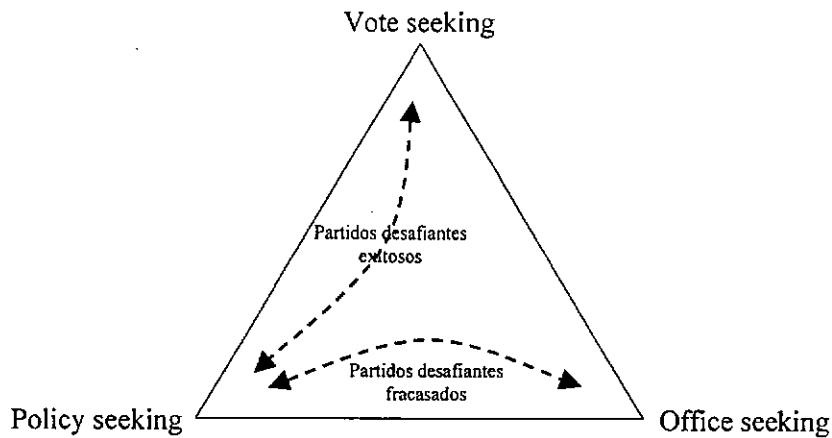
---

<sup>186</sup> Esta síntesis se encuentra en Chasquetti et al (2000)

<sup>187</sup> Lo que se refleja en su número e importancia.

Figura 6.1.

Comportamiento de los partidos desafiantes según tipos de incentivos



Por otra parte, Los partidos desafiantes que oscilaron entre los vértices «policy seeking» y «office seeking» comenzaron como partidos más o menos *programáticos* o *ideológicos*, pero que optaron a la vez, por entrar en una lógica de *partidos cartel* compartiendo prácticas políticas desarrolladas por los partidos del statu quo. Estas situaciones describen a los partidos desafiantes fracasados, que vulneran su tipo de representación política por un mayor interés en la búsqueda de cargos.

En síntesis, el espacio de movimiento entre «policy seeking» y «office seeking» resulta contradictorio para el ejercicio de la representación política de los partidos en etapas de desarrollo, es decir, los desafiantes. Por el contrario, los partidos del statu quo, o establecidos, pueden moverse con más libertad en entre los tres vértices (como demuestran Chasquetti et al, 1991).

He argumentado que para que los sistemas de partidos sean estables e institucionalizados, es necesaria la capacidad de procesar cambios significativos en su interior. Por tanto, mientras que en otras épocas la preocupación máxima fue cómo hacer *durar* a la democracia mediante instituciones y partidos estables, hoy debería ser cómo dotar de mayor *calidad* a la democracia mediante la adecuada transformación de aquellas instituciones y partidos.

## Bibliografía

- Abal Medina, Juan M. 1998. *Viejos y nuevos actores en el escenario posmenemista: De Evita a Graciela, la experiencia del Frente Grande/ Frepaso*. Trabajo presentado en el Latin American Studies Association. Chicago.
- Abal Medina, Juan M. y Castiglioni, Franco. 2000. *Poliarquía inestable y sistema de partidos estable: algunas hipótesis preliminares sobre el caso argentino*. Trabajo presentado en el Latin American Studies Association. Miami.
- Achard, Diego y Flores, Manuel. 1997. *Gobernabilidad: Un reportaje de América Latina*. PNUD. FCE, México.
- Aguiar, Cesar. 2000. *La Historia y la historia: la Opinión Pública y la opinión pública en el Uruguay*. Prisma. Nº 15.
- Almond, G., y Powell, B., *Política comparada*, Piados, Buenos Aires, 1972, pp. 40-114.
- Altman, D. y Pérez Liñán, A., *Más allá de la poliarquía; una aproximación a la calidad de las democracias*, Revista Uruguaya de Ciencia Política Nº 11, pp.83-105, 1999, Montevideo.
- Archer, Ronald P. 1996. *Fuerza y Debilidad Partidaria en la Asediada Democracia Colombiana*. En Mainwaring y Scully, "La Construcción de Instituciones Democráticas. Sistemas de Partidos en América Latina", Edición (1996) Santiago de Chile. pp.133-161.
- Archer, Ronald P. y Shugart, Mathew S. 2002. *El potencial desaprovechado en el predominio presidencial en Colombia*. En Mainwaring y Shugart (comps.). "Presidencialismo y democracia en América Latina". Paidós. Buenos Aires.
- Basset, Yann. 2004. *La caída de los bipartidismos latinoamericanos. Una comparación entre Argentina y Colombia*. En Cheresky y Blanquer, (comp.) "¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada". Homo Sapiens. Santa Fe. pp. 253-278.
- Buquet, D., Chasquetti, D., y Mores J. A. 1999. *Fragmentación, Política y Gobierno en Uruguay: ¿Un Enfermo Imaginario?*. ICP. FCS, UDELAR. Montevideo.
- Buquet, Daniel y De Armas, Gustavo. 2004 *La evolución electoral de la izquierda: crecimiento demográfico y moderación ideológica*. En Lanzaro (coord.). "La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno". Fin de Siglo. ICP. Montevideo. pp. 109-138.
- Buquet, Daniel. 2000. *Fragmentación y fraccionalización política: de la oferta electoral a la conformación del gobierno*. En Lanzaro (coord.) "La «segunda» transición en el Uruguay. Gobierno y partidos en un Tiempo de Reformas". ICP. FCU. Montevideo. pp. 259-296.
- Caetano, G., Rilla J., y Pérez Antón, R., 1987. *La Partidocracia uruguaya*. Cuadernos del CLAEH Nº 44. Montevideo.
- Caetano, Gerardo, y Rilla, José. *El gobierno como cogobierno. Despliegues y repliegues de la partidocracia uruguaya, 1942-1973*. En Lanzaro (coord.) "La «segunda» transición en el Uruguay. Gobierno y partidos en un Tiempo de Reformas". ICP. FCU. Montevideo. pp. 197-258.
- Canzani, Agustín. 2000. *Mensajes en una botella. Analizando las elecciones 1999-2000*. En Instituto de Ciencia Política. "Elecciones 1999/2000". ICP. Montevideo. pp.237-63.
- Cardarello, Antonio y Guerrini, Aldo. 2004. *El Frente Amplio en el Interior: la conquista de la legitimidad*. En Lanzaro (coord.). "La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno". Fin de Siglo. ICP. Montevideo. pp. 321-351.

- Cavarozzi, Marcelo y Casullo, Esperanza, *Los partidos políticos en América Latina hoy, ¿consolidación o crisis?*, en Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina (comps.), "El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal". Homo Sapiens, Rosario, 2002.
- Cavarozzi, Marcelo, y Medina, Juan A. (comps.). 2002. *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Homo Sapiens, Buenos Aires.
- Chasqueti, Daniel y Moraes, J. Andrés. 2000. *Parlamento y gobierno en Uruguay. Hacia una teoría del ciclo político* En Lanzaro (coord.) "La «segunda» transición en el Uruguay. Gobierno y partidos en un Tiempo de Reformas". ICP. FCU. Montevideo. pp. 297-336.
- Chasqueti, Daniel. 1997. *Compartiendo el gobierno: multipartidismo y coaliciones en Uruguay*. Revista Uruguaya de Ciencia Política. N° 10. FCU. ICP. Montevideo. pp.25-45.
- Chasqueti, Daniel. 2000. *Gobierno y Coaliciones en el Uruguay. 1985-1999*. En Pelúas, Pérez, Buquet, Piñeiro, Chasqueti y Gatto. "Coparticipación y Coalición". 164 años de acuerdo entre Blancos y Colorados". Arca. Montevideo.
- Chasqueti, Daniel. 2001. *Democracia, multipartidismo y coaliciones: evaluando la difícil combinación*. En Lanzaro, Jorge, (comp.). "Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina". Buenos Aires: Clacso.
- Close, David, *Democratic and opposition*, paper presentado en al Congreso Internacional de LASA, 15-18 de marzo de 2000, Miami.
- Coppedge, Michael. 1997. *A classification of Latin American parties*. Working Paper #244. Kellogg Institute. University of Notre Dame.
- Coppedge, Michael. 1998. *Venezuela: democrática a pesar del presidencialismo*. En Linz y Valenzuela (comps.). "La crisis del presidencialismo. 2. El caso de Latinoamérica. Alianza. pp.336-370.
- Coppedge, Michael. 1999. *Latin American Parties: Political Darwinism in the Lost Decade*. Working Paper 99-3. University of Notre Dame.
- Craig, Ann L., y Cornelius, Wayne A. 1995. *Casas Divididas: Partidos y Reformas Políticas en México*. En Mainwaring y Scully, "La Construcción de Instituciones Democráticas. Sistemas de Partidos en América Latina", Edición (1996) Santiago de Chile.
- Dahl, Robert. 1966. *Political Opposition in Western Democracies*. New Haven and London, Yale, University Press .
- Dahl, Robert. *La Poliarquía: participación y oposición*, New Haven, Yale, University Press, 1971.
- Deheza, Ivana, *Gobiernos de coalición en el sistema presidencial: América del Sur*, en Dieter Nohlen y Mario Fernández (comps.), "El presidencialismo renovado", Nueva Sociedad, Caracas, 1998.
- Diamond, Larry; Hartlyn, Jonathan; Linz, Juan J. y Lipset, Seymour Martin, *Democracy in developing countries. Latin America*, Second edition, Lynne Rienner, USA, 1999.
- Dietz, Henry y Myers, David. 2003. *From Thaw to Deluge: The Process of Abrupt Party System Collapse*. Trabajo presentdo en el Annual Meeting de American Political Science Association.
- Doglio, Natalia, Senatore, Luis y Yaffé, Jaime. *Izquierda política y sindicatos en Uruguay (1971-2003)*. En Lanzaro (coord.). "La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno". Fin de Siglo. ICP. Montevideo. pp. 251-295.
- Duverger, Maurice (1951). *Les Partis Politiques*. Paris, Colin. Traducción castellana (1966) "Los partidos políticos", México, FCE.

- Duverger, Maurice, *Los partidos políticos*, FCE, México, 1972.
- Ellner, Steve y Hellinger, Daniel (eds.). 2003. *La política venezolana en la época de Chávez: clases, polarización y conflicto*. Nueva Sociedad. Venezuela.
- Ellner, Steve. 2003. *Introducción. En búsqueda de explicaciones*. En Ellner y Hellinger (eds.). 2003. "La política venezolana en la época de Chávez: clases, polarización y conflicto". Nueva Sociedad. Venezuela. pp. 19-42.
- Febres-Cordero. 1997. *La Democracia en Colombia. Un Proyecto en Construcción*. TM Editores. Santa Fe de Bogotá.
- Figueiredo, Argelina Cheibub, y Limongi, Fernando. 1999. *Executivo e Legislativo na nova ordem constitucional*. FGV. Rio de Janeiro.
- Garcé, Adolfo y Yaffé, Jaime. 2004. *La era progresista. Fin de Siglo*. Montevideo.
- García Díez, Fátima y Martínez Barahona, Elena. *La estrategia política y parlamentaria de los gobiernos de oposición latinoamericanos: ¿capacidad de influencia o influencia efectiva?*. Trabajo presentado en el Meeting of the Latin American Studies Association (LASA), 2001, Washington D. C.
- García Montero, Mercedes y Ruiz Rodríguez, Leticia M. 2001. *Coherencia partidista en las élites parlamentarias latinoamericanas*. Trabajo presentado en Latin American Studies Association. Washington.
- García Pelayo, *Estado de partidos*, Alianza, Madrid, 1986.
- González Luis Eduardo. 1999. *Introducción: los partidos establecidos y sus desafiantes*. En González, Monestier, Queirolo, Sotelo Rico. 1999. *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*. UCUDAL. FCU. Montevideo. pp. 9-18.
- González, L. E., Monestier, F., Queirolo, R. y Sotelo Rico, M. 1999. *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*. UCUDAL. FCU. Montevideo.
- Guilhon Albuquerque, José Augusto. 1992, *Elecoes versus Instituicoes ou Por Que os Brasileiros nao Reelegeram Fernando Collor*. Papers, Sao Paulo, Konrad Adenauer Stiftung, 18.
- Hagopian, Frances. 2000. *Democracia y representación política en América Latina en los años noventa: ¿pausa, reorganización o declinación?*, en Ernesto López y Scott Mainwaring (comps.), "Democracia: discusiones y aproximaciones", Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Hartlyn, Jonathan y Dugas, John. 1999. *Colombia: The Politics of Violence and Democratic Transformation*. En Diamond, Hartlyn, Linz y Lipset. "Democracy in developing countries. Latin America". Second edition, Lynne Rienner, USA. pp. 249-307.
- Hartlyn, Jonathan. 1998. *El presidencialismo y la política colombiana*. En Linz y Valenzuela (comps.). "Las crisis del presidencialismo. 2. El caso de Latinoamérica". Alianza. pp.191-257.
- Huntington, Samuel P., *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Buenos Aires, 1994.
- Jellinek, Georg, *Los partidos como elemento de la sociedad*, en Lenk y Neumann, "Teoría Sociológica. Críticas de los Partidos Políticos", Anagrama, Barcelona, 1980, pp. 184-187.
- Jones, Mark P. 2002. *Explaining the High Level of Party Discipline in the Argentine Congress*. En Morgenstern y Nacif (eds.). "Legislative Politics in Latin America". Cambridge University Press.
- Jones, Mark P. 2002. *Una evaluación de la democracia presidencialista argentina: 1983-1995*. En Mainwaring y Shugart. (comps.). "Presidencialismo y Democracia en América Latina". Paidós, Buenos Aires. pp. 213-253.

- Katz, R. y Mair, P. 1995. *Changing models of party organization and party democracy. The emergence of de cartel party*. Party Politics. Vol. 1, N° 1. pp. 5-28.
- Keck, Margaret. 1991. *PT A lógica da difereca. O Partido dos Trabalhadores na construação da democracia brasileira*. Ática. San Pablo.
- Kirchheimer, Otto. 1966. *The Transformation of Western of European Party Systems*. En LaPalombara y Weiner (eds.). "Political and political development". Princeton, University Press. Princeton.
- Klesner, Joseph. 2001. *Electoral competition and the new party system in México*. Trabajo presentado en congreso anual de American Political Studies Association, San Francisco.
- Kornblith, Miriam. 1996. *Crisis y transformación del sistema político venezolano: nuevas y viejas reglas de juego*. En Álvarez, A. "El sistema político venezolano: Crisis y transformaciones". Caracas. IEP-UCV. pp. 1-31.
- Kornblith, Miriam. 1998. *Representación, partidos políticos y reforma electoral en Venezuela*. En Manz y Zuazo (coord.). "Partidos políticos y representación en América Latina". Nueva Sociedad. Venezuela. pp.182-210.
- Lamounier, Bolívar, *Brasil: ¿hacia el parlamentarismo?*, en Linz, J., y Valenzuela, A., "La crisis del presidencialismo. 2 El caso de Latinoamérica, Alianza, Madrid, 1998.
- Lamounier, Bolívar, ed.. 1990. *De Geisel a Collor: o balanço da transicao*. Sao Paulo: Editora Sumare.
- Lamounier, Bolívar. (1989). *Partidos e Utopias*. Sao Paulo, Loyola.
- Lamounier, Bolívar. (1991). *Depois da trasicao: Democracia e Elecones no Governo Collor*. Sao Paulo, Loyola.
- Lander, Luis E. y López Maya, Margarita. 1999. *Venezuela. La victoria de Chávez. El Polo Patriótico en las elecciones de 1998*. Nueva Sociedad. N° 160. Caracas. pp.5-19.
- Lander, Luis E. y López Maya, Margarita. 2000. *Venezuela. La hegemonía amenazada*. Nueva Sociedad. N° 167. Caracas. pp. 15-25.
- Lanzaro, Jorge. 2000. *La "segunda" Transición en el Uruguay. Gobierno y partidos en un tiempo de reformas*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.
- Lanzaro, Jorge. 2001. *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina..* Clacso. Buenos Aires.
- Lanzaro, Jorge. 2003. *Os Partidos Uruguaios: a transicao na transicao*, Revista "Opinao Pública", Campinas, Vol. IX, n° 2. pp. 46-72.
- Léssa, Alfonso. 2002. *La Revolución Imposible. Los tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX*. Fin de Siglo. Montevideo.
- Levine, Daniel, H. y Crisp, Brian, F. 1999. *Venezuela: The Character, Crisis, and Possible Future of Democracy*. En Diamond, Hartlyn, Linz y Lipset. "Democracy in developing countries. Latin America". Second edition, Lynne Rienner, USA. pp. 367-428.
- Levy, Daniel C., y Bruhn, Kathleen. 1999. *Mexico: Sustained Civilian Rule and the Question of Democracy*. En Diamond, Larry; Hartlyn, Jonathan; Linz, Juan J. y Lipset, Seymour Martin, "Democracy in developing countries. Latin America". Second edition, Lynne Rienner, USA.
- Linz, Juan y Valenzuela, Arturo, (comps.) *La crisis del presidencialismo 2. El caso de Latinoamérica*, Alianza, Madrid, 1998.
- Linz, Juan, *La quiebra de las democracias*, Alianza Universidad, Madrid 1987.

- Lipset, Seymour Martin y Rokkan, Stein "Sociologie Politique", T. I. Birnbaum y F. Chazel A. Colin, París, 1971, pp. 196-212.
- Loaeza, Soledad. 2002. *El tripartidismo mexicano: el largo camino hacia la democracia*. En Marcelo Cavarozzi, y Juan A. Medina (comps.), "El asedio a la política", Homo Sapiens, Buenos Aires.
- López Maya, Margarita. 1996. *Nuevas representaciones populares en Venezuela*. Nueva Sociedad. N° 144. Caracas. pp. 138-151.
- López Maya, Margarita. 2003. *Hugo Chávez Frias: su movimiento y presidencia*. En Ellner y Hellinger (eds.). 2003. "La política venezolana en la época de Chávez: clases, polarización y conflicto". Nueva Sociedad. Venezuela. pp. 97-120.
- Lujambio, Alonso. 2001. *Adiós a la excepcionalidad: régimen presidencial y gobierno dividido en México*. En Lanzaro, Jorge, "Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina". Buenos Aires: Clacso.
- Luna, J. Pablo y Zechmeister, Elizabeth J. 2004. (Forthcoming). *Political Representation in Latin America: A Study of Elite-Mass Congruence in Nine Countries*. (Comparative Political Studies, May 2005).
- Luna, J. Pablo. 2004a. *De familias y parentescos políticos: ideología y competencia electoral en el Uruguay contemporáneo*. En Lanzaro (coord.). "La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno". Fin de Siglo. ICP. Montevideo. pp. 109-138. pp. 139-193
- Luna, J. Pablo. 2004b. *¿Entre la espada y la pared? La transformación de las bases sociales del FA y sus implicaciones de cara a un eventual gobierno progresista*. En Lanzaro (coord.). "La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno". Fin de Siglo. ICP. Montevideo. pp. 195-250.
- Mainwaring, Scott y Scully, Timothy. 1995. *La Construcción de Instituciones Democráticas. Sistemas de Partidos en América Latina*. Edición (1996) Santiago de Chile.
- Mainwaring, Scott y Shugart, Matthew, S., (comps.). 2002. *Presidencialismo y Democracia en América Latina*, Paidós, Buenos Aires.
- Mainwaring, Scott. 1995. *Brasil: Partidos Débiles, Democracia Indolente*. En Mainwaring y Scully, "La Construcción de Instituciones Democráticas. Sistemas de Partidos en América Latina", Edición (1996) Santiago de Chile.
- Mancebo, María E. 1991. *De la 'entonación' a la 'coincidencia': problemas del presidencialismo en el caso uruguayo*. Revista Uruguaya de Ciencia Política. N° 4. FCU. ICP. Montevideo.
- Mancebo, María E. 1993. *Tiempos políticos y ciclo institucional en la consolidación democrática uruguaya*. Revista Uruguaya de Ciencia Política. N° 6. FCU. ICP. Montevideo.
- Massari, Oreste, *Naturaleza y Rol de las Oposiciones Político-Parlamentarias*, en Pasquino, "La Oposición en las Democracias Contemporáneas", pp. 71-137, Eudeba, Buenos Aires, 1997.
- McGuire, James W. 1996. *Partidos Políticos y Democracia en Argentina*. En Mainwaring y Scully, "La Construcción de Instituciones Democráticas. Sistemas de Partidos en América Latina", pp. 163-201. Santiago de Chile.
- Michels, Robert, *Democracia Formal y Realidad Oligárquica*, en Lenk y Neumann, "Teoría y Sociología. Crítica de los Partidos Políticos", Anagrama Barcelona, 1980, pp. 241-258.
- Mieres, Pablo. 1992. *A cerca de los cambios en el sistema de partidos uruguayo*. Cuadernos del CLAEH. N° 62. CLAEH. Montevideo.

- Mocca, Edgardo. 2004. *Los partidos políticos: entre el derrumbe y la oportunidad*. En Cheresky y Blanquer, (comp.) “¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada”. Homo Sapiens. Santa Fe. pp. 83-185.
- Moreira, Constanza. 2000. *Las paradójales elecciones del fin de siglo uruguayo: comportamiento electoral y cultura política*. En Instituto de Ciencia Política. “Elecciones 1999/2000”. ICP. Montevideo. pp.87-110.
- Moreira, Constanza. 2004. *Final del juego. Del bipartidismo tradicional al triunfo de la izquierda en Uruguay*. Trilce. Montevideo.
- Mustapic, Ana María. 2002. *Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático*. En Marcelo Cavarozzi, y Juan A. Medina (comps.), “El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal”. Homo Sapiens, Buenos Aires.
- Norden, Deborah, L. 2003. *La democracia en uniforme. Chávez y las fuerzas armadas*. En Ellner y Hellinger (eds.). 2003. “La política venezolana en la época de Chávez: clases, polarización y conflicto”. Nueva Sociedad. Venezuela. pp. 121-143..
- Novaro, Marcos. (s/f). *La crisis de representación y las nuevas alternativas en la ciudad de Buenos Aires. Un análisis comparado sobre la centroizquierda en ciudades de América Latina*. UBA. Instituto Gino Germani, Proyecto UBACIT. (Mimeo).
- Novaro, Marcos. (sin fecha). *La crisis de representación y las nuevas alternativas en la ciudad de Buenos Aires. Un análisis comparado sobre la centroizquierda en ciudades de América Latina*. Mimeo. UBA-Instituto Gino Germani.
- Novaro, Marcos. 1998. *El gobierno y la competencia entre los partidos argentinos en los 90': una perspectiva comparada*. Trabajo presentado en Latin American Studies Association, Chicago.
- Palermo, Vicente (comp). 2003. *Política Brasileña Contemporánea. De Collor a Lula en los años de la transformación*. Instituto Di Tella, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Palermo, Vicente y Novaro, Marcos. 1996. *Política y poder en el gobierno de Menem*. Norma, Buenos Aires. FLACSO.
- Palermo, Vicente y Novaro, Marcos. 1998. *Los caminos de la centroizquierda: dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*. Losada, Buenos Aires.
- Palermo, Vicente. 2003. *El PT de la Oposición al Gobierno y las Gestiones de Fernando Enrique Cardoso*. En Palermo (comp.) “Política Brasileña Contemporánea. De Collor a Lula en los Años de la Transformación”. Instituto Di Tella, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Panbianco, Angelo. 1990. *Modelos de partido*, Alianza, Madrid.
- Panizza, Francisco. 2003. *Lula's Change: Redemption Songs or Dancing to the Music of the Times?*. Mimeo, Department of Government, The London School of Economics.
- Piñeiro, Rafael y Yaffé, Jaime. 2004. *El Frente Amplio por dentro. Las fracciones frenteamplistas 1971-1999*. En Lanzaro (coord.). “La izquierda uruguayo entre la oposición y el gobierno”. Fin de Siglo. ICP. Montevideo. pp. 297-319.
- Pizarro Leómgómez, Eduardo. 2002. *La Atomización Partidista en Colombia: El Fenómeno de las Micro-Empresas Electorales*. Working Paper #292.
- Pousadela, Inés. 2004. *Los Partidos Políticos han muerto. ¡Larga Vida a los Partidos!*. En Cheresky y Blanquer, (comp.) “¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada”. Homo Sapiens. Santa Fe. pp. 109-1045.



- Queirolo, Rosario. 1999. *La "tradicionalización" del Frente Amplio: la conflictividad del proceso de cambio*. En González, Monestier, Queirolo, Sotelo Rico. 1999. *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*. UCUDAL. FCU. Montevideo. pp. 9-18.
- Roberts, Kenneth. 2002. *El Sistema de Partidos y la Transformación de la Representación Política en Era Neoliberal Latinoamericana*. En Marcelo Cavarozzi, y Juan A. Medina (comps.), "El asedio a la política", Homo Sapiens, Buenos Aires.
- Sartori, Giovanni. 1980. *Partidos y Sistemas de Partidos*, Alianza Universidad, Madrid.
- Schedler, Andreas. 1996. *Anti-Political-Establishment Parties*. Party Politics, N° 2 (July, 1996). pp. 291-312.
- Singer, André. (2002). *Izquierda y Derecha en el Electorado Brasileño. La Identificación Ideológica en las Disputas Presidenciales de 1989 y 1994*. Clacso, Buenos Aires.
- Stammer, Otto, *La Democratización de la Organización*, en Lenk y Neumann, "Teoría y Sociología. Crítica de los partidos políticos", Anagrama Barcelona, 1980, pp. 282-286.
- Stokes, Susan. 1997. *Are Parties What's Wrong with Democracy in Latin America?*. Trabajo presentado en el Congreso Internacional de Latin American Studies Association. Guadalajara. México.
- Stokes, Susan. 1999. *What do policy switches tell us about democracy?* In A. Przeworski, S. Stokes, & B. Manin (Eds.), *Democracy, accountability, and representation*. New York: Cambridge University Press.
- Strom, Kaare. 1990. *A Behavioral Theory of Competitive Political Parties*. American Journal of Political Science. N° 34.
- Von Beyme, Klaus, *Los Partidos Políticos en las Democracias Occidentales*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1986.
- Weldon, Jeffrey. 2002. *Las fuentes políticas del presidencialismo en México*. En Mainwaring, y Shugart, (comps.). *Presidencialismo y Democracia en América Latina*, Paidós, Buenos Aires.
- Welsch, Frederich y Charrasquero, José Vicente. 1999. *¿Desconsolidación de una democracia establecida? Análisis político cultural del caso Venezuela*. En Hengstenberg, Kohut y Maihold (eds.). "Sociedad civil en América Latina: representación de intereses y gobernabilidad". Nueva Sociedad. Venezuela.
- Wolinetz, Steven,. 2002. *Beyond the Catch-All Party: Approaches to the Study of Parties and Party Organization in Contemporary Democracies*. En Gunther, Montero y Linz (eds.). "Political Parties. Old Concepts and New Challenges". Oxford University Press.
- Yaffé, Jaime. 1999. *La tradicionalización del Frente Amplio (1984-1999)*. Tesis final de Licenciatura en Ciencia Política. UDELAR, FCS. ICP.
- Yaffé, Jaime. 2002. *Crecimiento y renovación de la izquierda uruguaya (1971-2001)*. Revista Uruguaya de Ciencia Política. N° 13. Bada Oriental. ICP. Montevideo. pp.35-57.